

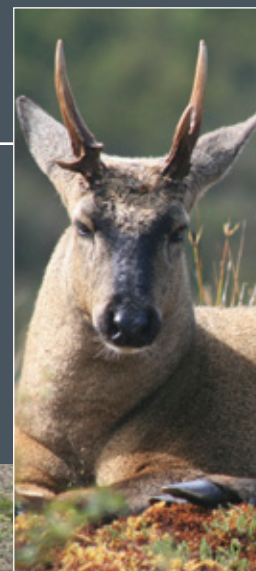
Región del Biobío 2014



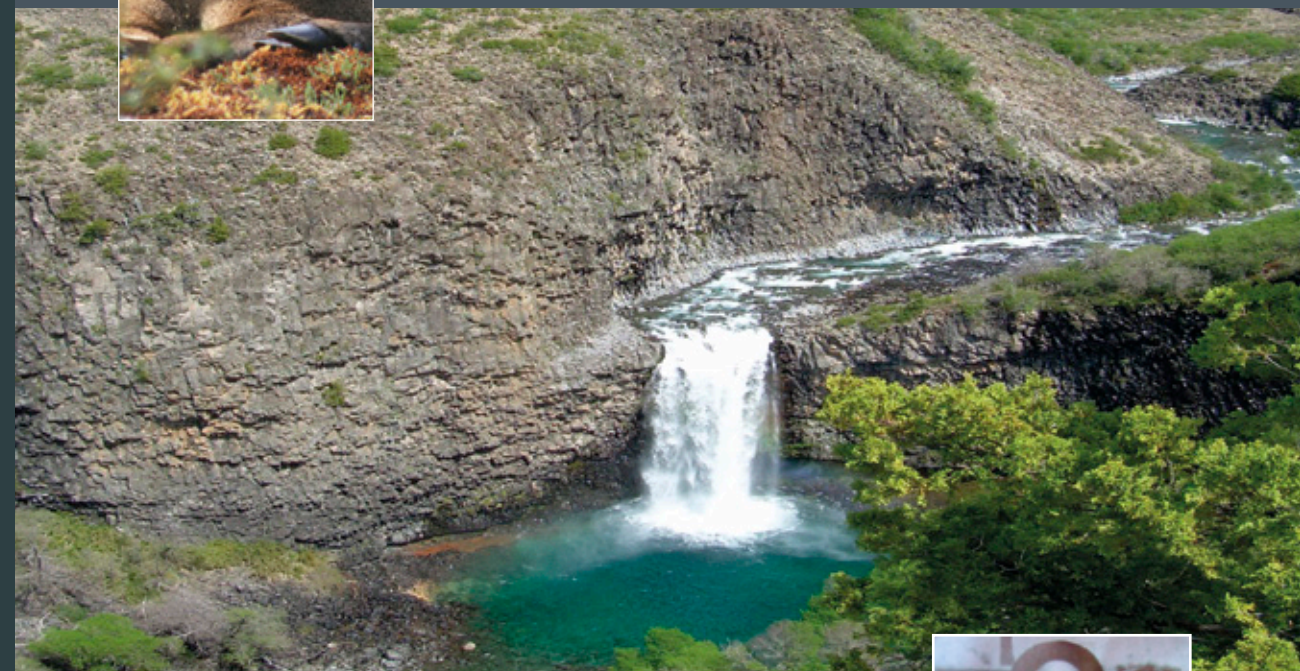
Arriba en la Cordillera: Historia y visiones de la **Reserva Nacional Ñuble** y los esfuerzos para la conservación del huemul



Arriba en la Cordillera: Historia y visiones de la Reserva Nacional Ñuble y los esfuerzos para la conservación del huemul



Arriba en la Cordillera:
Historia y visiones de la **Reserva Nacional Ñuble** y los esfuerzos para la conservación del huemul



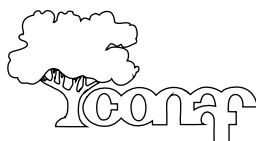
Región del Biobío 2014



Arriba en la Cordillera:

Historia y visiones de la
Reserva Nacional Ñuble
y los esfuerzos para la
conservación del huemul

Región del Biobío
2014





**Arriba en la Cordillera:
Historia y visiones de la Reserva Nacional Ñuble
y los esfuerzos para la conservación del huemul**

Representante Legal CONAF, Región Biobío

Francisco Pozo Alvarado

Director Regional

Financiamiento

**Proyectos Gerencia de Áreas Silvestres Protegidas
CONAF 2013**

Investigación y textos

Pablo Sepúlveda

Mandrágora para CONAF

Editores

Marcelo Mendoza

Mandrágora para CONAF

Alberto Bordeu

Jefe Departamento Áreas Silvestres Protegidas
CONAF, Región del Biobío.

Autores

Ana Hinojosa Sáez

Jefe Sección Diversidad Biológica
CONAF, Región del Biobío.

Eladio Ramírez Navarrete

Jefe Guardaparques Reserva Nacional Ñuble
CONAF, Región Biobío.

Este Libro debe ser citado:

Hinojosa A. & E. Ramírez. 2014. Arriba en la Cordillera: Historia y visiones de la Reserva Nacional Ñuble y los esfuerzos para la conservación del huemul. Corporación Nacional Forestal. Región del Biobío: 142 pp.

Fotografías:

Todas aquellas fotografías que no citen autor, han sido rescatadas de archivos personales e institucionales de CONAF.

Diseño e impresión

Editora e Imprenta Maval Ltda.



DEDICATORIA

La Reserva que hoy pueden disfrutar todos los chilenos, y cuya historia ha sido vertida en este libro, es fruto del esfuerzo de numerosas personas que a veces anónimamente han contribuido a su conservación desde distintos ámbitos. Por lo anterior, queremos agradecer de todo corazón a cada una de ellas.

Si bien los nombres de todas las personas que contribuyeron a la conservación de la unidad es una lista gigantesca, y seguramente muchos se nos escapan por falta de conocimiento o registro, queremos de todas formas destacar a aquellos cuyos nombres hemos podido rescatar:

A quienes generosamente nos proporcionaron sus importantes testimonios (en orden alfabético):

Iván Benoit, Gustavo Chamorro, Alfonso Glade, Claudio Godoy, Manuel Hernández, Mercedes Hernández, Ana Hinojosa, Rodrigo López, Edison Maldonado, Víctor Mourgues, Guillermo Noguera, Anthony Povilitis, Eladio Ramírez, Luis Alberto Riquelme, Vicente Riquelme, Virginia Riquelme, Jürgen Rottman, Víctor Sánchez, Hernán Torres, Raúl Verdugo.

Al personal de terreno, que hace que la conservación se haga realidad

Guardaparques Permanentes

Eladio Ramírez, con más de 30 años de experiencia en la unidad y Alberto Peralta con más de 20 años, quienes aún siguen dedicando sus días laborales a esta Reserva, Pedro Ramírez, Juan Urra y Santiago Sáez (QEPD), quienes dedicaron más de 15 años al cuidado de esta unidad.

Guardaparques Transitorios

Pedro Ramírez, Robert Sepúlveda, Ernesto Riquelme, Felipe Caro, Marcelo Ramírez, Agustín Flores, Sofanor Ramírez, César Urra, Vicente Urra, Fernando Pérez, Pedro Tapia, Pedro Moya, Vicente Cádiz, Héctor Cares, Jacob Saavedra, Richard Flores, Lupercio Peña, Christopher Sepúlveda, Alexis Ortiz



Encargados Regionales y Provinciales de la unidad

Víctor Mourgues, Roberto Muñoz, Carlos Ramírez de Arellano, Raúl Verdugo, Alberto Bordeu, Víctor Sánchez, Claudio Godoy

Encargados Proyecto Huemul

Gerardo Acosta, Cristian Saucedo, Ana Hinojosa

Profesionales en práctica o tesistas

María José Jara, Cristina Romero, Cyntia Barrera, Marco Pérez, Nordmann Liberona, Phills Tebbs, Mauricio Cárcamo, Tiphaine Daudin, Esteban Bustamante, Carlos Castro, Arielle Hogervost-Rukke, Kasey Moore, Carolina Acevedo, Christian Salgado, Javiera Wiehoff, Patricio Cortés, Nicolás Martín, John Durán



PRÓLOGO

La Corporación Nacional Forestal (CONAF), tiene por mandato del Estado, administrar el Sistema Nacional de Áreas Silvestres Protegidas del Estado, las que incluyen las categorías de Parques Nacionales, Reservas Nacionales y Monumentos Naturales.

La gestión de estas porciones del territorio nacional no es fácil, ya que requiere muchas veces monitorear y proteger grandes superficies de terreno, en zonas con difícil acceso, un clima adverso y con personal y recursos siempre insuficientes. Al momento de crearlas, nos enfrentamos además a la necesidad de compatibilizar usos históricos del territorio; anteriores a su creación como área protegida; con los nuevos objetivos de conservación de sus recursos y que la sociedad nos demanda, lo cual produce inevitables conflictos que dificultan más el trabajo.

Sin desmedro de lo anterior, la gestión de estos espacios naturales con fines de conservación, forma parte de la vocación del personal de CONAF, sobre todo de sus guardaparques y ha sido enfrentada con mucho cariño y entusiasmo, aun cuando es una labor solitaria, sacrificada y desconocida.

La Reserva Nacional Ñuble, es un buen ejemplo de lo detallado anteriormente. En una gran extensión de territorio cordillerano, de difícil acceso y con un uso muy intensivo previo a su creación como Reserva, CONAF ha procurado conservar su patrimonio natural y mejorar el ambiente degradado, dotándola de infraestructura y personal, labor en la que ha contado con la valiosa colaboración de investigadores y ONG conservacionistas. Por más de 30 años se ha protegido y monitoreado sus cumbres y límites, en un espacio que tiene por emblema la conservación de un ciervo nativo, el huemul, que fue recibido dentro de este territorio, con un escaso número de ejemplares, casi al límite de su extinción.

Con todas las medidas adoptadas se ha conseguido la recuperación de los suelos y el bosque nativo de esta unidad, así como la protección de este ciervo emblemático.

Si bien, la administración de la reserva, no ha estado exenta de conflictos y problemas, se ha hecho lo mejor posible para cumplir con la misión y objetivo de la creación de esta unidad.

En esta publicación hemos querido rescatar y compartir resumidamente, más que datos técnicos de censos, informes y monitoreos, parte de la historia de este territorio, con sus distintas visiones y en especial rescatando los testimonios de aquellos protagonistas, claves en la historia de la reserva, quienes a través de sus relatos, nos hacen también, partícipes de ella.

Francisco Pozo Alvarado
Director Regional
CONAF Región Biobío



ÍNDICE

I	Introducción	9
II	La Reserva Ñuble	11
III	Geografía y ubicación	35
IV	La reserva antes de la reserva	43
V	El megaproyecto de Endesa	63
VI	Oleoducto y Gasoducto	67
VII	Biodiversidad de la reserva	73
VIII	El huemul	75
IX	Turismo en la reserva	103
X	Logros en concientización ambiental	109
XI	A modo de conclusión	117
XII	Principales testimonios	121

I

INTRODUCCIÓN





Vista desde el valle central, la Reserva Nacional Ñuble se ubica al interior de la Cordillera de los Andes, entre los Nevados de Chillán y el volcán Antuco. Lo que se ve allí, en ese intermedio montañoso, son serranías uniformes, sin cumbres sobresalientes que le den notoriedad. Se trata de un área protegida muy poco conocida por los chilenos, pero que esconde, tras ese anonimato andino, una historia notable.

Entre esas cordilleras, con sus valles, bosques y ríos, se estableció una comunidad humana que supo dominar el ambiente hostil y precario. Pastaron por allí cada verano miles de animales que subían decenas de kilómetros gracias a sacrificados peones. Los pasos cordilleranos de Atacalco y otros, con sus “lagos cumbreños”, alimentaron leyendas de cuatreritos y contrabando plasmadas en ese canto desdichado de Patricio Manns: “Arriba en la Cordillera”. Senderos temerarios que bordean precipicios vertiginosos y nevazones inclementes trajeron la muerte a hombres y bestias. Millonarios y gigantescos proyectos desviaron las aguas perforando los cerros con túneles o instalando kilométricos de ductos trasandinos y habilitando campamentos con tecnología y comodidades de punta, para cientos de personas en medio de la nada.

Todo eso ha sucedido entre esos cerros anónimos. Y de todas esas gestas ha sido testigo y víctima, un animal majestuoso y singular, un ciervo que se ha instalado en la identidad chilena y que en esas montañas encuentra refugio en Chile central, donde aún sobrevive: el huemul. Símbolo heráldico de la patria, ha sido el protagonista y destinatario inadvertido de otra epopeya en que un puñado de hombres y mujeres han luchado por su conservación, recorriendo perseverante y minuciosamente cada cerro para detectar algún aliento de su vida. Las páginas que siguen recorren estas historias anónimas de personajes anónimos en cerros anónimos.

La Reserva fue creada en 1978 con el propósito declarado de proteger las aguas de la gran cuenca hidrográfica del río Polcura, que alimenta el Complejo Hidroeléctrico del Laja. Hoy destaca también por ser uno de los últimos escondites del tan pocas veces visto huemul.

Posee una amplia variedad de paisajes, desde valles moldeados por antiguos glaciares, hasta cumbres rocosas. Su biodiversidad es una de las más ricas de Chile, por estar en una zona de transición entre el centro y el sur. Allí alberga al huemul y a varias otras especies vulnerables, como el puma, el zorro, el gato colocolo, la vizcacha, el carpintero negro, el cóndor y diversas aves rapaces, entre muchas otras. Es, finalmente, un excelente lugar para el ecoturismo, el trekking y la recreación al aire libre.

Poco conocida por su difícil acceso, es la más extensa de las siete áreas silvestres protegidas de la Región del Biobío.

Por todo lo anterior, la Corporación Nacional Forestal (CONAF), a través de su Departamento de Áreas Silvestres Protegidas, se ha propuesto realizar esta recopilación de la historia del territorio donde se establece la Reserva Nacional Ñuble. El relato de una memoria en que confluyen y se tensionan el devenir de un grupo de comunidades humanas que allí habitaron, con los esfuerzos de científicos, ciudadanos y del Estado Chileno, orientados a la protección de la flora y fauna del lugar, y en particular, del huemul.

II

LA RESERVA ÑUBLE





2.1 CRÓNICA DEL NACIMIENTO DE UNA IDEA:

El Ingeniero Forestal Víctor Mourgues, quien lleva trabajado en CONAF más de 35 años, fue un hombre clave en los inicios de la Reserva. Formó parte importante de los informes técnicos que justificaron su creación, incluyendo la cartografía y exhaustivos estudios de títulos de propiedad. Elaboró en 1984 el primer Plan de Manejo que tuvo la Reserva y redactó informes sobre la situación del huemul en aquella época. Actualmente, Víctor es Encargado de Medio Ambiente en CONAF, Región del Maule y vive en la ribera norte del río del mismo nombre, cerca de Talca. A pesar de estar aquejado de problemas de salud, al escuchar sobre el proyecto del presente libro, se motivó para escribir un notable relato de sus experiencias de esos años, el que aquí entregamos en exclusiva.

“Entusiasmado, un amigo forestal de Conaf Ñuble (Guido Ainardi) me comentó sobre extensas zonas de la cordillera, al interior de Chillán, que eran terrenos fiscales y se arrendaban para ganadería cada verano. No existían caminos hasta ese lugar. El acceso debía hacerse obligatoriamente a caballo o a pie. Parecía interesante, así que guardé la expectativa en algún rincón de mi conciencia.

Mi trabajo era investigar y proteger las pequeñas poblaciones de huemules de esta zona y recientemente había organizado y entrenado a un reducido grupo de muchachos de Recinto y Los Lleuques como guarda faunas. Les encomendé la tarea de hacer una excursión a las veranadas fiscales con el objetivo rastrear la posible existencia de estos animales en esa zona.

El rastreo comprendía también la búsqueda de información entre los residentes y veraneros. Los antecedentes previos aportados por Anthony Povilitis indicaban que no existían evidencias en esa zona, pero la intuición me decía otra cosa. El resultado inicial fue el fémur de un huemul acarreado hasta una casa por los perros durante el invierno pasado y huellas en el sector de la Laguna del Laja y en el valle Las Catalinas.

Las novedades incentivaron mi interés por conocer estas veranadas fiscales y organicé un recorrido en enero de 1978 en compañía de Guido Ainardi y don Antonio Ocares, un sabio autodidacta en entomología y botánica (colector de insectos para los mejores entomólogos del país y auxiliar de terreno en prácticas estivales de forestales), a la vez obrero de hacha en el fundo El Castillo, sede en terreno del Proyecto Huemul de Chillán.



Fotografía de Antonio Ocares, gran botánico, entomólogo, observador y excelente compañero de viaje. 1978.



Don Toño (Antonio Ocares) en su juventud había sido comerciante y conocía muy bien la cordillera. Llevaba herraduras, crema lechuga, riendas, tiradores, culeros, lazos y otros trenzados de cuero hacia Argentina y de allá venía cargado de jabones Palmolive. Era una persona muy tranquila, reservada, respetuosa y confiable. Conocía también, muy bien los caballos que usamos y durante años fue un guía y compañero muy querido en nuestros viajes.

Obtuve un plano con los deslindes y una somera distribución de las veranadas fiscales del año 1908 y con esa única información iniciamos el viaje. El jeep llegó hasta el Fundo Los Cipreses, en el cajón del río Diguillín, a 30 kms. de Recinto, Su propietario era un amoroso viejito dueño de la Casa Hojas de Chillán. Comenzó para mí aquí una de las excursiones más alucinantes de mi vida.

Si bien había hecho un par de viajes a la cordillera a caballo, mi escasa experiencia no me ahorraba el nerviosismo y la ansiedad. Antes de una hora cabalgando no me sentía seguro, ni confiado y estaba demasiado atento a todo lo que sucedía alrededor.

Pero al rato ya estaba más preocupado de observar. Al cabo de una hora y media entramos a un bosque de enormes cipreses y coihues. Bajo sus sombras, la huella se internaba sinuosa entre el sotobosque, quebradas y grandes raíces sobresalientes que amenazaban enredar los cascos de los caballos.

Luego, la huella ascendía por la mitad de una grieta, en una gran formación rocosa. Los giros de los caballos eran muy estrechos y obligaban a apoyar la planta del pie sobre las filosas rocas para no golpearse las rodillas. Se subía muy fuertemente la pendiente, con las rodillas recogidas hacia arriba por encima de la montura. Eran Las Canogas (canohas), un tramo que tal vez no haya medido mucho, pero que se hacía interminable.

Por encima ya de los bosques, la huella finalizaba en la base de un enorme rodado de grandes rocas que cubrían todo el frente del fin de la quebrada. La vista se perdía en un cono rocoso tremendamente empinado en dirección al cielo.

Pero el sendero no terminaba ahí, Ya no tenía más de 30 ó 40 cm de ancho, blanqueado por la erosión de las pezuñas. En las rocas iba describiendo un trazado en forma de Z que se iría estrechando cada vez más hacia la cumbre. A pleno sol, la temperatura se ponía pesada a pesar de la brisa. Los caballos caminando al paso, sudaban mojándose el cogote, el pecho y los costillares.

Cuando llevábamos dos tercios de la subida, los pobres caballos ya no podían más. Apenas tenían un pequeño descanso en los extremos del zigzag del sendero. Ahí juntaban los cuatro cascos y giraban sobre sí mismos para orientarse al nuevo tramo ascendente. El sudor caía directamente al suelo en gruesos goterones, el fuelle de sus costillas agitaba nuestras piernas. Don Toño, bajó del caballo en una maniobra riesgosa junto al precipicio y nos indicó que también debíamos bajar: desde allí a la cumbre el ascenso se hizo trabajosamente a pie, transpirando, jadeando y deteniendonos cada 10 metros para recuperarnos.

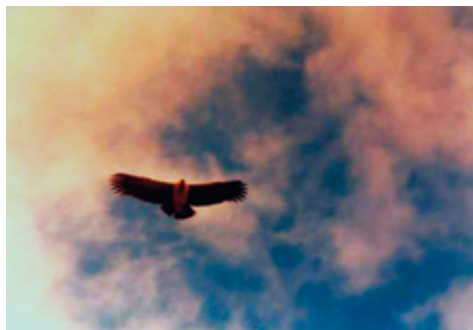


Cuando casi llegábamos al horizonte, nos cruzamos con 3 ó 4 baqueanos que bajaban a pie, con sus caballos de tiro. Era uno de los habitantes permanentes que vivía desde una generación atrás en una zona de invernada junto al río Polcura.

Dos horas duraba el ascenso por el rodado (Cuesta del Valle Hermoso). Finalmente llegamos a la cumbre y todo se despejó arriba, a los lados y en parte bajo nosotros. Era un estrecho filo desde el cual se veía hacia el sur la amplitud del Valle Hermoso (unas 5.000 ha), al fondo del cual se alineaban sobre el horizonte los nevados volcanes Antuco y Callaqui.

Hacia el norte, el cercano volcán Chillán. Estábamos a alrededor de 2.000 metros de altitud, en las puertas de un universo nuevo, sin cercos, sin caminos, sin calles, casi despoblado, donde la naturaleza era lo preponderante. Mientras, una familia de 4 cóndores nos sobrevolaban a menos de 6 metros de altura, vibrando fuertemente las plumas de las alas en medio de un silencio amplio y perfecto.

Desde la altura, la relación física del hombre con el medio es casi insignificante. La magnitud del paisaje, de los roqueríos, de los bosques, de las distancias, hacen que nos sintamos empequeñecidos e integrados a la vida como un componente más del paisaje, siendo dominados por el todo, absorbidos por la inmensidad, asombrados por la pureza y cantidad de vida que en sus formas múltiples lo llena todo. Al mismo tiempo, estamos llenos de vida clara, limpia y palpitante, ansiosos de avanzar y penetrar más profundamente en ese mundo todavía desconocido.



Fotografía de un Cóndor juvenil (menos de 1 año) de color café y tamaño igual o superior al de sus padres.

De allí en adelante no había mayores riesgos en el viaje. La ruta a ratos tenía varias alternativas casi paralelas trazadas sobre el suelo a veces de trumao y en otras de piedrecillas, siempre talladas a bajo nivel por el paso de miles de animales de los arreos que cada año usaban las veranadas desde un tiempo desconocido.

A media mañana, don Toño nos invita a tomar mate. Se baja del caballo junto a un esterito y antes de que le soltáramos la cincha a nuestros caballos, él ya tenía una alegre hoguerita sobre la que estaba dispuesto y sentado el tacho para hervir el agua. Después de varios viajes me expliqué esa eficiencia: él detenía su caballo donde estaba disponible el combustible adecuado y el agua cercana, sabiduría de la experiencia.

Como prolongación del Valle Hermoso hacia el río Polcura se encuentra otra veranada de similares características, el Blanquillo, que debe su nombre a la abundante piedrecilla casi blanca que cubre el piso entre bosquecillos de ñirres que alcanzaban junto al estero hasta 15 metros de altura. El agua es tremendamente helada y de absoluta transparencia.

En tres horas más de viaje, hemos bajado la cuesta del valle y nos encontramos junto



al río Polcura, caudaloso y amplio en ese lugar donde alcanza a los menos 80 ó 100 metros de ancho. Estamos en la zona de invernada La Polcura. Desde aquí hacia abajo el río se encajona hermoso y salvaje, desapareciendo la base del valle y concentrándose en un cauce estrecho, extremadamente corrientoso y flanqueado por precipicios rocosos, laderas de las Cordilleras Polcura por el oriente y Pichi Polcura por el poniente.

El acceso a la terraza del río, es a través de viejos bosques de roble, coihues y cipreses enormes, salpicado de monumentales rocas. Parecemos hormigas caminando en fila, pegados al suelo en nuestros caballos. El valle aquí es un recodo del río, con amplias terrazas de arena, ripio y trumao, matorrales en lo llano y bosques en las laderas. Solamente media docena de humildes y precarios ranchitos, aislados y protegidos del viento y de la vista por retazos de bosque o matorral son la huella de vida humana.

Lamentablemente, los incendios para rozar el terreno han dejado sus huellas. Parte de los bosques muestran que son lo que se salvó de las quemaduras por las "imperfecciones" del roce, bosques que lentamente tratan de recuperarse luego de la agresión reiterada.

Una hora más a caballo y estamos en nuestra primera parada oficial. Hemos llegado a media tarde a los baños de Los Peucos, termas naturales ubicadas en uno de los límites de las veranadas fiscales. Buen lugar para lavarnos, ordenar los huesos del esqueleto, estirar y relajar los músculos, comer, tomar mate, tocar guitarra, conversar y preguntar, preguntar, preguntar.

Hemos llevado una gran carpa que usaba Povilitis, pero como tenía una gran cantidad de tubos de hierro, voluminosos, pesados y largos, no los pusimos en las chiguas de los caballos de carga.

Ninguno de nosotros había visto la famosa carpa antes, solo sabíamos que era muy buena. Lo intentamos todo para armarla con unos colihues. Finalmente renunciemos y la extendimos en el suelo, armamos sobre la mitad de ella, nuestras camas con los pellones y sacos de dormir y nos tapamos con la otra mitad.

Amanecemos con parte de la cabeza y el pelo totalmente escarchado. Había helado durante la noche y todo el paisaje brillaba, nos guiñaban gotas multicolores desde las ramillas de los ñirres. Hermoso recordarlo.

Un par de días después estamos entrando desde abajo a la veranada Las Perdices. Al principio es un valle muy estrecho, pero se va ensanchando a medida que lo remontamos. El ambiente es boscoso y enredado para los caballos. Luego de un par de horas aparecen los coironales en las laderas quemadas y pequeños mallines (pantanos riquísimos desde el punto de vista ganadero) donde se concentra el ganado vacuno.

Entramos a bosques de lenga adultos, sin sotobosque, con un piso de baldosas de hojas prensadas por la nieve, con troncos cilíndricos que en los primeros 15 metros no tienen ninguna rama y luego un hermoso follaje. Maravillosos bosques de cuentos de hadas, reliquias de lo que fue gran parte de estos valles. Verdaderas catedrales en donde el espíritu se expande y al



mismo tiempo se concentra en un interior reflexivo y pleno. Solo el eventual trabajo del carpintero rojo enriquece aún más el aire diáfano, el silencio repleto de sensaciones de que todo está bien, tal como debe ser, sin evidenciar la generalmente desastrosa mano de la humanidad.

También cruzamos por bosques de lenga quemados no hace muchos años, con algunos ejemplares vivos cerca de los cursos de agua, con grandes cilindros blancos de troncos sin ramas ni corteza blanqueados por el sol y la muerte. En el suelo, troncos enormes que debían ser rodeados para continuar el viaje, diámetros de un metro y más, gigantes dormidos para siempre.

Conversando con los arrieros, confesaban en voz baja que quemaron bosques para ampliar las praderas, o para que sea más fácil juntar los animales al final de la temporada, o incluso por borrachera. Pero reconocían un tanto avergonzados que la borrachera había pasado, que ahora era más difícil transitar y reunir el ganado y que no había más praderas. Apenas algunas ramas para el ramoneo, al cabo no se había ganado nada, pero tampoco tenían muy claro si se había perdido algo. Intuitivamente les gusta el paisaje y el medio natural, pero no tenían mucha conciencia.

Estos veraneros son, por lo general, peones de fundos ganaderos que son enviados para llevar y cuidar los rebaños y permanecen desde noviembre hasta principios de abril en estas cordilleras. Llevan sus alimentos, mantas y ropas con el arreo en mulares y caballares de carga (1 cada 2 ó 3 personas). De vez en cuando, uno de ellos baja a la precordillera y el patrón los provee de algunos alimentos adicionales. Transportan mucho vino en cuntras, o cultras, que son cámaras de camión cortadas y cauterizadas en un extremo y en el otro, al que le hacen una salida con un tapón de madera amarrado con tientos de cuero. Una vez curadas, el vino se mantiene en buenas condiciones y pueden transportar 20 a 40 litros cada una.

Los pobres viejos dormían amontonados en unos toscos rucos hechos de troncos, a veces medio canteados, con techos de medios troncos ahuecados (canogas), aguantando lluvias, heladas y nevadas. Los rucos no tenían más de un metro de alto y a veces excavaban un poco el suelo en su interior, pero no lo suficiente como para pararse. Sus pertenencias eran los pellones de la montura (colchones) y la manta, una olla comunitaria, un tachó para hervir el agua, una cuchara, el cuchillo o facón, un profundo sartén y tal vez una bandeja de tabla, para amasar.

Al desayuno consumen una sopa de cebollas, charqui y papas, con ají si tienen y tortilla de rescoldo. A media mañana paran para tomar agua con harina tostada. Al almuerzo harina tostada y algo de tortilla. En



Puesto viejo en la veranada Las Perdices, 1977.



la tarde, porotos, tallarines y a veces carne de algún animalito que se desgació en un barranco. La verdad es que los desgracian ellos, pero parece una buena disculpa para el patrón.

Entre esas personas hay maestros capaces de hacer tortillas al rescoldo y pan de extraordinaria calidad. Es gente sencilla, no muy habladora, pero buena para contar historias junto al mate y el fuego, cuando cae la noche. Allí despiertan viejos recuerdos que se comparten y reafirman unos a otros. Sale al aire la historia de los gauchos que perecieron por una tormenta que los pilló a mitad del otoño y que los dejó dispersos, congelados y muertos, sin poder volver a su Argentina. Los viejos recuerdan los lugares en que encontraron los cuerpos de cada uno de ellos. La guitarra ayuda a la comunicación y promueve de alguna forma la evocación.

La parte alta de la cuenca de Las Perdices es muy empinada y boscosa, a media altura entre los acantilados hay mallines colgados en que las nacientes de agua mantienen pastos en gran cantidad. Hasta allí llegan los vacunos y hasta allí suben a caballo, los arrieros a bajarlos al final de la temporada. Parece imposible que alguien pueda subir y bajar en esos murallones de roca, pero lo hacen, son equitadores natos. Un solo organismo con su caballo, se complementan hasta lo increíble.

En un par de días hemos recorrido la veranada completa y por otra estrecha huella remontamos por sobre los bosques hacia las praderas de coirón, siempre subiendo hasta llegar a la divisoria de aguas y bajamos a la veranada Las Águilas justamente por la mitad de ella. En la altura nos supervisan nuevamente los cóndores, pasando silenciosos y rasantes, haciendo vibrar el aire con los extremos de sus plumas. Grandioso.

Las Águilas, es la veranada más extensa y más rica desde el punto de vista ganadero. Es un amplio valle, con grandes mallines que alimentan miles de cabezas de ganado.

En el puesto, nos saludan los cuidadores, expectantes y desconfiados de esta comisión, pero reconocen a don Toño y de allí en adelante el ambiente cambia y se muestran cordiales. Nos cuentan que hace 20 años era fácil cazar un huemul para el churrasco de medio día, que se veían con facilidad en casi todos los valles, que invernan cerca de La Polcura, pero que hace años desaparecieron, según ellos, en parte por las jaurías de perros asilvestrados que se formaron cerca de los campamentos de Endesa y que luego fueron cazados a tiros por militares.

Al anochecer, ya vuelven todos los cuidadores y compartimos el fuego y el mate, con historias más personales. Uno de ellos, ha sido toda su vida amansador de caballos y ha corcoveado profesionalmente en Argentina, Uruguay, Brasil y Estados Unidos. Es un tipo grande y



Cuidadores de veranada Las Águilas. A la derecha, Guido Ainardi. Al centro y más alto, don Toño. 1978.



maceteado, medio oscuro pero muy amable, respetuoso y lleno de historias.

A la mañana siguiente, nos encaminan hacia la cuenca alta y desaparecen en sus quehaceres. El paisaje ha sido marcado por los incendios destinados a eliminar los matorrales y bosques, abriendo espacio a las praderas.

La práctica de quemar las veranadas al final de la temporada es ancestral y hasta hace unas décadas Carabineros de la precordillera controlaban que los veraneros hubieran efectivamente quemado la veranada. Aun cuando la norma dejó de aplicarse hace

años, los arrieros son obligados esta vez por los propietarios de los animales. Una de las razones parece ser que el coirón adulto solamente lo pueden consumir los caprinos, pero cuando está recién brotado sirve para todo tipo de ganado.

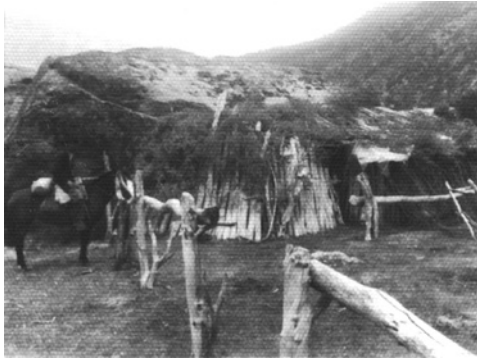
El amplio valle se compone del estero Las Águilas y dulces lomajes que lentamente llegan a las laderas de las cordilleras que lo flanquean. En parte de las zonas bajas y planas hay mallines, incluso algunos de cientos de hectáreas que son el corazón productivo del campo. Los mallines están cruzados por estrechos senderos por las escasas tierras firmes, junto a las cuales crecen ñirres. El resto del terreno es un pantano profundo cubierto de una densísima variedad de pastos. Los vacunos pastan cuidadosamente evitando hundirse, lo cual suele ser fatal.

Fuera de los mallines, la vegetación es herbácea (coirón) con pequeñas islas de ñirres. Hacia la parte alta de la cuenca las laderas se cubren de bosques frondosos, altos, normalmente con muy poco sotobosque. El piso es cruzado por estrechas huellas de acceso a acantilados entre los cuales se ubican pequeños mallines rodeados de ñirres.

El viaje de ida y vuelta, hasta la media falda de la cordillera nevada más alta, es de todo un día. La sensación de la falta de cercos y limitaciones para desplazarse en medio de bosques primarios, es fantástica. Carpinteros rojos y culpeos nos siguen como perros regalones, a unos 5 metros tras los caballos. En las praderas, son abundantes las liebres que huyen a corta distancia frente a los caballos.

Por coincidencia, ese año fue de vuelo de la mariposa plateada de Ñuble. Sus larvas se desarrollan en el ambiente de las raíces del coirón y emergen adultos cada 3 ó 4 años, en una irreal bandada de luceros que recorren las laderas y fondos de valles, destellando a distintas alturas como una lluvia de flashes del evento nocturno más famoso.

Con las alas abiertas, no tienen más de 5 cm, pero las escamillas de sus alas son blancas e increíblemente plateadas en su totalidad, reflejando el sol como el mejor de los espejos.



Puesto en Las Águilas: un montón de troncos arrimados a una gran roca, con techo de polietileno y ramas de arbustos. Lo habitan alrededor de 10 veraneros, 1977.



Su irregular vuelo dibuja filigranas de chispeantes estrellas a pleno día. Una multitud de ellas, es un espectáculo hermoso, irreal y extraordinario. Dichas de mi profesión haberlo visto y apreciado.

En la noche volvimos al puesto y compartimos nuevamente el mate, el fogón y las tortas fritas (sopaipillas) preparadas por los viejos, en un profundo sartén, en donde también se frien las truchas que son grandes y muy abundantes en cada arroyo. Como carnadas usan gusanos extraídos de ñirres y radales infectados.

Al día siguiente decidimos bajar por el valle hasta el río Polcura, atravesando inmensas praderas de coirón, donde las ovejas y caballos pastan apaciblemente y se espantan a nuestro paso tranquilo. Las dimensiones del valle y de las cordilleras que lo flanquean nos hacen sentir pequeños, pero al mismo tiempo libres, contentos y con una extraña sensación de plenitud, como orgullosos de algo que aún no sé qué es, pero no importaba: estábamos felices y viajamos livianamente.

Hacia el final del valle la huella discurría en un extenso bosque achaparrado de ñirres. El rastro discurre en continuas vueltas, estrecho e invisible desde afuera del bosque. Continuamente debemos protegernos de los latigazos de las ramas que están a la altura de nuestra cabeza. Apenas distinguimos el sendero desde arriba del caballo, el bosque es muy denso y atravesarlo en su totalidad, nos lleva alrededor de media hora, inútiles nosotros detrás del baqueano, entregados totalmente a su conocimiento y en parte también, dependientes de los caballos que siguen ciegamente al precedente.

Para la noche, ya estábamos de regreso en Los Peucos y le dimos descanso a los caballos por un día, mientras aprovechamos del agua termal que compartimos en la tarde con piños de vacunos que bajaban de los cerros a beber agua del estero, un poco más abajo de los pocitos de agua caliente. Se agrupaban específicamente bajo la zona donde se descargaba el agua termal. Probablemente el contenido salino era su atractivo especial.

Las nubes cubrían hasta la mitad los faldeos del estrecho valle y en la tarde, roncoss re-tumbos de truenos empezaron a remecer el aire de la cordillera, rebotando en el complejo sistema de valles y cerros, de manera que los ecos de un trueno aún no terminaban de producirse, cuando ya uno nuevo, más cerca o más lejos, repetía el proceso de ecos y contra ecos.

Fue otra maravilla escuchar las “conversaciones” entre laderas, ubicadas a pocos o muchos kilómetros de distancia, una dimensión sonora del paisaje, que de nuevo nos hace sentir pequeños, con nuestras vocecitas insignificantes, tratando de comunicarnos en una noche oscura, acurrucados cerca de la fogata y dispuestos para resistir la lluvia y el frío.

En la noche, don Toño hace un pronóstico de buen tiempo: escuchando atentamente, dice que el arrollo canta desde abajo (o bien al revés, no lo recuerdo) lo que le informa que el viento ha cambiado y tendremos un buen día.

A la mañana siguiente, las mismas nubes siguen a mitad de los cerros, pero las golondrinas andan cazando alto y eso nos hace buscar los caballos, armar las cargas y empre-



der el viaje. Es seguro que el día abrirá y comenzamos otra vez nuestra cabalgata, auspicado por esas pequeñas avechitas que cazan insectos en el aire, en revoloteos caprichosos e irregulares.

Descansados los caballos y los jinetes, emprendimos otra jornada, vadeando el río Polcura, hacia el sur, con el agua más arriba de los estribos, un tanto nerviosos por la fuerte corriente, pero confiados en don Toño que sigue la huella invisible bajo el agua, serpenteando entre pequeñas y grandes rocas semi redondeadas.

Al otro lado del río, pasamos a conversar brevemente y requerir información del estado de la huella, del estado de salud del dueño de casa y su familia, de las noticias de los otros ocupantes, etc. El hombre está afanado tejiendo correones, para unos aperos requeridos por un oficial de Carabineros de Cuatro Juntas: deben estar listos para el fin de la temporada, antes que termine abril.

Al poco rato de iniciada la marcha, el senderito va subiendo por escarpadas laderas. El río Polcura se va empequeñeciendo a medida que ascendemos y se transforma en una estrecha cinta plateada, que a ratos muestra profundos remansos, pero que en general es una sucesión de correntadas blanquecinas y tronadoras. Sus sonidos nos llegan interrumpidos, según los cambios en la dirección del viento.

Los caballos de montura y carga se agitan con la continua subida y de vez en cuando, se deben hacer pequeños altos para regularizar su respiración. A media mañana, paramos una media hora, se conversa, se toma agua con harina tostada elaborada familiarmente en Recinto. Esta es más gruesa que la comprada y más apreciada por los baqueanos.

La huella es estrecha y avanzamos por laderas muy empinadas, a la derecha el cerro que amenaza con rocas altas y de bordes angulosos, a la izquierda una ladera que cae cientos de metros hacia el río. Más allá del río, los bosques ribereños, las desembocaduras de los esteros Los Peucos, Las Perdices y Las Águilas, con sus laderas boscosas y profundos valles de miles de hectáreas. Valles que recorrimos y recorreremos posteriormente.

Ensimismados con el tranco del caballo, de pronto nos encontramos con un roquerío que cierra el camino hacia el precipicio: son las famosas Escaleras. En ellas se camina directamente sobre resbalosas rocas rayadas por las herraduras, hasta desembocar justo en la punta más sobresaliente de las rocas, con una caída casi vertical, en la cual aprovechando pequeñas salientes los caballos dejan caer sus manos (nuestros estribos tocan la superficie rocosa), después dejan caer los cascos traseros, juntando las cuatro patas en un escalón sumamente estrecho en que apenas caben.

Debemos hacer grandes flexiones de nuestro cuerpo hacia el anca del caballo, para que en conjunto conservemos el equilibrio y luego volver ágilmente a la posición vertical, cuando se juntan las cuatro patas del caballo. En seguida repiten el proceso, una docena de veces más, hasta ingresar nuevamente al sendero en terreno más terroso. Es medio aterrador, y se siente una enorme satisfacción cuando ya se ha pasado.



El paso es respetado por los arrieros. Los desbarrancamientos han sido numerosos y se ha perdido la vida de muchos animales en esa pasada. Muchos de los experimentados baqueanos prefieren bajar del caballo y hacer el tramo a pie. No los culpo, el peligro es realmente grande y no existen nada donde sujetarse. Si un caballo pierde el equilibrio o por pisar mal se resbala, la caída es de cientos de metros, directa y mortal.

Palpitando aceleradamente, se sigue por horas al tranco. La huella es angosta, inclinada, erosionada en partes, por la caída de rocas. Los caballos deben dar grandes trancos, saltar o pasar apresuradamente en estos obstáculos. La cornisa suele ser tan estrecha, que a su paso ruedan hacia el precipicio piedrecillas y tierra, que se vuelven pequeñas nubecillas, que flotan brevemente en el espacio hasta desaparecer de la vista.

Se baja paulatinamente hacia el oriente y el valle del río Polcura se va ensanchando. Entramos a zonas boscosas y varias horas después, desde una estrecha huella entre altos ñirres, desembocamos intempestivamente en un anchísimo camino ripiado. Nos desconcertamos. La sorpresa nos hace dudar de la realidad objetiva. Estamos desorientados e incrédulos.

Después de casi dos semanas de naturaleza pura (machacada pero vital), nos encontramos con un contraste brutal por la acción humana. Recién ahora me entero que Endesa tenía obras en estos parajes, que hace más de 10 años construyó acá, una alteración de la red hídrica para aumentar el volumen de agua de la Laguna del Laja y así, compensarla por el uso que de sus aguas hacen las centrales hidroeléctricas El Toro y Abanico.

Seguimos por el ancho y bien cuidado camino, sintiéndonos por primera vez intrusos en este paisaje. Algunas horas después, estamos en Cuatro Juntas, lugar donde se ubicó el campamento central de Endesa. Todo es ruina, el viento arrastra trozos de aislantes de plumavit. Por todos lados hay restos de cercos, radieres de concreto de edificios, fosos de talleres mecánicos, fierros y alambres, da la sensación de algo así como el paso de un cataclismo, que trató de borrar todo, pero que no lo consiguió. Los caminos y las calles parecen de una película extraña, fantasmas deambulan rápidamente por el lugar y desaparecen en los remolinos de viento.

Finalmente llegamos al único pabellón en pie, en el cual se habilitó un extremo como cuartel para Carabineros de Frontera de Cuatro Juntas. Estamos a pocos kilómetros de la frontera con Argentina.

Nos recibieron amablemente, se informaron de nosotros, de los objetivos de nuestro viaje, de las noticias sobre los ocupantes, del estado de las huellas, etc.

Obtuvimos del cuidador de Endesa un cuarto para dormir y acceso a baño. Era un yugoslavo como de dos metros de estatura, que se encargaba de medir los niveles de agua, en las distintas obras de la empresa, una persona sumamente amable. Conversamos sobre los campamentos que existieron, de su patria, del clima de aquí y allá, de los cultivos que hacían con temperaturas el doble de bajas (-40°) y mientras hablábamos, metió al horno de su cocina a leña una bandeja con truchas a la mantequilla. Me impresionó la maravilla que hizo con gestos tan simples: jamás he comido algo mejor en mi vida.



Había habido allí una ciudadela permanente para miles de personas, grandes cantidades de maquinaria pesada, comedores lujosos para empleados y profesionales, con mozos de humita que atendían solícitamente, cómodos campamentos con aire acondicionado (en invierno se registran -20° C), talleres de reparación de maquinaria, polvorines dispersos y una red de caminos que conectaban los distintos frentes de obras, tranques y túneles. Como resultado de esto, se habían desviado varios afluentes del alto Polcura y mediante canales y túneles, se dirigió toda esa agua hacia la Laguna del Laja.

Una vez concluidas las obras, se aprovecharon zonas bajas del terreno para depositar allí todas las construcciones, arrastrándolas y enterrándolas con enormes bulldozer.

Cada obrero fue registrado al salir y las herramientas fueron llenando contenedores para ser lanzados al fondo de la Laguna del Laja desde una barcaza, incluyendo contenedores con herramientas recién importadas, sin uso. Es que en la liquidación final, a las empresas se les descontaban todo los materiales con valor de reventa. Por eso la destrucción y la eliminación.

Daba pena y vergüenza ver a los ocupantes de la Reserva y veraneros tratando de estirar alguna arrugada plancha de zinc, desenterrada para mejorar la techumbre de su hogar. Fue humillante para uno que había tenido la oportunidad de vivir en otro medio y educarse, ver cómo se destruían recursos vitales para otras personas. Puro egoísmo, pura sed de ganarse unos pesos más entre los muchos millones que ganaban. No me pareció justo entonces, ni ahora, ni nunca.

Estuvimos en ese lugar un par de días, y recorrimos todas las obras cercanas. Un tanto desilusionado por esta irrupción violenta en el paisaje natural, decidí hacer otro viaje, esta vez consiguiendo que Endesa nos trasladara en un lanchón y reunirme con los caballos en este lugar para reconocer las veranadas de las cabeceras del Polcura.

En nuestras conversaciones con Carabineros, me enteré de los registros que ellos llevaban en la precordillera sobre el origen del ganado, las cantidades y qué veranadas ocuparían.

Estaba molido por el viaje, pero todavía nos quedaban varios días a caballo para salir por donde habíamos entrado.

Al regreso, recorrimos nuevamente la huella de Las Escaleras, pues era la más corta, y desde los Peucos decidimos hacer un largo recorrido hacia el norte y seguir investigando datos sobre huemules en la zona.

Subir Las Escaleras a caballo era otra experiencia notable, el animal se acercaba a las rocas y el primer peldaño le quedaba a la altura del pecho, de manera que se acercaba lo más posible e intempestivamente levantaba las manos, apoyándolas en este estrecho saliente de la roca, con un gran impulso saltaba para apoyar las patas traseras y cuando estas tocaban la saliente volvía a saltar y no paraba hasta la cumbre rocosa. Uno debía estar muy prevenido y fuertemente sujeto a la silla con una mano y con las piernas muy apretadas. A la derecha el precipicio era muy profundo y con pasaje directo a la muerte.



En alguna ocasión posterior intenté pasar a pie, pero era aún más peligroso pues el caballo salta, hay poco espacio para pararse y mucho para volar. De modo que decidí que era mejor confiar en el caballo y agarrarse lo mejor posible.

Llegando a Los Peucos pasamos desde los baños al campo Los Barros cuyo cuidador era un solitario ciudadano que se molestaba con el paso de personas extrañas: huraño, poco amistoso y desagradable. Todo eso, según los datos que nos habían dado los arrieros.

La huella pasaba cerquita de su puesto, construido con troncos verticales enterrados en el suelo y soportado por dos horcones, un largo tronco como cumbrera, la cubierta del techo eran trozos de viejos troncos ahuecados que habían sido cortados a lo largo. En un rincón del puesto un camastro hecho de troncos semi labrados con hacha y unos pellones como colchón. El poncho y la manta como abrigo.

Afuera del cuartito había un fogón bajo una enramada y un tronco a modo de pisito. Un cerco de quíncho parado, de unos 20 por 10 metros rodeaba su hogar.

Pese a su fama, pasamos a saludarlo y presentarnos. Sorprendentemente nos recibió muy amable, nos invitó a pasar a su "residencia", nos convidó tortilla al recoldo, mate y conversación.

Al pasar revista a sus instalaciones, vi en uno de los postes de la enramada una curiosidad: un charango auténtico y ancestral. En el poste había clavado unos fuertes clavos, en los cuales había amarrados alambres que bajaban a otro punto igual, a unos 50 cm más abajo, entre los alambres y el poste, se pone una botella en ambos extremos, para tensar "las cuerdas" y en otro clavo tenía colgado el tosco raspador. Nuestro anfitrión era un gruñón músico.

Había visto mi guitarra en el equipaje y silenciosamente tenía la esperanza de escucharla en su casa. Por lo conversado, había estado campeando sus animales cerca de los baños y escuchado algo.

En un desordenado ensillar de caballos, entre corcoveos, enredos de lazos, saltos y patadas al aire había sido herida gravemente mi guitarra (heridas de las que nunca se pudo recuperar), pero aún podía sonar y cumplí con agradecer su hospitalidad.

Tenía un par de perros chascones maravillosos. Al atardecer salía el viejito de su cercado y chiflaba, ambos perros levantaban las orejas y muy nerviosos lo miraban atentamente. Les ordenaba ir a buscar las ovejas que a simple vista no se veían. Ambos perritos salían corriendo, estirándose en cada salto hacia delante, los arroyitos los cruzaban y daba la impresión de que pasaba una lancha por como saltaba el agua hacia los lados.

De tanto en tanto, el viejito les chiflaba nuevamente y los perros se detenían automáticamente, con gritos y amplios gestos de los brazos les indicaba hacia donde debían correr, apenas se veían a la distancia. Con nuevos chiflidos llamaba la atención de sus ayudantes, les indicaba con los brazos hacia un cerro y les gritaba que habían quedado algunas ovejas. Los perros salían disparados hacia el cerro indicado, rodeaban el pequeño piño y lo guiaban hasta integrarlo al rebaño principal, siguiendo el viaje hacia el corral.



Al rato se sentían los ladridos de los perros y aparecían todas las ovejas conducidas hacia un corral de palos y ramas. Una vez encerradas las ovejas, los perros volvían alegres y orgullosos.

En la mañana siguiente, comenzamos a reunir nuestros caballos, tarea que demoró un par de horas pues la yegua guía se había soltado y dispersado junto a los otros en el valle.

Mientras corríamos tras los caballos, el viejito salió hasta su cerco de quinchas con un trocito de papel de paquete de velas en la mano, lo dobló en dos y frotó un lado contra el otro. De inmediato su mula y su caballo dejaron de comer, levantaron la cabeza y caminaron hasta él, pasaron la cabeza sobre la quinchas y la bajaron buscando su mano. Entonces les dio a cada uno un pequeño puñadito de sal, todo sin caminar 10 metros.

Con esta misma sabiduría nos invitó a almorzar, y le acompañamos a buscar una borrega. Nuevamente sus perros fueron extraordinarios: al trote de los caballos fueron dividiendo el rebaño, cada vez en grupos más pequeños, siempre con la vista fija en el animal seleccionado. Cuando quedaba una docena de ovejas, se separaron en dos grupos y los perros arrearon uno de los grupos. Sin detener el caballo, les gritó ¡esas no! Y los perros dieron media vuelta en busca del otro grupo. Impresionante la comunicación con los animales, que estaban concentrados en la persecución, sin mirar, solo escuchando a su amo, entendían lo que debían hacer.

El cuidador en cuestión tenía una sola oreja y ya en la confianza de mucho conversar tuve la impertinencia de preguntarle el motivo de su mutilación. Un tanto socarrón, nos contó que había sido una broma de borrachos que le había hecho un amigo en su juventud, pero que él también le había hecho una broma con posterioridad, sin más detalles.

No recuerdo ahora su nombre. Solo estos hechos sorprendentes para mí. Su sabiduría con los animales, su sensibilidad por la música y la extrema amabilidad con que nos cobijó en un rincón solitario del mundo. A él le gustaba su soledad de 5 ó 6 meses.

El viaje terminó sin problemas en el fundo Los Cipreses. De allí Don Toño a su casa, cerca de Recinto, Guido y yo hasta Chillán.

A mi regreso a la oficina, comencé a elaborar mi informe del viaje y recibí desde la Oficina Regional de Concepción, un oficio del General de Ejército que estaba de Intendente Regional, solicitando a Conaf un informe sobre el estado de las veranadas fiscales de Ñuble. La solicitud venía directamente desde el Ministerio del Interior.

Necesitaba antecedentes del uso de las veranadas. En el retén de Recinto, Leonardo Figueroa (guardaparque que me apoyaba en el Proyecto Huemul) consiguió el acceso al libro de veranadas, un registro muy detallado que desde 1928 se hacía de todos los piños a la entrada de las veranadas y al final de ellas. Un registro de alta conveniencia para los objetivos del informe.

Durante meses, estuvimos transcribiendo el libro, a grandes hojas de papel cuadriculado, en donde copiamos los fundos de origen, las fechas, las cantidades y tipo de animales que



subían y bajaban, la veranada que ocupaban, fechas de ingreso y salida, etc. Era una gran base de datos, no existían los computadores. Todos participamos en la copia, Leonardo, los guardafaunas y el que suscribe.

La segunda visita ya estaba fundamentada, y coordinamos con Endesa, para aprovechar la visita de un inspector de las obras. De la oficina me llevaron a la Laguna del Laja con todo mi equipaje personal, de allí en un lanchón hicimos la travesía espectacular por el lago, hasta su extremo norte. Luego en el jeep de Endesa recorrimos unos 10 km. de camino en excelentes condiciones y nuevamente estaba en Cuatro Juntas, esta vez en un viaje cómodo, que había demorado apenas un día desde Chillán.

En el viaje, el capitán de la embarcación me cuenta las veces y lugares específicos en los cuales han visto reiteradamente huemules, que bajan de la cordillera Polcura al Lago Laja, entre otras historias de personas, accidentes y dificultades vividas en más de 10 años de navegación en todas las épocas del año. Quedaba en servicio solo una de las varias embarcaciones que servían al proyecto de aducción del alto Polcura.

Quien traía los caballos desde El Castillo demoró un par de días en llegar a Cuatro Juntas, por un accidente. Llegó con la cara raspada, machucado y con un fuerte derrame en un ojo. Este lapso me dio tiempo para recorrer el área con mayor detención. Interesante por las enormes bandadas de avutardas en las praderas cercanas al agua, diferentes tipos de patos, peucos, águilas, cóndores, zorros y una familia de huairavos nuevos, como el que se ilustra en la fotografía.

Cuatro Juntas, es una ampliación del valle del río Polcura, donde confluyen distintos esteros y los respectivos valles. La amplitud es de más de 1 km, lo que contrasta con el resto del valle y con los valles afluentes, que son mucho más angostos. La vegetación predominante es de praderas de coirón y bosquecillos de ñirre.

El viaje continuó con la exploración de los valles confluentes desde el norte, mucho más estrechos que los visitados anteriormente, con una notoria disminución de la vegetación boscosa debido a la altitud.

Hacia el oriente, las huellas suben una cuesta empinada pero breve tras ésta una laguna. Más arriba todavía otra laguna. Luego de eso, las últimas divisorias de agua y ya estamos en el mítico Paso de Atacalco, el de la canción de Patricio Manns. Todo en un ambiente de estepa altoandina.

En el valle contiguo al sur, el Cajón del Colorado, con otro campamento de Endesa



Cría de huairavo, a medio emplumar.
Cuatro Juntas, 1978.



donde desembocan los túneles con el agua desviada, esta vez solo para unas 1.500 personas. Valle estrecho, sin bosques, con cobertura de praderas y roqueríos.

Esta vez el viaje es más corto, en unos 10 días ya estamos de retorno por una huella al norte del río Polcura, sin pasar por las famosas y respetadas escaleras.

Llegamos a La Polcura y seguimos el viaje por El Blanquillo, hacia el paso que conecta con la cuesta del Valle Hermoso. Ahora nos toca bajar por el rodado hacia el río Diguillín. En ocasiones nuestros hombros llegan a tocar el anca del caballo debido a la extrema pendiente. En cada vértice de las zetas que dibuja la huella, el caballo debe juntar los cascos, girar y continuar bajando.

Ahora sudamos más nosotros que los caballos, no es fácil mirar hacia abajo con esas pendientes. Los pequeños resbalones de los caballos, nos ponen más nerviosos. Al fin, ya entramos a la zona boscosa, y pasar nuevamente por Las Canogas nos parece sencillo, me divierto apoyando la planta de las botas sobre las salientes filudas, manteniendo la presión para alejar los costados del caballo.

Hemos recorrido a caballo unas 70.000 ha dentro de las veranadas fiscales.

De nuevo en la oficina, se elabora un extenso informe, con datos resumidos de la estadística de uso de cada veranada desde 1928 hasta la fecha, una reproducción del plano de los terrenos fiscales e información descriptiva general.

Como conclusión, se sugiere la creación de una reserva forestal, destinada a la protección de los suelos, las aguas, la vegetación y la fauna de este territorio, para protegerlo de los roces a fuego, del sobre pastoreo y de la erosión provocada por estas dos acciones humanas.

El informe es remitido a la Dirección Regional y de allí a la Intendencia Regional.



Huella a media altura de la ladera opuesta, en origen de la cascadita.

Creación e ideas de gestión de la nueva Reserva

Meses después, y mientras respondíamos a las demandas de evaluar económicamente cada proyecto de Área Silvestre Protegida y del proyecto Huemul de Chillán, para desafectar todo proyecto regional de conservación "prescindible" o económicamente no conveniente, llegó una solicitud de informe del Ministerio del Interior al Ministerio de Agricultura, requiriendo antecedentes naturales y de uso de las veranadas fiscales de Ñuble. Un anillo justo para el dedo.



Obviamente, el único informe que existía, era el que se había hecho ese verano y se dio rápida respuesta. Como resultado de esto, se juntaron dos informes coincidentes y el Ministerio del Interior pidió la creación de la Reserva.

Comenzó entonces el desafío de idear nuevos contratos de arriendo de veranadas, limitación de la carga y tipo de animales para cada una de ellas (esta vez considerando adicionalmente su estado general de conservación), la construcción de refugios más decentes para los veraneros, en base a un croquis preliminar, con techos de zinc, puertas, ventanas y superficie de acuerdo a la cantidad de veraneros, servicios sanitarios básicos, etc.

Considerando la larga residencia de los ocupantes ilegales (algunos de ellos nacieron allí, pues sus padres se asentaron a principios de siglo XX), se consideró su permanencia en el lugar, otorgándoles una cabida de animales para una supervivencia relativamente digna, en forma gratuita y arriendos más baratos hasta un límite determinado.

En estos contratos colaboró magistralmente el abogado regional de entonces, don Sergio Ortiz.

Los colonos originales cultivaron allí extensos potreros de avena. Tuvieron incluso un molino, con una enorme piedra de varias toneladas, conductos elevados de agua para el molino, uso de carretas y huellas de acceso por Los Barros, seguramente en travesías heroicas.

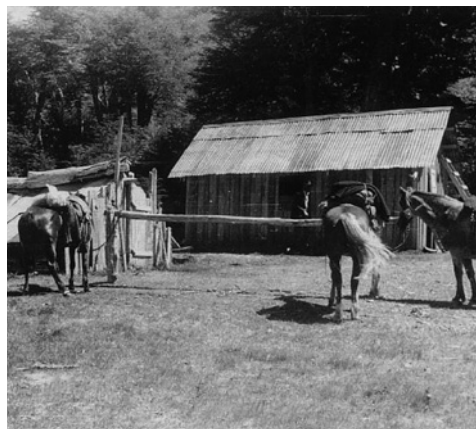
Nada de aquello estaba ya operativo, el máximo cultivo que vi fue de unos 400 m² de trigo, que para evitar que lo botaran las gallinas, lo cosecharon los guardafaunas para la embarazada dueña de casa, pues su marido era demasiado cómodo para esas labores. Quedaban también varios cerezos de gran diámetro, parte de los canales elevados de madera y la enorme piedra del molino.

Se licitaron los arriendos y se firmaron todos los contratos, incluyendo los “comodatos” individuales de los ocupantes, para lo cual se los visitó grupal e individualmente en forma previa.

Para el proyecto Huemul Chileno de Chillán, las áreas de interés especial lo constituyeron el Valle Hermoso, el cajón de Las Catalinas y ocasionalmente las cercanías de Los Barros y Los Peucos.

Se continuó con las prospecciones, con especial cuidado en la zona de La Polcura, dadas sus mejores condiciones ambientales en invierno y por la presencia de las familias de los ocupantes y sus perros, consumidores presuntos de huemules.

Durante la primera temporada adquirimos autocrotales y se hizo un viaje



Antiguo y nuevo refugio para veraneros de la Reserva Forestal Ñuble.



especial para marcar los animales pertenecientes a los ocupantes, para lo cual se transmitieron mensajes radiales en programas de música ranchera, citándolos para una fecha específica.

A nuestra llegada, solamente uno de los ocupantes tenía los animales en el lugar y comenzó una nueva experiencia notable. En una media luna de grandes troncos verticales y cercos de largos troncos apilados uno encima de otro hasta una altura de más o menos 1,60m. Hasta allí, arreamos a los vacunos y los encerramos entre los guardafaunas, Leonardo Figueroa y yo.

En una manga estrecha, hacíamos entrar de a uno a los animales, les instalábamos el autocrotal y llenábamos una ficha.

El problema, era que a los animales lo único que les interesaba, era recuperar su libertad y con apenas espacio para correr, saltaban contra el cerco de troncos. Varios de ellos se nos escaparon con esos saltos fenomenales, y algunos sin siquiera tocar el cerco.

Debimos escoger unos pedazos de ramas gruesas y con ellas enfrentar a los animales, manteniéndolos en un cuarto de la media luna, contra uno de los cercos. Las vacas atacan directamente y se las debía golpear en el puente de la nariz, aparentemente su punto sensible. Fuimos toreadores perdidos en la cordillera, sin ninguna posibilidad de atención médica en caso de un accidente. Era muy arriesgado, pues los animales se habían criado libres en la montaña, sin ser laceados o acorralados. Algunos de ellos ni siquiera habían sido marcados previamente.

Al día siguiente, aparecieron el resto de los ocupantes. Organizaron un rodeo formal con los animales y vimos su destreza con el lazo dentro de la media luna, laceando a los animales con precisión extraordinaria. Hacían correr a un animal y uno de ellos, de pie en el centro de la media luna, revoleaba su lazo y lo lanzaba de manera que la abertura de éste se abría frente a las manos del vacuno. Con un tirón del lazo, la abertura se cerraba, el campero afirmaba sus tacos en el suelo y resistía el tirón del vacuno enlazado, el cual dando una vuelta en el aire, caía rodando, entonces se acercaban otros y lo inmovilizaban para marcarlo. Era la ceremonia del pial.

Cuando algún animal se escapaba de la media luna, era perseguido por un jinete al galope, tendido entre grandes rocas y matorrales. De pie sobre los estribos y dando grandes gritos, daba vueltas al lazo por sobre su cabeza, las riendas sueltas, y en algún claro entre los matorrales enlazaba al vacuno. Era una proeza de jineteada, un conjunto de valentía, alto riesgo, manejo y confianza en el caballo, destreza con el lazo y extrema audacia.

Con posterioridad a este inicio de la gestión de la nueva Reserva, se hicieron numerosos viajes con fines de prevención de incendios intencionales (que ocurrían todos los años), control de carga animal, inspección de los nuevos refugios para los veraneros y fechas consignadas para el abandono del ganado, así como para fines específicos del proyecto Huemul.



Renuncié a Conaf en diciembre de 1979, pero seguí ligado a la Reserva por consultorías como profesional independiente hasta 1983. No he vuelto desde entonces a la reserva y desde la distancia en el tiempo no puedo más que echar de menos las emociones y experiencias vividas"

2.2 LA CREACIÓN DE LA RESERVA

La Reserva Forestal Ñuble, fue creada el 24 de noviembre de 1978¹. La base de esta nueva "área protegida" fueron terrenos fiscales cordilleranos de la parte alta de la cuenca del río Polcura y sector norte de la Laguna del Laja. La argumentación del decreto fundacional sostiene que "en este sector cordillerano se origina una extensa red hidrológica que sustenta valiosas disponibilidades de aguas de riego y energía" y que "es primordial conservar y manejar la vegetación existente en las nacientes del río Polcura". En efecto, estas reservas de agua constituyen un seguro fundamental para el funcionamiento de las tres centrales hidroeléctricas del Complejo del Laja: El Abanico, Antuco y El Toro.

La recién creada Reserva, fue entregada a la administración de CONAF y pasó a formar parte del Sistema Nacional de Áreas Silvestres Protegidas del Estado. A partir de ese momento, CONAF asumió la responsabilidad de regular el uso tradicional de aquellos terrenos, que eran parcialmente ocupados por pobladores y arrieros, así como controlar los principales factores de degradación ambiental que presentaba el paisaje. Para llegar a ello hubo no pocos entretelones previos.

2.3 ORÍGENES DE LA RESERVA

La historia se remonta a fines de los años 60, con los pioneros esfuerzos por identificar y conservar la fauna en peligro en Chile. Jürgen Rottman² quien participó y encabezó varias de dichas iniciativas, recuerda que "antes de que existiera CONAF, el interés por la fauna nativa comenzó y se asentó en el Servicio Agrícola y Ganadero (SAG). En aquella época se recibió apoyo de la FAO,³ que tenían expertos en bosques, parques y fauna y en ese marco, se firmó un convenio con el Cuerpo de Paz de Estados Unidos y la Washington State University (WSU) de Seattle (EE.UU.). Vino un experto para discutir los proyectos prioritarios para Chile. Yo diría que hacia 1969 comienza la preocupación por la fauna nativa presente en parques y reservas"⁴.

1 Decreto Supremo N° 384 del Ministerio de Agricultura, publicado en el Diario Oficial el 18 de enero de 1979.

2 Médico veterinario y zoólogo especialista en fauna silvestre en Chile. Ha trabajado en SAG, CONAF y ha sido directivo de CODEFF y UNORCH, entre otros cargos.

3 Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, fundada en 1945.

4 Entrevista a Jürgen Rottman, realizada en Talagante el 16 de septiembre de 2013.



En ese marco, aterrizaron en CONAF, institución creada en 1970, varios cooperantes “gringos” a estudiar las chinchillas, los guanacos y las vicuñas. En tal contexto, se solicitó un experto para investigar un animal famoso, pero casi totalmente desconocido: el huemul. Así fue como, en 1974, poco después del golpe militar, llegó a Chile el joven norteamericano Anthony Povilitis⁵, quien con el correr de las décadas se convertiría en un referente mundial en el tema.

En paralelo, la iniciativa de crear una Reserva Forestal⁶ en Ñuble, surgió principalmente de profesionales conservacionistas instalados en CONAF, tanto en Santiago como en la Región del Biobío, que descubrieron que habían dos cosas fundamentales en las cordilleras de Chillán: huemules y predios fiscales disponibles. Sin embargo, en aquel tiempo, las prioridades de CONAF no eran la conservación, sino el fomento forestal.

Rottman recuerda que “en realidad no se sabía mucho dónde estaban los huemules, no había datos, pero se decidió actuar. Cuando hay una oportunidad, hay que aprovecharla. Recuerdo que hice un informe en que expuse que había ‘certeza’ de que en el área había huemules. Usé cartas aerofotogramétricas estableciendo que los predios disponibles estaban dentro del área de distribución del huemul. Había que convencer a mucha gente”⁷.

Por su parte, en Chillán, Víctor Mourgues⁸, a cargo del proyecto huemul en CONAF y contraparte de Anthony Povilitis, también movió sus piezas. De acuerdo a su testimonio, se enteró por Guido Ainardi⁹ de la existencia de predios fiscales en la cordillera, se consiguió los planos y decidió ir a recorrerlos en el verano del 1978¹⁰.

Al regreso de sus expediciones le solicitaron, tanto del Ministerio del Interior (Intendencia regional) como del de Agricultura, sendos informes sobre el estado y uso de las veranadas fiscales que justamente había recorrido y elaboró dos pormenorizados reportes en que recomendó la creación de una Reserva Forestal para proteger los suelos, las aguas, la vegetación y la fauna del sobrepastoreo de verano, los incendios y la erosión. Como resultado, se juntaron informes coincidentes y el Ministerio del Interior pidió la creación de la Reserva.

“Julio Ponce Lerou¹¹ Director de CONAF de la época, no quería más áreas protegidas, pero creo que accedió para tranquilizar a la gente de Concepción”, cuenta hoy Rottman¹².

5 Anthony Povilitis, norteamericano, especialista en fauna silvestre. Inició su carrera en Chile en 1974 como joven cooperante. Ver su testimonio en las últimas páginas.

6 Antiguamente se les denominaba reservas “Forestales”. Hoy se usa el nombre de “reservas nacionales”.

7 Entrevista a J. Rottman, op. cit.

8 Víctor Mourgues, Ingeniero Forestal. Ha trabajado en CONAF por más de 30 años, en diferentes regiones. Para la elaboración de este libro envió su testimonio por correo electrónico y fue entrevistado en Talca en septiembre de 2013.

9 Ingeniero Forestal que en aquella época trabajaba para CONAF.

10 Ver su notable relato de ese viaje en capítulo de Testimonios.

11 Director de CONAF entre 1974 y 1979, designado por su entonces suegro, Augusto Pinochet. Hoy es el principal accionista de la ex empresa estatal del salitre, Soquimich (hoy SQM).

12 Entrevista a J. Rottman, op. cit.



Los terrenos conseguidos, sin embargo, no eran los mejores para proteger al huemul, que vivía sobre todo en fundos aledaños más que en la misma Reserva. Claudio Godoy¹³, que en ese entonces ya trabajaba con huemules en Aysén, recuerda: “Una de las principales comparaciones que hicimos, concluía que un porcentaje importante de la Reserva, toda la parte altoandina, no correspondía a hábitat del huemul”¹⁴.

A Povilitis, con mentalidad gringa, le costaba comprender la lógica de los chilenos: no entendía por qué se declaraba Reserva un territorio donde no estaba la mayoría de los huemules. Sin embargo, como se verá, en la Reserva sí vivieron y viven huemules. Además, para CONAF era una oportunidad de acceder a terrenos que hubiese sido imposible adquirir en otra parte. “Creo que el tiempo nos dio la razón –sostiene Rottman– pues tener la Reserva fue fundamental para todo lo que vino después. Cuando se hicieron el oleoducto y el gasoducto se lograron compensaciones, estudios, medidas de mitigación y un túnel de acceso. A la larga se pudo comprar el fundo San José de Trumao, que es un aporte a la Reserva. Y otro predio en Niblinto. Se logró todo eso gracias a que existía la Reserva”¹⁵.

2.4 PRIMEROS PASOS

Conseguida la Reserva, había que hacerse cargo de ella. Y sin recursos, se apeló a la cooperación internacional: así se consiguieron voluntarios y un aporte de Alemania para construir una primera guardería en Valle Hermoso. La construcción de esa guardería, a cargo del propio Víctor Mourgues, fue toda una odisea. Se hizo con madera del sector, cortada con hacha. “Los guardafaunas salieron expertos para el hacha. Las planchas de zinc hubo que subirlas a lomo de mula por la famosa cuesta de Valle Hermoso, fue un lío”, rememora Raúl Verdugo¹⁶.

Pese a que antes de tener la primera guardería, el personal de CONAF debía quedarse en campamentos improvisados, las condiciones seguían siendo rústicas y precarias. “Una vez al año les llevábamos algunas herramientas y materiales para arreglar la casa, en el helicóptero de incendios Forestales, con las horitas de incendio que nos sobraban”, cuenta Verdugo¹⁷.



Antigua guardería en Valle Hermoso, en los años 90.

13 Funcionario de CONAF desde 1976. Ha trabajado en Patrimonio Silvestre en Aysén y Ñuble.

14 Entrevista a Claudio Godoy, realizada en Chillán el 18 de julio de 2013.

15 Entrevista a J. Rottman, op. cit.

16 Raúl Verdugo, funcionario del Departamento de Áreas Silvestres Protegidas de CONAF Biobío por más de 30 años con dilatada experiencia en Patrimonio Silvestre. Entrevistado en Concepción el 24 de julio de 2013.

17 Entrevista a R. Verdugo, op. cit.



Se contrató a cuatro guardafaunas. Se les llamaba así –y no “guardaparques”– porque su función principal sería el huemul. Eladio y Antonio Ramírez, Santiago Sáez y Juan Urra, fueron los jóvenes seleccionados, todos habitantes de la precordillera de Ñuble. De ellos, sólo Eladio Ramírez sigue siendo guardafaunas, dedicando (a noviembre de 2013) 35 años de su vida a proteger huemules. Es, por lejos, la persona que mejor conoce cada rincón de la geografía y la historia de la Reserva. Un archivo viviente¹⁸. La capacitación de los guardaparques estuvo a cargo, entre otros, de Víctor Mourgues y Claudio Godoy, quien en Aysén ya había aprendido de huellas, de fecas, del hábitat y del comportamiento de la especie. La “sala de clases” fue bastante práctica: salieron de inmediatez a terreno a observar huemules.

“La Reserva en esa época –recuerda Godoy– se veía bastante deteriorada desde el punto de vista ambiental. El Valle Hermoso era como estepa de altura, dañada por incendios Forestales, la erosión y el sobrepastoreo”¹⁹. No le hacía honor a su nombre. Y el acceso era aún más complicado que hoy: había que cabalgar desde Los Lleuques dos días para llegar a La Polcura, que está en el ‘centro neurálgico’ de la Reserva.

Sin embargo, el proyecto de Reserva ya estaba en marcha. Mourgues recuerda que entre 1979 y 1983 se hizo la cartografía, se estudiaron las escrituras de los predios fiscales y de todos los predios vecinos, se construyó el refugio mencionado, se analizaron todas las evidencias y rastros registrados del huemul, se conoció a la población local y se hicieron acuerdos con ellos, se reguló la actividad ganadera y se definieron objetivos, uso de suelos y finalmente un Plan de Manejo



Guardafaunas junto a helicóptero, hacia 1985.



Primeros guardafaunas de la Reserva en la antigua guardería de Valle Hermoso a mediados de los 80s. De izquierda a derecha: Juan Urra, Eladio Ramírez, Santiago Sáez y Antonio Ramírez.

¹⁸ Ver testimonio de Eladio Ramírez en páginas finales.

¹⁹ Entrevista a C. Godoy, *op. cit.*



que orientó el accionar de CONAF por más de una década²⁰.

En la gestión en los años siguientes, se enfatizó en controlar las amenazas para el huemul y recuperar el medioambiente. En tal sentido, paulatinamente se fueron reduciendo las áreas donde se permitía el pastoreo, hasta que hacia 1985 se terminó con el arriendo de las veranadas. Por otro lado, se establecieron contratos con los residentes que permitieron que al cabo de 20 años la Reserva se desocupara de habitantes permanentes. Más que expulsarlos, se optó por un despoblamiento gradual que condujo a que las sucesiones de las familias originales se trasladaran a vivir al valle.



Raúl Verdugo (al centro) y guardaparques patrullando en La Polcura, hacia mediados de los 80s.

2.5 PLANES DE MANEJO

El primer Plan de Manejo de la Reserva fue elaborado por el Ingeniero Forestal Víctor Mourgues en 1984, cuando aún siete familias vivían en sus terrenos. En este documento se plantearon ocho objetivos que daban cuenta de la realidad y de las visiones que existían en esa época. Se apuntaba a conservar e incrementar la producción de las cuencas hidrográficas, la protección de la fauna y en particular el huemul y su hábitat, así como la conservación de la flora nativa, con atención al ciprés de la cordillera y al radial enano. También se planteó desarrollar tecnologías que permitiesen una “combinación de usos de los recursos en forma dinámica y sostenida” e implementar acciones de manejo para “mantener, restituir o acrecentar el equilibrio ecológico, la diversidad de especies y la calidad de los suelos”. Aparte de ello, se formularon objetivos relacionados con oportunidades para la investigación y la recreación²¹.

En este primer plan, también se establecieron algunas normas generales que delimitaban el uso de productos químicos, aprovechamiento de la fauna y flora, pesca y caza, control de plagas y el uso ganadero de las praderas andinas. E incluso más: se planteó estudiar la posibilidad de reintroducción del guanaco y el huillín (“nutria de río”), especies extintas en la Reserva.

El segundo, y actual Plan de Manejo, aprobado en marzo de 1997, fue elaborado por un equipo integrado por los funcionarios de CONAF Raúl Verdugo, Víctor Valverde, Marisol Almarza, Víctor Sánchez, Esteban Krause, Juan Riffo, Fernando Bascuñán, Edison Maldonado, Erasmo Espinoza, Eladio Ramírez y Oscar Peña.

²⁰ Testimonio de V. Mourgues, *op. cit.*

²¹ Plan de Manejo Reserva Forestal Ñuble, 1984.



2.4 LA RESERVA HOY

Claudio Godoy, que después de décadas de trabajar en la Patagonia volvió en 2011 a la oficina provincial de CONAF en Ñuble, advierte “cambios radicales” en la realidad actual de la Reserva. “Hoy tenemos mejores accesos, hay un camino que cruza la Reserva. Hay un desarrollo de infraestructura, senderos, lugares de acampar, guarderías en tres sectores distintos. También la comunidad ha ido conociendo más esta unidad, con 1.500 visitantes por temporada. Hay un cambio evidente; ya no es estepa, ya es otra formación vegetal”²².

El resultado de este esfuerzo, se grafica en la recuperación ambiental que se advierte en la Reserva. Para entender esta transformación, revisaremos en detalle el pasado en que hombres y mujeres anónimos construyeron una desconocida epopeya en este territorio, a veces dulce, a veces amarga, pero siempre humana.



Camioneta de CONAF cruzando el río Polcura. En los años 90, gracias al oleoducto transandino, se habilitó un camino por el interior de la Reserva.

²² Entrevista a C. Godoy, *op. cit.*

III

GEOGRAFÍA Y UBICACIÓN





3.1 LÍMITES Y UBICACIÓN

La Reserva ocupa una extensión de más de 70 mil hectáreas y se ubica inmediatamente al sur de los Nevados de Chillán, entre cerros y cordones cordilleranos, pegada al límite con Argentina, entre los paralelos 36° 53' y 73° 15' de latitud sur y los meridianos 71° 10' y 71° 40', longitud oeste, en terrenos que corresponden a las comunas de Pinto y Antuco, es decir, se despliega en dos provincias (Ñuble y Biobío), pertenecientes a la Región del Biobío. Como está dicho, la mayor parte del territorio, corresponde a la cuenca hidrográfica del río Polcura, que desagua hacia el río Laja, tributario de las aguas del río Biobío. Una pequeña parte al norte de la Reserva, corresponde a la sección alta de la cuenca del río Diguillín, tributario éste de las aguas del río Itata. Al suroriente hay cuencas que desembocan directamente a la Laguna del Laja. Una extensión bastante amplia en paisajes y kilómetros. Quien mejor la conoce es Eladio Ramírez, guardafauna que la recorre desde hace 35 años: "Para un buen recorrido por la Reserva se necesitan como mínimo unos 15 días a caballo, para darse una vuelta completa", explica²³.

Los terrenos que componen la Reserva, están divididos administrativamente desde a lo menos el año 1909 en 29 campos, a saber: Valle Hermoso, El Blanquillo, El Candado, Las Mariposas, Los Peucos, Las Perdices, Chapa Verde, Las Águilas, Las Chiguas, El Jardín, Laguna del Lobo, El Purgatorio, Las Quemazones, El Huemul, Calabocillos, Los Chiflones, Mallines del Sol, Meseta Sentada, Lagunillas, Laguna de Béjar, Las Tiranías, Las Lágrimas, Los Pacos, Cerrillos, Vega Larga, Laguna del Laja, Cajón del Colorado, Vallecitos y Laguna de Trile.

Estos campos corresponde en general a los distintos valles de la cordillera y eran llamados también "veranadas", nombre vinculado a su uso para el pastoreo de ganado (vacunos, ovinos, caprinos) que en verano presentan buenos pastos.

3.2 ESTATUS LEGAL

El Sistema Nacional de Áreas Silvestres Protegidas del Estado (SNASPE) define una Reserva Nacional como "un área cuyos recursos naturales es necesario conservar y utilizar con especial cuidado, por la susceptibilidad de estos a sufrir degradación o por su importancia en el resguardo del bienestar de la comunidad". Los objetivos de tal categoría de manejo, son la conservación del recurso suelo, la mantención o mejoramiento de la producción hídrica, la protección de las especies de flora y fauna silvestre, y el desarrollo y aplicación de tecnologías de aprovechamiento racional de la flora y fauna.

Esta Reserva, fue creada sobre terrenos fiscales, fundamentalmente para conservar dentro de la cuenca del río Polcura, una amplia variedad de ambientes y valiosos recursos

23 Testimonio de E. Ramírez, *op. cit.*



Mapa actual de la Reserva Nacional Ñuble



bióticos y paisajísticos que la integran, modelados por activos procesos glaciales. Estas características hacen que esta unidad tenga importancia relevante, en el contexto del Sistema Nacional de Áreas Silvestres Protegidas del Estado.

3.3 LOS TERRENOS

El 31 de agosto de 1909, el Fisco requiere al Conservador de Bienes Raíces del antiguo Departamento de Rere, ubicado en Yumbel, la inscripción de varias porciones de terrenos de la subdelegación de Reñico.



El 9 de junio del año 1916 se inscribe por “posesión inmemorial” el dominio a favor del Fisco los siguientes 29 predios fiscales mencionados anteriormente, lo cual rola a fojas 201 N° 278 del Registro de Propiedad del Conservador de Bienes Raíces de Rere, en Yumbel.

El 6 de agosto del año 1969 el Fisco transfiere gratuitamente a la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO) el dominio de 12.500 hectáreas, compuestas por la totalidad de varios valles. El 4 de abril de 1972 la CORFO vende a Endesa estas 12.500 hectáreas.

El 24 de noviembre de 1978 se crea la Reserva “Forestal” Ñuble, mediante DS 384 del Ministerio de Agricultura, con una superficie aproximada de 55.948 hectáreas, dejando dentro de sus límites la propiedad de Endesa, que entonces era una empresa pública. Se entrega la tuición y administración de la nueva Reserva a CONAF.

3.4 LOS ACCESOS

El acceso principal a la Reserva, se ubica a unos 95 kilómetros de Chillán. Lamentablemente, no es un acceso expedito y este ha sido una de las características históricas y el mayor obstáculo al conocimiento público del área. Este acceso es el único autorizado a visitantes y sube por la cuenca del río Diguillín. Se entra por Los Lleuques, ubicado inmediatamente después de Recinto, en el camino a las Termas de Chillán. Luego de 20 kilómetros se llega al fundo particular Los Cipreses. Desde allí, sólo faltan unos 7 kilómetros para llegar a la guardería de El Trumao. Sin embargo, estos últimos kilómetros se recorren en un camino en mal estado, transitables sólo en vehículos 4x4.

El tránsito para visitantes al interior de la unidad es a caballo, a pie o en bicicleta. Aunque muchos permanecen en el sector de El Trumao, donde hay camping, pozones y senderos, si se quiere recorrer el interior de la Reserva, se debe superar un desafío mayor: la Cuesta Valle Hermoso, un empinado y legendario camino, que sube por la ladera del cerro hasta casi los 2.000 metros de altura. Si bien el trazado de este histórico camino fue redefinido con el paso del Gasoducto, su recorrido, en subida o en bajada, sigue siendo una combinación de emociones y vértigo. “Impresionante”, recuerda Iván Benoit, Encargado Nacional de Flora de CONAF en los años 80²⁴. “Esa subida es increíble, toda una aventura”, en palabras de Jürgen Rottman, colega de Benoit²⁵.



Huella hacia el Valle Hermoso en 1982.
[Foto: Gentileza José Lizama]

24 Entrevista a I. Benoit, Especialista en fauna y flora, quien trabajó en CONAF por más de 30 años. Entrevistado en Septiembre de 2013.

25 Entrevista a J. Rottman, op. cit.



Actual camino hacia el Valle Hermoso hecho por gasoducto.

Sólo para fines administrativos, existen dos accesos complementarios, que son estivales, de propiedad privada y dependen de las condiciones climáticas: el paso por el túnel del Oleoducto Trasandino, con quien se suscribió una servidumbre de paso que atraviesa la Cordillera Infiernillo y accede directamente a Valle Hermoso, o en embarcaciones de Endesa, navegando, por la Laguna del Laja hasta el sector Puntilla Chillán, desde donde hay un camino que conecta las rutas interiores.

3.5 EL CLIMA

El clima de la Reserva ha sido definido como “mediterráneo con influencias continentales”, en virtud de las notables amplitudes térmicas, con calor en los valles y frío en las zonas más altas. Las precipitaciones, que bordean los 2.000 mm anuales, ocurren preferentemente entre mayo y agosto. En invierno son en forma de nieve. Los meses más secos son entre noviembre y marzo. Las temperaturas más altas ocurren en enero (media del orden de 15°C) y las más bajas en julio, con medias en torno a los 0°C en los valles centrales, y bajando a medida que se aumenta la altitud.



Guardería en El Trumao en invierno.



3.6 GEOGRAFÍA DE LA RESERVA

Las cumbres más altas de los cordones ubicados dentro de la Reserva, alcanzan altitudes entre los 2.000 y los 2.500 metros sobre el nivel del mar. Los valles están entre los 1.000 y los 1.500 msnm. La meseta andina por donde están los principales pasos hacia Argentina está a unos 2.000 msnm.



Paisajes cordilleranos Reserva Nacional Ñuble.

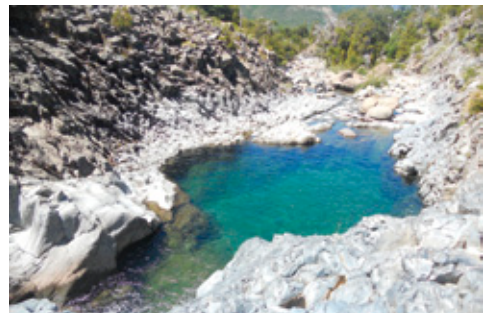
La Reserva está formada básicamente por la cuenca receptora de caudales del río Polcura, que es el principal tributario del río Laja. Este río nace en la Laguna Béjar, ubicada a 1.800 msnm., cerca del límite internacional. En su curso recibe el aporte de los ríos y esteros Calabocillos, Quemazones, Vega Larga, Las Águilas, Las Perdices, Los Peucos y El Blanquillo, entre otros.



Caída de agua
al interior de la Reserva Nacional Ñuble.



Laguna El Tabaco, Reserva Nacional Ñuble.



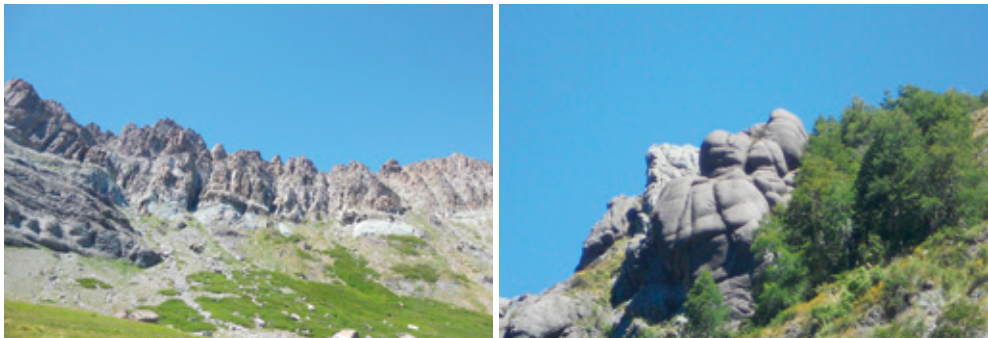
Cuerpos de agua, Reserva Nacional Ñuble



Cuatro esteros (El Roble, Los Quiques, Pichi Laja y El Colorado) no pertenecen a la cuenca del río Polcura y desaguan directamente en la Laguna del Laja. Otro estero, denominado Los Capaos, desemboca desde Valle Hermoso hacia el río Diguillín, el que tributa sus aguas en la cuenca del río Itata.

Los ríos y esteros de la Reserva son de tipo mixto, con caudales altos entre mayo y junio, debido a las lluvias, y en noviembre, por efecto del deshielo de la nieve acumulada entre mayo y septiembre. Parte de las aguas de la Reserva alimentan uno de los mayores complejos hidroeléctricos del país, en la cuenca del Laja, con tres centrales: El Abanico, El Toro y Antuco.

Por estar ubicada en plena cordillera, se observan en la Reserva las consecuencias de las violentas convulsiones debidas a la actividad volcánica, los plegamientos tectónicos que originaron la cordillera, observándose por ello relieves marcados por abruptos cordones de cerros, valles de fondo plano producto de la erosión glacial y fluvial, y mesetas en las zonas altas. También se presentan remanentes de morrenas glaciares en algunos valles interiores. Se han descrito 14 formaciones geológicas en la Reserva. Por su parte, los suelos han sido influidos por la ceniza de la actividad volcánica reciente de los cercanos volcanes Chillán (al norte) y Antuco (al sur).



Paisajes geológicos, Reserva Nacional Ñuble.

Las quemadas de las praderas andinas, efectuadas por décadas por arrieros y ocupantes, provocaron no solo la pérdida de miles de hectáreas de bosques y matorrales, sino erosión y pérdida de la cubierta vegetal. El exceso de pastoreo animal, especialmente de caprinos y ovinos en invierno y primavera, así como las elevadas pendientes y la susceptibilidad específica de sus suelos llevó a que, a mediados de los años 80 la mayoría de los valles evidenciaban una alta destrucción de la cubierta vegetal, sobre todo de los valles El Candado, Las Mariposas, Las Tiranas, Los Peucos, sector oriente de El Blanquillo y Las Lástimas, lo que se ha ido revirtiendo lentamente en las últimas décadas. Solo pequeños sectores de mallines (suelos húmedos y pantanosos) se salvan de esta condición (Plan de Manejo, 1984).

IV

LA RESERVA ANTES DE LA RESERVA





4.1 OCUPACIÓN DURANTE EL SIGLO XX

No hay mayores referencias de poblamientos antiguos en la Reserva, aunque se estima que sus valles solían ser ocupados como veranadas de pastoreo ya desde muy antiguo por grupos pehuenche que habitaron zonas cordilleranas y se desplazaron hacia ambos lados de la frontera.

Por la crudeza de los inviernos, la zona no tiene registros de habitantes permanentes en la época prehispánica y colonial, aunque sí era zona de paso hacia Argentina.

Los primeros colonos que habitaron la zona en el curso medio del río Polcura, probablemente en el sector Las Mariposas-Los Peucos (que se conocería como “La Polcura”), habrían llegado a estos terrenos en las primeras décadas del siglo XX. De acuerdo a versiones de antiguos pobladores, el primer colono asentado en estas tierras fue Manuel Hernández Yáñez, quien se habría instalado alrededor del año 1910 o incluso un poco antes.

La memoria de los antiguos pobladores también registra la presencia de arrieros y de bandidos que se escondieron en la zona escapando de la justicia. Vicente Riquelme, nacido en la cordillera polcurana en 1937, cuenta que su abuelo no tenía dónde vivir y llegó a establecerse en la zona en los años 20 “por un dato que le dio un fugitivo que se escondía allá, que se había escapado de la cárcel y estuvo escondido hasta que cumplió la condena... incluso mandó a buscar a su señora. Este hombre tenía dos nombres: todos lo conocían como Domingo Sandoval, pero en realidad se llamaba Domitilo Badillo, según mi padre. Él le dio el dato a mi abuelo de que se podía vivir allá, así que éste se vino con sus hijos; mi padre era chico en ese entonces”²⁶.

4.2 LOS POLCURANOS

Por las condiciones climáticas y las dificultades de acceso, sólo algunos pocos grupos de familias se instalaron a vivir –cual colonos– en lo que después sería la Reserva. Estas familias construyeron viviendas bastante simples, soportando duras condiciones invernales, pero ante todo, como veremos, crearon una forma de vida única, adaptada a la realidad de su territorio.

Sus casas estaban en La Polcura, en los alrededores de la confluencia del río del mismo nombre con Los Peucos, por lo que se les llamaba “Polcuranos”.

Así, ocuparon durante gran parte del siglo XX, con sus cabras y ovejas, vacunos, caballos y mulas, los valles El Blanquillo, Las Perdices, Las Águilas, Los Peucos, El Candado, Las Mariposas, Las Tiranas y Las Lástimas. Según registró Guido Ainardi, en el verano de 1980 se contabilizaban 47 personas viviendo en forma permanente en la Reserva, que poseían 1.682 animales²⁷.

26 Entrevista a Vicente Riquelme, realizada en Los Lleuques el 19 de julio de 2013.

27 Guido Ainardi, *Reserva Forestal Ñuble. Informe Final Temporada Arriendo de Veranadas 79-80*, Chillán, mayo de 1980.



Al crearse la Reserva, en 1978, vivían en sus terrenos siete grupos familiares, con un total de 41 personas. Estos habitantes, que en rigor jurídico eran ocupantes “ilegales”, fueron respetados por la administración de CONAF cuando se hizo cargo del predio. Sin embargo, se les pusieron ciertas condiciones, como el prohibir los incendios, limitar la cantidad de animales que podían tener, no construir nuevas viviendas ni tampoco traer nuevos ocupantes. Para ello se firmaron contratos de “comodato precario”, acordados en diciembre del año 1981 con los jefes de cada familia, estableciéndose que estos derechos no eran heredables ni traspasables, por lo que lentamente, sea por incumplimiento del contrato, por muerte del titular o por migración, la Reserva se fue despoblando. Los últimos residentes se retiraron el verano del año 2001.

Manuel Hernández Yáñez: El Primer Polcurano

Su familia venía de Los Barros (Antuco) y sus descendientes calculan que debe haber llegado a La Polcura hacia 1910. Todos los testimonios recogidos coinciden en que fue el primer Polcurano. Vicente Riquelme lo recuerda con ironía campesina: “El finado Manuel Hernández llegó antes que mi abuelo. Él fue el primero que llegó a vivir allá. Él nos correteó, decía que la puebla era de él”²⁸.

La primera esposa de Hernández Yáñez falleció, casándose años más tarde con Sofía Jiménez. En total tuvo 12 hijos, entre ellos Joel (hijo de su primera mujer, quien después, al morir su padre, se emparejó con la propia Sofía Jiménez, su “madrastra”). Doña Meche (esposa de Manuel Sáez), comenta que su padre “falleció de viejito, hacia finales de los años 80 allá en La Polcura. Lo tuvieron que velar ocho días porque un temporal impedía atravesar el río con el cuerpo. Finalmente lo cruzaron a caballo y al noveno día lo sepultaron en Recinto”²⁹.



Manuel Hernández Yáñez, primer polcurano. Foto de los años 40 tomada probablemente en la plaza de El Carmen. [Gentileza de su hija Mercedes Hernández]

28 Entrevista a Vicente Riquelme, *op. cit.*

29 Entrevista a Elba Mercedes Hernández (doña Meche), realizada en Recinto el 19 de julio de 2013.



Don Llofo

Uno de los últimos residente polcuranos fue Rodolfo Cifuentes, más conocido como Don Llofo, quien murió en Los Lleuques en agosto del año 2000. Casado con Leonides Jiménez, habitó en el sector de Las Tiranas. Fue una persona muy querida y aún hoy es recordado por los viejos polcuranos. “Era bueno con todo el mundo, si iba gente pa’ la cordillera, carneaba su chivo y hacía su buen asado. Una vez nos regaló una ternera y de esa hicimos crianza”, relata su sobrina, Mercedes Hernández³⁰. “Él cumplía con todas las normas, muy buena persona”, lo recuerda Raúl Verdugo, del Departamento Áreas Silvestres Protegidas de CONAF Regional³¹.

La familia Polcurana

Las familias que ocuparon en forma permanente el Alto Polcura fueron pocas. Por este motivo se produjo con los años un emparentamiento entre ellas, repitiéndose los apellidos Riquelme, Hernández, Jiménez y Cifuentes. Los grupos que se asentaron, en general conformaron familias y muchas de las parejas se hicieron entre las familias residentes, aunque también se recuerdan algunos casos de matrimonios con personas “del valle”, lo que implicó la mudanza de un cónyuge a la cordillera. Fueron muchos los niños que nacieron en plena cordillera. Virginia Riquelme, por ejemplo, tuvo sus cuatro hijos “allá arriba”. Incluso recuerda que “a uno de ellos lo tuve sola”, pero la mayoría de los partos eran asistidos entre las mismas mujeres³².



Don Llofo, en su casa polcurana, con su esposa y nieta. Años 80.

La vivienda polcurana

De acuerdo a los testimonios recogidos, la vivienda “de invierno” del polcurano eran ranchos básicos de madera, con piso de tierra. Manuel Hernández (hijo) recuerda: “La casa era desabrigada, las tablas eran disparejas, había rendijas por donde filtraba el viento, la nieve”³³. Al respecto, Raúl Verdugo describe que “usaban estopa para sellar las paredes, pero se la comían los ratones”³⁴.

30 Entrevista a Mercedes Hernández, op. cit.

31 Entrevista a R. Verdugo, op. cit.

32 Entrevista a Virginia Riquelme, realizada en Recinto el 19 de julio de 2013.

33 Entrevista a Manuel Hernández (hijo), realizada en Recinto el 19 de julio de 2013.

34 Entrevista a R. Verdugo, op. cit.



Las casas disponían de mobiliario básico hecho con maderas locales. Las camas las hacían con colchones de lana de oveja, a partir de géneros que compraban “en el valle”. Fabricaban husos con palos de ciprés de la cordillera. Con ellos hilaban la lana y tejían frazadas para las camas. También hacían ropa de lana y calcetines. Para caminar en la nieve elaboraban “chigüitas” y los más antiguos recuerdan que no conocían los zapatos: confeccionaban unas chalas con cuero de vaca.

La calefacción era con leña, la que servía además para cocinar y mantener agua caliente para la mateada con la que pasaban las horas. Testimonios recogidos hablan de duros inviernos, en que muchas veces tenían que salir a buscar leña y a mirar los animales, enterrados en la nieve.

El Ingeniero Guillermo Noguera, que trabajó para Endesa en el Sistema de Aducción del Alto Polcura en los años 70, recuerda que vivían en rucas protegidas por cueros y rollizos de madera³⁵.

Para abastecerse de agua, en algunos casos, disponían de esteros o vertientes. En otros, debían sacar el agua del río, acarreándola hasta la casa en baldes.

Alimentación

Las familias polcuranas se abastecían de alimentos en el verano, cuando bajaban al valle a vender sus animales. En Chillán compraban enseres, remedios y alimentos como harina, arroz, azúcar, fideos y mate, los que subían al final del verano en varios viajes en mulas y caballos cargados. Se demoraban dos días desde Recinto hasta La Polcura. Sin embargo, la dieta se complementaba con una serie de productos de “fabricación” local. En los años más esplendorosos, varios polcuranos tenían cultivos de hortalizas, papas, arvejas, habas y algún árbol frutal. También algunas familias sembraron trigo y hacían harina moliéndola “a piedra”. Los animales, incluyendo cerdos, pavos y gallinas, eran fuente permanente de carne, leche y huevos. “Los chanchos los alimentábamos con lleuque”, recuerda Manuel Hernández (hijo), en referencia a la que se conoce como “uva de la cordillera”³⁶. Elaboraban charqui para preservar la carne y con la leche hacían quesos, mantequilla y manjar. Tenían



Restos de la “puebla” de don Manuel Sáez y doña Meche, en La Polcura. Septiembre de 2013.
[Foto: Pablo Sepúlveda]

35 Entrevista a Guillermo Noguera, por correo electrónico, agosto 2013.

36 Entrevista a Manuel Hernández, *op. cit.*



técnicas bien desarrolladas en la fabricación de quesos, a partir de cuajos con manzanilla de chivo, ají y sal. Además, los antiguos polcuranos recuerdan que tenían anzuelos y los ríos ofrecían buen pescado fresco. “Antes, el río traía un pescado, uno bigotudo, bagre le llaman, y también habían unas culebras así largas: anguilas. Después aparecieron grandes pescados, los salmones”, recuerda Vicente Riquelme³⁷. El campo también prodigaba liebres, conejos, gansos y patos silvestres.

Sin embargo, la época de oro de los pioneros fue pasando. En los últimos años, según recuerda Eladio Ramírez, “en invierno no hacían nada más que tomar mate. Carne era lo más que comían. Tenían harina, abarrotos, pero nada de fruta y verdura. No cocinaban mucho y tampoco cultivaban. Su comida era tomar mate y un pedazo de carne. Ellos hacían harto charqui, secaban carne en verano y la guardaban para el invierno. Y eso comían. En invierno no carneaban”³⁸.

La Ganadería

La principal y única actividad productiva de las familias polcuranas era la ganadería. Todas disponían de algún ganado vacuno, complementado con ovejas, chivos y caballos. Los animales vagaban libres por los campos. Cada valle tenía los “cercos naturales” de las montañas, por lo que no requerían mayores cuidados. “La vida allá era cuidar los animales, ovejas era lo que más había... Había miles de animales. En verano subíamos a las veranadas para que los animales tuvieran más pasto. Alojábamos en puestos. Yo salía a caballo, conocía todo”, cuenta Manuel Hernández. En invierno a los animales se les dejaba en el campo para que sobrevivieran por su cuenta en la nieve, principalmente ramoneando y buscando pastos bajo las arboledas donde había menos nieve. En palabras de Manuel, “el animal baqueano viejo se las rebuscaba para sobrevivir y el animal nuevo se iba a la siga de los viejos”³⁹. Sin embargo, no era fácil. Mercedes Hernández recuerda que “hubo un invierno en que se nos murieron todas las cabras, por los rodados de nieve que les caían encima, porque estaban juntas. Los caballos también morían a veces, bajo la nieve, morían de hambre, igual las cabras”⁴⁰.

Hacia finales del verano, bajaban con animales al valle para venderlos y hacer sus compras de invierno. “Me gustaba el campo, el campo es el que da, sabiendo administrar; se sacaba plata con la venta de animales, el animal cuidándolo se cría bien. Antes había harto animal, se arrendaban los campos. Era buen negocio tener animales allá, el animal tenía buen precio, a mí si me arrendaran un campo ahora iría con animales para arriba”, dice hoy,

37 Entrevista a Vicente Riquelme, *op. cit.*

38 Testimonio de Eladio Ramírez, recogido en entrevista efectuada en Chillán el 18 de julio de 2013 y en conversaciones realizadas en la Reserva Nacional Ñuble, entre el 25 y el 27 de septiembre del mismo año.

39 Entrevista a Manuel Hernández, *op. cit.*

40 *Ibid.*



a sus 76 años, Vicente Riquelme⁴¹. Mercedes reconoce: “Igual la crianza (de animales) nos dio para comprar dos sitios aquí en Recinto y poder vivir en lo propio”⁴².

Para el Polcurano, sus animales eran como su banco. Cuando necesitaban plata, vendían un animal “a crédito”. No era necesario bajarlo de inmediato de la cordillera: lo entregaba al final de la temporada.

Los testimonios recogidos hablan de buenos recuerdos de aquel vivir en la cordillera: de una vida tranquila, de buen pasar. El alimento estaba disponible (aunque en familias numerosas “se pasaba hambre”) y la salud era buena. Lo único difícil eran los inviernos crudos, en que a veces morían muchos animales. Las enfermedades (gripes) solían llegar en tiempos invernales, pero no se recuerda que se hayan producido muertes por ello. En alguna oportunidad en que una fuerte gripe asoló a los hijos de Mercedes, lograron traer remedios desde Rayenco. Recuerdan que una vez, en invierno, llegó un médico en helicóptero.

Las familias polcuranas no accedían a la educación formal. No había escuela. Las enseñanzas necesarias para la vida se traspasaban oralmente de generación en generación. Sin embargo, Vicente Riquelme recuerda haber aprendido a leer y sacar cuentas: “No fui a la escuela, pero aprendí a leer solo; doy gracias que aprendí, me enseñaron algunas letras, tenía buena memoria yo, aprendí allá arriba con el silabario. Y las tablas de multiplicar también, para sacar cuentas”.

Con el tiempo, muchos Polcuranos fueron migrando del lugar, comprando terrenos en Los Lleuques u otros sectores precordilleranos, donde pasaban los inviernos, aunque solían mantener sus animales arriba en la cordillera, a la que subían durante los meses más cálidos.

Entre otras medidas, CONAF intentó reducir –a veces sin mucho éxito– la masa de caprinos y de animales en general que podían tener los Polcuranos: “Ellos siempre llevaban más animales que los permitidos, pero la multa era tan pequeña que más bien se lo tomaban como el pago de un arriendo”, recuerda Raúl Verdugo⁴⁴.

En ese contexto se establecen acuerdos formales por medio de los cuales pueden permanecer en la Reserva con sus animales y ocupar ciertas veranadas.

El 1 de diciembre de 1981 CONAF suscribió los “contratos de comodato precario” con seis lugareños que residían permanentemente en los terrenos de la Reserva, fijando allí las normas de protección de los recursos que debían cumplir, así como la cantidad y tipo de ganado que podían mantener en la Reserva, cuyos titulares eran Manuel Sáez, Tomás Cifuentes (don Llofo), Flavio Riquelme, Manuel Hernández, Joel Hernández e Inés Paredes.

De acuerdo a un informe de febrero de 1992, firmado por Víctor Sánchez, en ese entonces Jefe Provincial Ñuble de CONAF, y a otros antecedentes recopilados en nuestra

41 Entrevista a Vicente Riquelme, *op. cit.*

42 Entrevista a Mercedes Hernández, *op. cit.*

43 Entrevista a Vicente Riquelme, *op. cit.*

44 Entrevista a R. Verdugo, *op. cit.*



investigación, la situación final en relación a los polcuranos residentes fue la que se describe a continuación:

- José Flavio Riquelme residió en la Reserva hasta el año 1984. Posteriormente sus animales eran cuidados por familiares, entre ellos su hermano Vicente. Actualmente vive en Coihueco.
- Don Llofo (Rodolfo Riquelme) murió el 10 de agosto de 2000. Le sobrevive su esposa Leonides Jiménez Caro, quien abandonó la Reserva en el verano del 2001.
- Manuel Sáez (esposo de Mercedes Hernández) siguió subiendo hasta el verano del año 2001, pues tenía animales, pero ya no residía en la Reserva. Vive en Recinto.
- A Manuel Hernández Jiménez se le finiquitó el contrato en 1991 por dejar de residir en la reserva y por exceso de animales. Actualmente vive en Recinto.
- Luis Joel Hernández falleció en 1993 y su señora, Sofía Jiménez, abandonó la Reserva el año 1995.
- Juan Esteban Riquelme falleció hacia el año 1980. Su esposa Inés Paredes y sus hijos Sebastián y Alberto tuvieron que abandonar la Reserva en 1995 por ya no residir en ella y por exceso de animales.

Esto fue una constante con los comodatos. En las inspecciones realizadas en los años 1992 y 1994 se detecta que la mayoría de los Polcuranos tenían más animales que los permitidos.

Finalmente, a fines del año 2000, el entonces Director Regional de CONAF Biobío, Esteban Krause⁴⁵, instruyó a Leonides Jiménez, viuda de Don Llofo (Rodolfo Cifuentes) y a Manuel Sáez que, en virtud de los incumplimientos al contrato de comodato precario, debían abandonar la Reserva al 30 de abril del 2001, dando un fin formal al poblamiento de hecho de La Polcura.

4.3 LOS ARRIEROS Y LAS VERANADAS

El uso ganadero de los valles de la alta cordillera, busca aprovechar los pastos tiernos que en el verano escasean en las zonas bajas del valle central. Para ello, los animales “rotaban” entre valle y cordillera en invierno y verano respectivamente, produciéndose en ello el arreo de miles de cabezas cada año que dejaban profundas huellas en la Reserva por la erosión que producía su paso. A los profesionales de CONAF les llamó mucho la atención: “Vi una erosión increíble por donde transitaban los animales, con huellas de un metro de hondo ¡en zonas planas!”, rememora Raúl Verdugo⁴⁶.

Al parecer, no habría registros de cuándo empezó esta práctica en los terrenos de la Reserva previo a ser designada como tal. Sin embargo, se cuenta con registros de Carabineros

45 Posteriormente fue gobernador de Biobío y hoy es el Alcalde de Los Ángeles.

46 Entrevista con R. Verdugo, op. cit.



de la Aduana de Atacalco que comienzan en 1928. De la sistematización de dichos registros, realizada por Víctor Mourgues a fines de los años 70, se desprende que unas 45.000 hectáreas eran ocupadas cada año por miles de ovinos y, en menor medida, por bovinos, caprinos y equinos.

Los arrieros eran habitantes del valle central que arrendaban y ocupaban las veranadas con sus animales entre noviembre y abril, por el buen talaje que allá había. Subían con sus arreos y enseres y permanecían durante toda la temporada en la cordillera, viviendo en “puestos” que eran especies de campamentos construidos con tablas.

Cuidar animales era un trabajo pagado. Los arrieros o “veraneros” no eran los dueños: era peones. “Tenían que conocer los valles, no llevaban gente nueva. Los dueños iban de vez en cuando a darse una vuelta”, recuerda Eladio Ramírez⁴⁷.

Víctor Mourgues, que los conoció en sus travesías, traza un perfil de las costumbres de estos hombres en su relato⁴⁸.

Cuando CONAF se hace cargo de la Reserva, esta práctica se mantuvo por algunos años, estableciéndose un sistema de licitaciones para asignar las veranadas.

De acuerdo al informe ya mencionado de Ainardi, del verano de 1980, elaborado en base a información proporcionada por los guardaparques de CONAF, en la temporada de verano 1979-1980 se licitaron en arriendo por cinco años un total de 15 campos, agrupados en ocho conjuntos, que comprendían en total 38.000 hectáreas.



Restos del antiguo corral para ganado en el valle Las Águilas [Archivos de CONAF]

Se determinó que la carga animal máxima para esos campos fuese de 1.585 bovinos, 560 equinos y 8.230 ovinos. Los terneros no tenían limitaciones. El periodo de arriendo por temporada fue del 1 de noviembre al 30 de abril, fecha en que los campos debían ser desocupados de animales. Según consigna el mencionado informe, “no fue posible obtener el número de animales bajados de los campos arrendados debido al mal tiempo reinante en el mes de abril, lo que hizo que los arrendatarios bajaran sus animales en forma apresurada”⁴⁹.

Por otro lado, el informe mencionado establece que una serie de campos (El Candado, Cerrillos, El Purgatorio, Los Chiflones y Laguna del Lobo) no fueron ocupados ni licitados “por la mala calidad de ellos y el avanzado proceso erosivo en que se encuentran”⁵⁰.

48 Testimonio de V. Mourgues, *op. cit.*

49 *Ibid.*

50 *Ibid.*



Hacia 1984 se arrendaron solo las veranadas Las Águilas, Las Chiguas, Laguna del Laja, Vega Larga-Vallecitos y Laguna del Treile.

De acuerdo a las bases de licitación, los adjudicados debían –en un plazo de dos años– construir “puestos” (campamentos), letrinas, corrales y cercar la entrada del campo adjudicado.

El “puesto” debía ser techado, de 30 a 50 metros cuadrados, con un pozo séptico de profundidad mínima de 2 metros, un pozo para la basura de al menos 1,5 metros de profundidad y una faja libre de vegetación de 5 metros, a modo de cortafuegos. Así también debían cercar la entrada del campo con 5 hebras de alambre de púas. Además se prohibía cortar leña verde y quemar vegetación, “a excepción de los fuegos para cocinar, calefacción y marcar animales”, y cualquier tipo de caza, a excepción de la captura de liebres.

Según coinciden los testimonios, la demanda por los pastos de las veranadas vino disminuyendo ya desde los años 80, por los cambios que ha ido experimentando la industria de la carne.

El talaje dejó de arrendarse a arrieros en verano de 1985, por la incompatibilidad entre los objetivos de conservación con los de actividad ganadera.

Por otro lado, en 1994, dada la presencia de fiebre aftosa en Argentina, el SAG prohibió el uso de los campos de pastoreo de pre y alta cordillera. Esto abarcó prácticamente, la totalidad de los valles limítrofes de la reserva.

4.4 PRESIONES ACTUALES POR INTRODUCCIÓN DE GANADO

Pese a que en la reserva no se arrienda talaje desde 1985, es decir, por más de 28 años, las peticiones por las “veranadas” para talaje en la Reserva, no han cesado. La agrupación denominada “Arrieros y Criadores del Valle de Atacalco”, que ha contado con el apoyo del alcalde de Pinto, el diputado Rosauro Martínez y otras autoridades, lo ha solicitado por diversos medios en los últimos años, incluyendo una propuesta a la propia Presidenta de la República Michelle Bachelet, en octubre de 2009, en que planteaban la “imperiosa necesidad de trasladar nuestros animales a veranadas en la zona cordillerana”, exponiendo que “60 familias fueron desalojadas de poder usar los campos de veranada”. Y se comprometían a cuidar la flora y fauna del sector y solicitan audiencia “donde podríamos compartir una mateada con tortillas al rescoldo, huevos duros y pollo de campo en La Moneda”. Incluso en febrero de 2011, en apoyo a este grupo, el alcalde de Pinto visitó la Reserva con una extensa comitiva política y periodística, incluyendo a la intendenta regional de la época.

Para CONAF, organismo del Estado a cargo de las áreas protegidas, el arriendo de talaje es una actividad que se eliminó hace más de 28 años para favorecer la recuperación del huemul y ya no es posible volver atrás. CONAF terminó los contratos de arriendo de veranadas, a fin de recuperar los suelos que presentaban una alta erosión por el uso de ganadería prolongada, el efecto de los incendios y por la incompatibilidad de la ganadería con la protección del huemul. El éxito de la recuperación de los suelos en las últimas décadas y los costos alternativos en otras veranadas privadas ha causado nuevos intereses para que vuelvan a ser usados en la ganadería.



Entre otras consideraciones, el Plan Nacional de Conservación del Huemul –aprobado por CONAF, SAG y el Ministerio del Medio Ambiente– contempla “evitar la presencia de ganado en áreas silvestres protegidas con presencia de huemul”. Además, en 1997, el informe de la Comisión Científica constituida específicamente para evaluar la situación del huemul en la Reserva, y que formó parte integrante de la Resolución de Calificación Ambiental (RCA) que aprobó la construcción del Gasoducto, estableció que para la sobrevivencia del huemul se debía excluir toda actividad ganadera en esta área silvestre protegida. En esa fecha (de elaboración del informe, 1997), solo existía ganadería “en forma ilegal” en el sector límite Las Catalinas⁵¹.



Ganado introducido en el año 2007 en el sector de La Puntilla.

La discusión con La Discusión

La historia para terminar con el arriendo de talajes no fue fácil. Uno de los episodios más recordados y fuertes acerca de la presión ejercida para que se autorizara la entrada de ganado a las veranadas comprometió al diario La Discusión de Chillán, uno de los más antiguos del país.

En su edición dominical del 24 de marzo de 1996, el periódico chillanejo tituló en portada con grandes caracteres: “NO HAY HUEMULES EN LA CORDILLERA. ¡Nadie los ha visto!”. En el texto del reportaje, firmado por el propio Director del diario de la época, Tito Castillo, se lee: “Se sigue especulando con un mito, excluyendo buenos suelos fiscales que podrían destinarse a las veranadas, como se hizo durante más de un siglo”. Y agrega que “se supone que en los Nevados de Chillán existen algunos ejemplares... pero nunca han sido vistos (...)



Titular de La Discusión del 24 de marzo de 1996.

51 “Programa para reparar y/o compensar aquellos componentes que conforman el hábitat de los huemules y su población que pudieran ser afectados de manera adversa por la construcción del gasoducto transandino, tanto dentro de los límites de la Reserva Forestal Ñuble como en las áreas aledañas que sean parte del área de influencia del proyecto”, elaborado por la Comisión Científica conformada por María Isabel Manzur, Anthony Povilitis y Walter Sielfeld. Diciembre 1997.



La respuesta de CONAF no se dejó esperar, a través del Director Regional de la época, Mario Gálvez, quien señaló mediante una carta que "...los huemules han sido avistados y detectados en el sector, precisamente por científicos y técnicos, por lo que resulta temerario, infundado, fuera de toda prudencia y técnicamente insostenible expresar en una crónica periodística enfáticamente lo contrario".

Fin de la polémica

Con el tiempo, justo es decirlo, el diario La Discusión de Chillán se ha convertido en un gran difusor de la conservación del huemul en la zona y principalmente de la labor que realiza CONAF para su protección en la cordillera de Ñuble y ha apoyado diversas campañas de difusión de la corporación.

4.5 INCENDIOS DEVASTADORES

Hay antecedentes de que ya desde tiempos remotos, al menos en zonas cercanas, los pehuenches utilizaban el fuego para el "manejo" de sus praderas. Hay evidencia de que esto habría ocurrido incluso en 1832, según señala Víctor Mourgues en el primer Plan de Manejo.

Resulta difícil cuantificar los incendios intencionales ocurridos en la Reserva, que fueron despejando el bosque y creando praderas para el pastoreo. Se sabe que por décadas los arrieros y polcuranos quemaban, en otoño, los pastos para que en la temporada siguiente brotaran pastos tiernos para el ganado que subiría a la veranada. Esto ocurría año tras año. Como el fuego solía descontrolarse hacia los cerros, se quemaron una y otra vez bosques y matorrales, por lo que no es posible encontrar en la Reserva hoy bosques antiguos. Viejos troncos secos y quemados, y uno que otro árbol sobreviviente en alguna ladera escarpada son hoy testigos de dicho desastre ecológico.

En palabras de Raúl Verdugo, "en la cordillera no queda nada que no se haya quemado: por todas partes hay árboles quemados"⁵².

Recuerda Vicente Riquelme: "Hubo varios incendios grandes, una vez para el Cajón del Atravesado se quemó toda la cordillera, la humaera no dejaba ver nada: ese fue el incendio más grande que conocí, no me acuerdo qué año fue. En el lugar que llamaban La Engorda también hubo otro grande"⁵³.

"Los arrieros hicieron harto daño en ese tiempo –cuenta Eladio Ramírez–. Si veían un zorro, o cualquier animal, el objetivo era cazarlo. Si había que cortar un árbol lo cortaban, si había que quemar para poder pasar, quemaban, no les importaba nada. Hubo muchos incendios en esos años cuando se arrendaba. En abril, cuando ya sacaban sus

⁵² Entrevista a R. Verdugo, *op. cit.*

⁵³ Entrevista a Vicente Riquelme, *op. cit.*



animales, le prendían fuego al valle para que se quemara para que al año siguiente hubiera mejores pastos”⁵⁴.

Víctor Mourgues, en sus primeras incursiones a la cordillera, conversaba el tema con los veraneros: “Confesaban en voz baja que quemaron bosques para ampliar las praderas, o para que sea más fácil juntar los animales al final de la temporada, o incluso por borrachera. Pero reconocían un tanto avergonzados que la borrachera había pasado, que ahora era más difícil transitar y reunir el ganado y que no había más praderas. Apenas algunas ramas para el ramoneo, al cabo no se había ganado nada, pero tampoco tenían muy claro si se había perdido algo. Intuitivamente les gusta el paisaje y el medio natural, pero no tenían mucha conciencia”⁵⁵.

El fuego afectó la composición, la humedad y la profundidad del suelo, obstaculizando o impidiendo la recuperación natural de la vegetación.

La cubierta vegetal que presenta hoy la Reserva, con abundancia de praderas y bosques de renovales, es entonces resultado de la alteración que por décadas provocaron los incendios, y la consecuente erosión de suelos, especialmente en las laderas. “Aun cuando la vegetación cubra otra vez su área primitiva, no podrá esperarse la reproducción de los ecosistemas naturales. Los incendios han afectado la calidad de los bosques a tal punto que hoy solo pueden tener una función de protección de cuencas y hábitat de fauna”, afirma Mourgues⁵⁶.

Desde que CONAF asumió la administración de la Reserva, a fines de los años 70, los incendios se han controlado y ya se observa una regeneración natural de la vegetación.

4.6 LA FIEBRE AFTOSA

Aunque no se ha encontrado evidencia fehaciente, la presencia de fiebre aftosa pudo haber sido transmitida a los huemules, por lo menos en la cordillera, había muchos vacunos con esta patología. “Antes no se controlaba, los animales subían con la enfermedad”, cuenta un testimonio. “Tuvimos la fiebre acá, varias veces. Le refregábamos con natre y sal, algunos se aliviaban, algunos morían”, dice Manuel Hernández⁵⁷. Su hermana Mercedes recuerda: “Un año, debe haber sido el 61 ó 62, hubo mucho animal muerto, una tendalá de chivos, daba pena ver tanto animalito muerto, a algunos los salvábamos dándoles natre, los refregábamos, les lavábamos el hocico, las uñas”⁵⁸. Vicente Riquelme lo ratifica: “Murieron muchos animales. Se contagiaban al tiro”⁵⁹.

54 Testimonio de E. Ramírez, *op. cit.*

55 Testimonio de V. Mourgues para este libro, *op. cit.*

56 *Ibid.*

57 Entrevista a Manuel Hernández, *op. cit.*

58 Entrevista a Mercedes Hernández, *op. cit.*

59 Entrevista a Vicente Riquelme, *op. cit.*



4.7 INVIERNOS BLANCOS

En la cordillera, los inviernos solían ser muy severos. Los testimonios hablan de varios metros de nieve, lo que dejó recuerdos imborrables a los Polcuranos que pasaron años completos arriba. Para Vicente Riquelme esos inviernos son su único mal recuerdo de su vida polcurana: “Cuando estábamos chicos sufrimos mucho, los inviernos eran muy nevadores. La nieve más grande fue una vez que nevó por 13 días, se juntaron 2,5 metros de nieve, las casas tapadas de nieve, pasaba para arriba. Salíamos aplanando la nieve para buscar leña. Los animales estaban enterrados. No se podían mover”⁶⁰.

Muchos recuerdan que a mediados de los años 90 se vivieron los últimos inviernos duros. Específicamente, el año 1995 hubo un llamado “invierno blanco” que perjudicó a las poblaciones de huemules. Eladio Ramírez cuenta que recorrió la Reserva ese invierno para ver si los Polcuranos necesitaban auxilio. “Estaban lo más bien, ellos están acostumbrados, pero había mucha nieve. La guardería de Valle Hermoso estaba tapada hasta el techo”⁶¹.

4.8 JAURÍAS DE PERROS SALVAJES

Una historia que suele asociarse a la disminución del huemul fue la presencia durante un tiempo de jaurías de perros salvajes, hacia mediados de los años 70. Lo relata Vicente Riquelme: “En el campamento de Endesa, cuando construyeron el túnel, los trabajadores dejaron una jauría de perros salvajes, perros que nadie aguachó. Esa jauría mató muchas ovejas y quizás también huemules. Después, los del Servicio Nacional de Salud, que tenía ganado en un fundo de ellos, compraron armas y con perros les dieron caza y los eliminaron. Esa jauría de perros hizo hartos destrozos”⁶². Otros testimonios hablan de que la jauría fue exterminada “por los militares”.

4.9 RUTAS DE CONTRABANDO

Como se ha dicho, la Reserva es colindante con la República Argentina. Existen numerosos pasos no oficiales que comunican los dos países. Desde antiguo, estos pasos fueron conocidos como corredores de comercio informal y contrabando entre ambos países. Nombres de contrabandistas como Che Milo y Nato Bustamante se convirtieron en leyendas locales.

⁶⁰ *Ibid.*

⁶¹ Testimonio de E. Ramírez, *op. cit.*

⁶² Entrevista a Vicente Riquelme, *op. cit.*



Los pasos cordilleranos de Atacalco y Los Columpios se utilizaron hasta tiempos recientes (mediados de los años 80) para la internación ilegal de bovinos y equinos desde Argentina hacia Chile. “El tránsito por la Reserva se realiza por lo general durante la noche y los animales son transportados hacia el sector de Yungay a través de vías por los valles de Las Catalinas y El Potro, así como hacia Recinto por las cordilleras Las Bandurrias, La Esperanza y Los Metales”, señalaba Víctor Mourgues en el primer Plan de Manejo de la Reserva.

Para los Polcuranos, el contrabando era cosa cotidiana. “A los contrabandistas – cuenta Vicente Riquelme– los encontraba todos los días, eran gente conocida, habían hartos. Había uno que era peligroso, era ladrón. Traían de todo: caballos, vacas...”⁶³.

Manuel Hernández lo ratifica: “Varias veces me topé con los contrabandistas. Ellos compraban allá en Argentina y se venían. Eran todos conocidos. Nato Bustamante, por ejemplo. Murió en la cordillera. En una pasada se perdieron, se congelaron. Andaban cuatro. Un hermano mío entre ellos. En la primavera los fuimos a buscar. Oyarce también era otro que andaba en eso. También murió. Murió harta gente de camino para allá: los pillaba la nieve cuando iban de vuelta. Una vez tuvieron que comerse hasta los caballos. Por ahí donde los Carabineros hay varias cruces”⁶⁴.

Eladio Ramírez relata: “Cuando nosotros llegamos a la Reserva todavía había contrabando. Lo que más se traía eran caballos. La gente más antigua contaba que antes contrabandeaban harto cordero. Había gente que se dedicaba a eso; iba de Chile para allá... Llevaban mercadería, radios, café, monturas, espuelas... y los cambiaban a cómplices argentinos por caballos que habían sido robados en Argentina. Los chilenos no pasaban, el negocio se hacía en el límite. Hacían primero un viaje llevando pocas cosas para hacer el contacto y ahí se hacían los pedidos para aumentar el intercambio. Yo me topaba con ellos. Se escondían de los Carabineros. Los contrabandistas pasaban por los pasos más difíciles, no por las rutas conocidas, y andaban de noche. Los caballos los vendían en la feria o directamente al matadero, para charqui. También creo que algunos que arrendaban veranadas introducían ganado de Argentina. En esa época no había mucho control del SAG. Fue gente que se dedicó toda su vida a eso. Pero ya no existen”⁶⁵.

63 *Ibid.*

64 *Entrevista a Manuel Hernández, op. cit.*

65 *Testimonio de E. Ramírez, op. cit.*



LA MUERTE EN SU ARREO

Una referencia que está en el imaginario chileno es la famosa canción “Arriba en la cordillera”, de Patricio Manns, donde se relata un episodio ocurrido en el Paso de Atacalco, que está en la Reserva. Según lo que contó en una entrevista⁶⁶, la obra la compuso en una sola noche, a fines de abril de 1965, y está basada en una historia real (y algo surreal también) que transcurre precisamente en estos terrenos. Se la confesó un arriero que hacía contrabando de animales desde Argentina. Era la historia de su padre, la entrevista dice así:

“Resulta que en cierta época, cuando yo estaba viviendo en Nacimiento, fui a ver a mi primo Jaime, hijo de mi tío Claudio y de la hermana de mi padre, la Olga Manns. Esto tengo que contártelo porque explica el resto. Jaime era re borracho y yo también. Entonces empezábamos a chupar, comprábamos chuicos, andábamos a caballo. Era un fundo inmenso, andábamos con los patrones para arriba y para abajo y veíamos unas chinitas que éste se llevaba a la casa. Era el típico patrón. Claro que le ponía demasiado, murió cirrótico pocos años después. Yo estuve allá con mi primo, porque me habían propuesto no sé qué cosa y necesitaba plata. Fui a sondearlo a ver si me pasaba un poco y me di cuenta que cada vez que le daba sed vendía un pedazo del fundo para salir a tomar. Se había comprado un camión y una noche me dijo: “Vamos a quemarle el aserradero a mi padre, porque el tal por cual...”, no sé qué historias. La verdad es que estábamos borrachos. Fui con él a quemar el aserradero y le prendimos fuego. Pero, ya dije, estábamos curados y lo hicimos mal, entonces no ardió el aserrín y los gallos que cuidaban salieron.

Nosotros nos escapamos pero nos vieron y le dijeron al tío Claudio y el tío nos demandó judicialmente por incendiarios.

En vista de esto, nos fuimos a caballo a Los Ángeles, son unos 40 kilómetros. Allá nos fondeamos. Él tenía unos amigos, porque había estudiado en el Liceo de los Ángeles, tenía unos compadres por ahí en un campito y ahí nos quedamos. Como andábamos medio asustados con la cosa de que nos iban a meter presos, me dijo: “Oye, Manns, yo me voy a Santiago. Pero te voy a decir una cosa, tienes que esconderte, lo mejor es que te vayas para arriba”.

Hablé con uno de aquellos compadres y me dijo: “Mire, tome este camino para arriba, para el paso de Atacalco. Es camino de tierra, pero usted va a llegar solito, allá no hay guardias, no hay fronteras, no hay nada”.

Agregó otras indicaciones muy precisas. El lugar indicado estaba a unos dos mil metros de altura sobre el nivel del mar. Hice el camino y, llegando, como me habían dicho a un lugar donde había unas cabañas me presenté y me encontré con unos gallos que eran como del siglo XVIII.

Les dije: “Yo soy Patricio Manns. Vivo en Nacimiento, pero tuve un problema con las autoridades y me dijeron que me convendría quedarme aquí un par de semanas”.

Me contesta uno de ellos: “Habéis hecho bien”, así hablaban, “habéis hecho bien, vuestra cabaña será aquella”.

Me indicaron una cabaña desocupada. Participé esa noche en una comilona, había una guitarra, empezamos a tocar, a cantar. Nos hicimos más o menos amigos. Todos tenían grandes mostachos caídos y usaban

66 La historia de la canción se encuentra relatada por su autor en el libro *En busca de la música chilena (Cuadernos Bicentenario)*, investigación realizada por José Miguel Varas y Juan Pablo González, en capítulo “Impromptu de Manns”, aquí se extrae parte del relato desde: <http://www.folcloreyculturachilena.cl/musica-popular-chilena-parte-11>



unos sombreros en punta y con el ala hacia abajo, parecidos tal vez a los bonetes maulinos. Ellos los llamaban cucalones.

Poco a poco me empezaron a contar y me di cuenta de cómo vivían. Se pasaban el día entero pescando, la laguna del Laja estaba muy cerca. Aparte de pescado, generalmente comían carne de caballo. A veces carne de vacunos que traían de otros lados. Pero su tarea principal era traer animales del otro lado. Casi siempre los vendían en Los Ángeles o en Mulchén, donde había mercados de reses. Bajaban a Los Ángeles una vez por semana, cuatro o cinco horas a caballo, llevando sus arreos de animales y de vuelta traían sus chuiquitos y sus provisiones en carretas porque allá arriba no se podía sembrar nada.

Un día contestando mis preguntas de cómo atravesaban la Cordillera uno de ellos me explicó: "Nosotros pasamos por tres pasos que hay por aquí: Atacalco, Huiraleo y Pichanchén", y me mostraba con el dedo. "Están separados varias leguas uno de otro. El de Atacalco es el primero hacia el norte, y nosotros pasamos por ese. Yo lo voy a llevar mañana para allá, para que vea".

Fuimos a caballo. Era aterrador. El paso de Atacalco no era más ancho que esta mesa. Piensa lo que es pasar ganado por ahí. Hacia abajo hay un abismo de mil metros. Y hacia arriba un farellón de otro kilómetro. Por ahí había que pasar y pasaban en invierno, cuando el ganado argentino se apega a la cordillera para refugiarse entre los pequeños matorrales que hay abajo y donde se alimentan y están protegidos del viento. Al otro lado hay unas pampas inmensas. Estos hombres esperaban el invierno, se iban al otro lado y de vuelta traían arreos de hasta cien animales. Los metían por el paso y ya el ganado no tenía vuelta

atrás, porque el que trataba de darse vuelta se caía para abajo. El espacio era justo, el ancho de una vaca y los jinetes tenían que ir muy despacito en sus caballos y bien pegados a la muralla de piedra.

Todo era piedra y a veces un poco de barro. Llovía y en invierno había nieve. Esto, curiosamente, les permitía a los caballos afirmar mejor los cascos que en el verano, que estaba la pura piedra. Yo nunca fui hasta el otro lado, pero mi acompañante me dijo: "Vamos a llegar hasta aquí, que hay una rotonda para dar vuelta. Porque si no, tenemos que llegar hasta el otro lado para dar vuelta el caballo y volver".

Ahí me di cuenta como era la historia. No la anoté ni la escribí, solamente la guardé en la memoria. Este gallo me dijo: "Fumémonos un puchito aquí".

Nos bajamos en el lugar donde justo se podía dar vuelta para volverse. Si no, había que llegar a Contileo. En algunos puntos, donde hay unos derrumbes, unos huecos, es posible dar la vuelta, pero hay que bajarse del caballo y hacerlo con gran cuidado, porque si el animal resbala se va para abajo.

Y mientras fumamos, este gallo me cuenta: "Cuando cruzamos para allá a buscar los animales vamos en fila india. Uno siempre va adelante. Esa vez le tocó a mi padre pero los gendarmes habían sido dateados de que nosotros estábamos sacando ganado de Argentina. Entonces pusieron guardia, hicieron una caseta y ahí nos esperaron como cinco, armados con carabinas. Mi padre paró su caballo en un alto, donde se acaba del paso, empieza a bajar para Argentina y desde abajo le metieron una bala de calibre de este volao y lo mataron".

Así, tan simple, fue el relato. Yo veía el paso de Atacalco delante de mí, me imaginé la situación, los hombres que pasaban y todo. Nunca lo olvidé..."



ARRIBA EN LA CORDILLERA

Patricio Manns

Qué sabes de cordillera,
Si tú naciste tan lejos
hay que conocer la piedra
que corona al ventisquero;
hay que recorrer callando
los atajos del silencio,
y cortar por las orillas
de los lagos cumbreños.
¡Mi padre anduvo su vida
por entre piedras y cerros!

La viuda blanca en su grupa,
la maldición del arriero
llevó a mi viejo esa noche
a robar ganado ajeno.
Junto al Paso de Atacalco,
a la entrada del invierno.
Le preguntaron a golpes,
y él respondió con silencios.
Los guardias cordilleranos
clavaron su cruz al viento.

Los Ángeles, Santa Fe,
fueron nombres del infierno.
Hasta mi casa llegaba
la ley buscando al cuatrero.
Mi madre escondió la cara
cuando él no volvió del cerro.
Y arriba en la cordillera
la noche entraba en sus huesos.
El, que fue tan hombre y solo,
llevó a la muerte en su arreo.

Nosotros cruzamos hoy
con un rebaño del bueno;
arriba en la cordillera
no nos vio pasar ni el viento.
¡Con qué orgullo me querría
si ahora llegara a saberlo!
Pero el viento no más sabe
dónde se durmió mi viejo
con su pena de hombre pobre
y dos balas en el pecho.

Los gauchos muertos

Décadas atrás no solo había contrabando entre Chile y Argentina, sino también un comercio y aprovisionamiento informal de muchos argentinos que vivían cerca de la frontera y que preferían pasar a Chile a comprar sus enseres antes que internarse en la pampa. Muchas veces estos argentinos volvían a su país en el otoño y al cruzar se enfrentaban al frío y la nieve. Existen aquí también varias historias relacionadas con accidentes y muertes, pero una parece ser recordada bien por todos, ya con ribetes de leyenda. Hay mojones y cruces cerca de Cuatro Juntas que guardan memoria de los argentinos muertos. La gente solía dejarles monedas y prenderles velitas. Cuenta Eladio: "A esos supuestamente los pilló la nieve como a fines de mayo y se murieron congelados. Eso fue a fines de los años 50 o principios de los 60. Cuentan que llevaban mucho aguardiente y al parecer estaban todos curados, y se congelaron en la misma noche. No sé bien cuántos eran, unos cinco o un poco más tal vez. De



ellos se salvaron dos, que lograron bajar por el Polcura. Es una historia que siempre contaba la gente que vivía acá”⁶⁷.

Igualmente, Mercedes Hernández recuerda: “A mi papá, Manuel Hernández Yáñez, le tocó ver a los argentinos que murieron, incluso ayudó a los que se salvaron”⁶⁸. Vicente Riquelme añade: “Hace harto tiempo murieron como cinco, y otros escaparon, pero perdieron toda la tropa que llevaban. En la noche los pilló la nieve, y después ya no pudieron avanzar. Tuvieron que devolverse, se protegieron en una cueva, trataron de salir, pero con la nieve blanda no avanzaron nada. El primero que murió fue en Vega Larga, hay cruces por ahí. Los que llegaron a la avanzada se salvaron porque se comieron un perro: por ese perro se salvaron”⁶⁹.

4.10 ORDEN Y PATRIA EN LA CORDILLERA

Otra de las curiosidades de la Reserva Ñuble es que cuenta en su interior con un par de puestos de avanzada de Carabineros, cuya presencia es de larga data en el sector Cuatro Juntas. Su función principal ha sido vigilar las fronteras terrestres, patrullando los hitos y los pasos cordilleranos. Esta actividad se realiza entre noviembre y abril, y cuentan con apoyo logístico mediante helicópteros.

El actual puesto en Cuatro Juntas data de junio de 1978, después del cierre del retén Los Mallines del Sol, que fue instalado a raíz de la construcción del conjunto de embalses y obras hidráulicas de Endesa⁷⁰.

El puesto de avanzada fronteriza “Los Columpios” fue instalado en 1987 en el valle Las Águilas, a 20 kilómetros de la frontera con Argentina.

Conforme a la directiva de fronteras y límites para Carabineros, el destacamento ejerce vigilancia, protección y defensa de la frontera. Esto se desarrolla en base a servicios de guardia de soberanía, montados e



Puesto de avanzada en “Cuatro Juntas”.
[Foto: Gentileza de Carabineros de Chile]



Puesto de avanzada “Los Columpios”.

67 Testimonio de E. Ramírez, *op. cit.*

68 Entrevista a Mercedes Hernández, *op. cit.*

69 Entrevista a Vicente Riquelme, *op. cit.*

70 Información y fotos fueron gentileza del Coronel Ricardo Muñoz G., actual Prefecto de la Prefectura Biobío.



infantería, para cumplir misiones tales como patrullar las fronteras terrestres, cuidando los hitos, y pasos cordilleranos, evitar el contrabando y el ingreso o salida ilegal de personas, proteger la flora y fauna y coordinarse con gendarmería argentina.



Carabineros y Gendarmes argentinos en el hito fronterizo Butamallín. [Foto: Gentileza de Carabineros de Chile]



Patrullaje en sector fronterizo de Laguna de Béjar. [Foto: Gentileza de Carabineros de Chile]

V

EL MEGAPROYECTO DE ENDESA





5.1 EL PROYECTO PARA DESVIAR LAS AGUAS

Endesa, en la década de los años 60, cuando era una de las más importantes empresas públicas, diseñó y construyó el Sistema de Aducción del Alto Polcura, instalando al interior de los terrenos de la actual Reserva campamentos y un sistema de embalses y túneles destinados a aumentar la disponibilidad de agua para la generación hidroeléctrica del país al desviar aguas del río Polcura hacia la Laguna del Laja.

La ingeniería del proyecto creó un total de tres embalses artificiales, decenas de kilómetros de túneles y numerosas obras complementarias, entre ellas dos campamentos (hoy sólo se observan vestigios de sus cimientos) y una red caminera que conectaba estas obras con la Laguna del Laja, por donde se abastecía mediante barcazas.

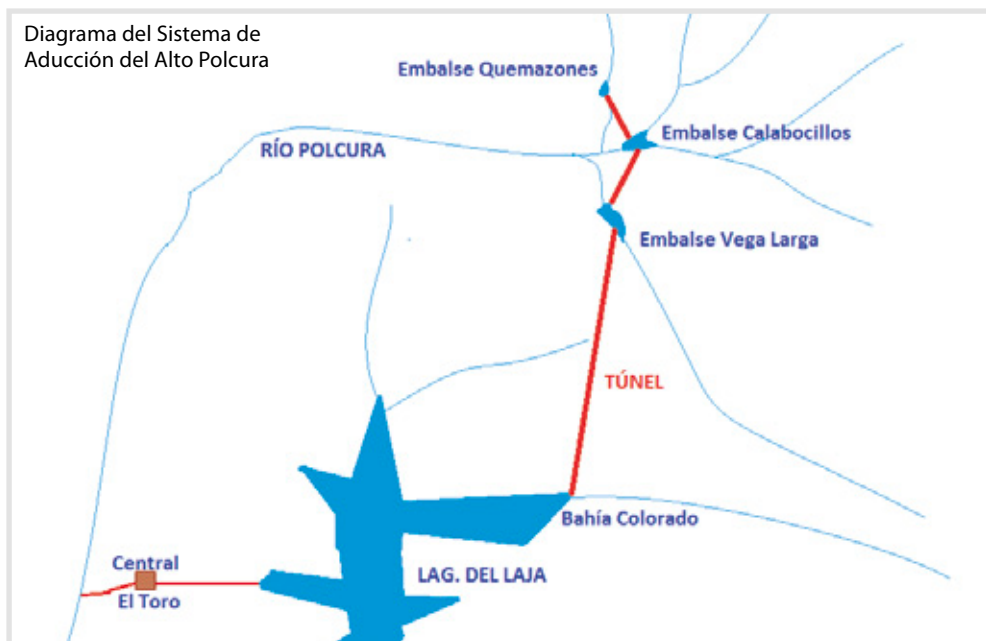
El sistema de aducción está constituido por los embalses interconectados Quemazones, Vega Larga y Calabocillos, los cuales captan las aguas de cuencas superiores de afluentes del río Polcura: el río Quemazones, el río De los Pacos y el río de Los Chiflones, respectivamente.

El embalse más alto, situado más al norte, es Quemazones, construido en el valle del mismo nombre. Desde allí, un túnel conduce el agua hasta un segundo embalse: Calabocillos, situado en la confluencia del río homónimo con Los Chiflones. A través de otro túnel, el agua se transporta al embalse Vega Larga. Este embalse es el último, situado a menor altitud. Aunque capta las aguas de la pequeña subcuenca del río De los Pacos, el embalse Vega Larga actúa más como trasvasijador de las aguas a través de otro largo túnel que cruza un cordón de cerros y desemboca en el Cajón del Colorado, desaguardo desde allí a la Laguna del Laja.

El sistema descrito interrumpe el escurrimiento normal de los drenes embalsados desde noviembre, cuando termina la fusión de la nieve en la montaña, hasta mayo, cuando comienzan las precipitaciones, quedando los ríos de Los Chiflones y De los Pacos sin agua. Esta situación de sequía de los ríos antes mencionados es paliada parcialmente con la apertura de las compuertas del embalse Quemazones, permitiendo un reducido escurrimiento. Durante el resto del año los ríos aprovechan el rebalse de los tranques y/o también la eventual apertura parcial de las compuertas.

Todo este complejo sistema tiene la función de “compensar” a la Laguna del Laja por las aguas extraídas artificialmente para el funcionamiento de la central hidroeléctrica El Toro, inaugurada en 1973.

Esta central, en conjunto con las centrales El Abanico (1948) y Antuco (1981), constituyen un complejo de generación hidroeléctrica en la cuenca del Laja que en aquellos años era el más grande y moderno de Chile, con una potencia declarada de 906 MW (en comparación, la gran central Ralco, en Alto Biobío, construida los primeros años del siglo XXI, tiene una potencia de 690 MW).



Algunos relatos manifiestan que durante la construcción de los túneles de abducción, por lo menos un ejemplar de huemul hembra cayó en uno de los estos canales. No se tienen mayores registros de esta amenaza en forma posterior.

Como consecuencia de este proyecto, en agosto de 1969 el Fisco transfirió gratuitamente a CORFO el dominio de 12.500 hectáreas, las cuales en abril de 1972, CORFO vende a la en ese entonces, también estatal Endesa. En dichos terrenos ENDESA actualmente mantiene y administra sus instalaciones, pero deja que CONAF asuma la gestión territorial como parte de la reserva.

5.2 CAMPAMENTOS

Para la construcción de los embalses y túneles del Sistema de Aducción Alto Polcura, Endesa instaló en Cuatro Juntas un gran campamento que llegó a tener más de mil personas viviendo y trabajando. Era como una pequeña ciudad, con cómodas viviendas y habitaciones calefaccionadas, comedores bien habilitados y espacios recreativos para empleados y profesionales. Había laboratorios, maquinaria pesada, talleres, polvorines y una red de caminos que conectaban las diferentes obras con el extremo norte del lago, donde se contaba con una barcaza que cruzaba regularmente hasta la orilla sur que conectaba con el camino internacional a la ciudad de Los Ángeles. Un segundo campamento, de menores dimensiones, se instaló en el Cajón del Colorado.



Gustavo Chamorro, Ingeniero de Endesa, recuerda sus visitas en esos años: “Dado que este campamento estaba bastante alejado de la civilización, se podía percibir un ambiente marcado por una cierta soledad y un paisaje agreste. Pero teníamos buenos contactos con la gente del laboratorio de hormigones y después del trabajo nos agasajaban con exquisitos asados de confraternidad”⁷¹.

Guillermo Noguera, Ingeniero de Endesa que vivió en el campamento, relata sus recuerdos: “La travesía para llegar al campamento era larga. Se debía cruzar la Laguna del Laja en lancha, luego se montaba a caballo para cruzar a Vega Larga, se subía y bajaba un cerro para acceder al Alto Polcura. Se almorzaba cordero, se cenaba cordero y con el tiempo olíamos a cordero. Me tocó un año en que el otoño seco se prolongó hasta mayo y vino una gran nevada. En el campamento yo era el Ingeniero de más alto rango y me tocó caballo para evacuar. Los obreros prepararon sus bultos, que se cargaron en colosos tirados por un tractor. Los obreros salieron a pie y fue un día largo caminando hasta el Laja. Me sentí Napoleón abandonando Moscú”⁷².

Una vez concluidas las obras, la mayor parte del campamento fue desmontado y enterrado, pero permanecen los radieres como testigos de una época de impensada animación cordillerana.

Los polcuranos no se relacionaron mayormente con la actividad de Endesa, pues vivían varios kilómetros río abajo. Pero sí solían sufrir las consecuencias. Mercedes Hernández recuerda que “a veces el río estaba contaminado con petróleo o aceite. Teníamos que ir a buscar agua a vertientes más arriba. Venía basura a veces; todavía se encuentran tambores metálicos en el río”⁷³.

Con posterioridad, y hasta ahora, Endesa (privatizada en los años 80, que pasaría a ser propiedad de Endesa España y luego de la italiana ENEL) solo realiza labores de mantención. Raúl Verdugo, de CONAF Concepción, destaca que Endesa les delega los temas ambientales. “Cuando se construyó el Oleoducto y el Gasoducto, ellos dijeron que toda la parte ambiental que tenía que ver con sus terrenos lo vieran con CONAF”⁷⁴.

71 Entrevista a Gustavo Chamorro, realizada por correo electrónico en agosto de 2013.

72 Entrevista a G. Noguera, *op. cit.*

73 Entrevista a Mercedes Hernández, *op. cit.*

74 Entrevista a R. Verdugo, *op. cit.*

VI

OLEODUCTO Y GASODUCTO





El origen de los proyectos de Oleoducto y Gasoducto hay que situarlo en los acuerdos energéticos y de comercio entre Chile y Argentina en los años 90. Entre ellos se acordó la construcción de un oleoducto y un gasoducto internacional a través de los cuales Argentina suministraría petróleo y gas natural desde la zona de Neuquén hacia Chile. El petróleo se dirigiría a la refinería de Petrox, de propiedad de ENAP (Empresa Nacional de Petróleos, aún estatal), en Concepción, y el gasoducto a Santiago. Lo primero que se hizo fue el oleoducto. Para ello se diseñó un gigantesco proyecto de conducción que debía atravesar la frontera y llegar hasta la costa chilena. Se decidió que el tubo, de más de 300 kilómetros, entrara a Chile justo por la Reserva Nacional Ñuble y la atravesara íntegramente.



Mapa diagrama del oleoducto transandino.

La decisión de hacer el trazado del oleoducto por la Reserva fue tomada porque se consideró que era la ruta más expedita, evitando las zonas de volcanes que se encuentran tanto al norte como al sur de la Reserva. Además, como eran terrenos públicos, se evitaban los inconvenientes y costos de las servidumbres de paso y expropiaciones. Las obras estarían a cargo de un consorcio entre la chilena ENAP y la argentina YPF, ambas entonces de propiedad de cada Estado.

El 14 de diciembre de 1992 CONAF y ENAP suscribieron un convenio que autorizaba la construcción del oleoducto y el gasoducto a través de la Reserva Nacional Ñuble, en una misma franja de 15 metros de ancho y 55 kilómetros de extensión. Entraría por el Paso Butamallín y saldría por un túnel en la cordillera El Infiernillo. En el convenio se establecían compromisos, acciones y aportes destinados a reducir los efectos que sobre el medioambiente, y especialmente en las poblaciones de huemul, pudieran tener las obras. En esa época aun no existía el sistema de evaluación de impacto ambiental (SEIA) en Chile.



Entre los aportes que recibiría CONAF estaban la compra de terrenos para proteger al huemul, actualmente la Reserva Nacional Los Huemules del Niblinto, el financiamiento de estudios ambientales y programas de recuperación del huemul, guarderías, un puente sobre el río Diguillín, una camioneta, motos y caballos, entre otros.

Hubo inmediata preocupación por la situación del huemul ante estos enormes proyectos. Rodrigo López, profesional que trabajaba para CODEFF en esa época en la región, señala que “estábamos en contra del oleoducto y del gasoducto porque claramente las poblaciones de huemul iban a ser afectadas. Luego, nos correspondió cautelar y presionar para que se cumplieran las compensaciones. Ganamos unas 4 mil hectáreas, tanto en Diguillín como en Niblinto. Y se logró financiamiento por 12 años para el Proyecto Huemul. Pienso que CONAF se sintió apoyada por nuestra acción”⁷⁵.

Raúl Verdugo de CONAF, señala: “Nosotros tratamos de defendernos, pedimos que se analizaran otras alternativas, pero la verdad es que ésta era la ruta lógica. Por el sur de la Laguna del Laja hay un volcán y un parque nacional. También se pensó entrar por Copahue-Trapatrapa. Pero la ruta más corta era por la Reserva; había acuerdo presidencial. Se negoció una compensación directa, en que pedimos algunas cosas, respeto a ciertas normas ambientales. La contraparte dueña del lado chileno era ENAP, quienes nos señalaron que iban a tapar y recoger todo, que se iba a ver como si nunca hubiera pasado nada. Obviamente no se cumplió todo. Además, honestamente nosotros tampoco teníamos mucha idea de qué iba a significar esto”⁷⁶.

6.1 CONSTRUCCIÓN DEL OLEODUCTO POR LA RESERVA

La construcción misma del Oleoducto Trasandino fue una epopeya. Un ejército de bulldozers, retroexcavadoras, camiones, camionetas, buses y un campamento para varios centenares de trabajadores se instaló en el trazado previsto que siguió las huellas usadas por los arrieros.

La obra consistía en despejar por 55 kilómetros una franja de 15 metros de ancho donde se debía hacer un canal para enterrar los tubos. El oleoducto tiene 56 centímetros de diámetro. Cada tubo tiene entre 9 y 15 metros de largo y había que irlo soldando antes de enterrarlo. “Soldaban como dos kilómetros diarios y después venía una grúa, levantaba el tubo y lo metía en la zanja. Los tubos eran flexibles. Y detrás venían las máquinas tapando. Era todo bien coordinado. Los que soldaban eran los mejor pagados del campamento, eran de muchos países, gringos, muchos argentinos”, cuenta Edison Maldonado, que era la contraparte de CONAF en terreno⁷⁷.

⁷⁵ Entrevista a Rodrigo López, realizada en Concepción el 24 de julio de 2013.

⁷⁶ Entrevista con R. Verdugo, *op. cit.*

⁷⁷ Entrevista a Edison Maldonado, realizada en Concepción el 24 de julio de 2013.



Para la construcción del oleoducto, las empresas contratistas se instalaron en Cuatro Juntas, donde estaba el antiguo campamento de Endesa. Desde allí avanzaron hacia el este y hacia el oeste en forma simultánea. “Era un campamento grande –cuenta Maldonado–, con containers, casino, dormitorios, sala de juegos, todo con lo mejor, con aire acondicionado, buena calefacción. Tenían una especie de teléfono público, de los primeros celulares que llegaron. Y talleres mecánicos. Había 15 retroexcavadoras de las grandes, unos ocho bulldozers enormes, con una pala de como 2 metros de alto. Andaba un bus para trasladar a la gente. También tenían entre 25 y 30 camionetas. Todo eso lo entraron por Argentina, por el paso de Butamallín y sobre todo por el Lago Laja, en la barcaza. ENAP le contrató a Endesa la barcaza a tiempo completo. Hacía tres viajes diarios, de 3 horas cada una, ida y vuelta. Toda la alimentación, los insumos, entraron por la barcaza. Tenían también una lancha de personal, donde cabían unos 15 pasajeros, la “Santa Sofía”, era rápida, se demoraba unos 40 minutos en cruzar el lago. Llegaron a tener dos barcasas. Y lo que era más urgente lo trasladaban por helicóptero”⁷⁸.

De acuerdo al relato de terreno de Maldonado, las máquinas avanzaban hasta 500 metros diarios. Adelante iba una retroexcavadora abriendo un camino de dos a tres metros de ancho, detrás venía el supervisor, luego venían los bulldozer ensanchando el camino y finalmente las retroexcavadoras que iban haciendo la zanja.

“En 1994 fue el momento cumbre: alcanzaron a ser como 300 personas trabajando. Ese verano se construyó el túnel, que atraviesa el cordón El Infiernillo en 1.100 metros y sale de la Reserva hacia la zona de

Yungay. El túnel lo construyeron por los dos lados; demoraron como 3 meses, avanzaban muy rápido, mediante orugas con unos taladros bien gruesos iban perforando la montaña, a veces con tronadura controlada”, relata Maldonado, que hacía su labor en bastante más precarias condiciones⁷⁹.

A pesar de las compensaciones, la huella del gigantesco proyecto fue incommensurable para la Reserva, que hoy luce una cicatriz que la cruza transversalmente. Eladio Ramírez confiesa: “Para la fauna fue impactante. El pitito de las máquinas se escuchaba a kilómetros de distancia. El Oleoducto afectó a los huemules en el sector El Blanquillo. Los que por allí



Bulldozer y camioneta del proyecto Oleoducto, avanzando por la Reserva.

⁷⁸ *Ibid.*

⁷⁹ *Ibid.* Ver su testimonio completo en Pág. XX



habitaban se fueron y hasta la fecha no han vuelto. Antes llegaban hasta el Polcura, lo mismo ocurrió con los de Los Capaos”⁸⁰

Raúl Verdugo quedó impactado: “Fue bien fuerte. La primera vez que fui y vi esas máquinas rompiendo todo me corrían las lágrimas, no podía creer que estuviera pasando eso”⁸¹.

El oleoducto se terminó de construir en el año 1995 y solo se utilizó a toda su capacidad durante unos tres o cuatro años. Hoy el transporte es casi nulo, quedando la infraestructura construida como un silencioso testimonio de lo que pareció un gran proyecto en aquellos años.



Imagen que muestra la “cicatriz” del Oleoducto y Gasoducto que cruzan la reserva, la que pueden ser observadas desde las imágenes Google Earth®



La “cicatriz” del Oleoducto y Gasoducto cruzando la Reserva.

⁸⁰ Testimonio de E. Ramírez, *op. cit.*

⁸¹ Entrevista a R. Verdugo, *op. cit.*



6.2 EL PROYECTO DEL GASODUCTO

El proyecto del Gasoducto (Gasoducto del Pacífico) se construyó poco después del Oleoducto, utilizando prácticamente la misma franja de éste. Nuevamente las máquinas, el ruido, polvo y la perturbación ambiental. Este tubo originalmente se dirigiría hacia Santiago, pero el proyecto alternativo por el Cajón del Maipo llegó primero, de tal forma que el gasoducto se quedó solo para la zona de Concepción.

En un punto del Valle Hermoso, el oleoducto se dirige hacia el oeste por el túnel y el gasoducto se separa y continúa hacia el norte, bajando por la empinada cuesta del Valle Hermoso hacia el río Diguillín. Según el proyecto original, quedaría aquí un camino habilitado, pero las complejidades del terreno y el apuro por concluir el tendido dijeron otra cosa. El camino actualmente está interrumpido en varios sectores producto, tanto del paso del tiempo como por el terremoto del 2010.

Para CONAF el monitoreo del gasoducto fue menos complejo. Ya tenían la experiencia anterior con el oleoducto y se contaba con más medios para el trabajo de terreno. Sin embargo, no dejó de ser impactante.

Povilitis cuenta que “uno de los eventos más tristes que vi en la Reserva fue la construcción del gasoducto en el paso y bajada hacia el valle del Diguillín. Con mis estudiantes fuimos testigos directos de la destrucción del bosque y la vegetación. Estábamos choqueados y muchos lloraron”⁸².

El gasoducto se ocupó en toda su capacidad durante algunos años. Después de la crisis del gas argentino en el año 2002 el suministro se ha interrumpido en varias oportunidades. Actualmente operaría a un tercio de su capacidad⁸³.



A distancia la huella del gasoducto al interior de la reserva.

82 Entrevista a Anthony Povilitis, realizada por correo electrónico entre agosto y octubre de 2013.

83 Según testimonio Raúl Verdugo.

VII

BIODIVERSIDAD DE LA RESERVA





La Reserva Ñuble se ubica en una zona de transición biogeográfica entre el centro y el sur de Chile. Su biodiversidad y la de su entorno es singular y ha sido valorada internacionalmente. El Corredor Biológico Nevados de Chillán fue reconocido como Reserva de Biósfera por la UNESCO⁸⁴ en 2011. Ello da mayor significado a la recuperación y protección ambiental que ha implicado la creación de la unidad.

7.1 EL CORREDOR BIOLÓGICO NEVADOS DE CHILLÁN, UNA RESERVA DE BIOSFERA

La Reserva Nacional Ñuble al igual que el Parque Nacional Laguna del Laja y el Santuario de la Naturaleza y Reserva Nacional los Huemules de Nibilinto forman parte de un territorio mayor orientado tanto a la conservación como a su desarrollo sustentable como es la Reserva de Biosfera “Corredor Biológico Nevados de Chillán - Laguna del Laja”. Ésta presenta una superficie aproximada de 560.000 hectáreas, de las cuales sólo el 18% está representado por Áreas Silvestres Protegidas. La superficie restante (un 82%), corresponde a propiedad privada, principalmente pequeños propietarios, empresas forestales, sociedades agrícolas y forestales, sociedades de turismo, personas naturales y empresas del rubro energético.

Sus límites administrativos y geográficos se basan en dos Decretos Supremos (Nº 295 de 1974 y Nº 391 de 1978, del Ministerio de Agricultura) e involucran a las comunas de San Fabián de Alico, Coihueco, Pinto, El Carmen, Yungay, Tucapel y Antuco.

Concordante con el concepto de gestión de cualquier Reserva de Biosfera, las áreas silvestres protegidas son Zonas Núcleo orientadas a la conservación de la biodiversidad y la propiedad privada se reparte en Zonas de Amortiguamiento y Transición. Los objetos de conservación identificados como prioritarios son la estepa altoandina y el bosque nativo allí presentes, su red hídrica y a nivel de fauna el gato colocolo y el huemul.

Actualmente tiene constituido un Consejo de Gestión presidido por el Intendente Regional y un Comité Ejecutivo y actualmente se trabaja en concordar un Plan de Gestión entre las autoridades públicas y entes privados involucrados. De esta manera, sin comprometer las posibilidades de desarrollo de este territorio, se pretende establecer hábitats interconectados para la fauna y flora de la zona, mediante mecanismos de protección o promoviendo actividades, herramientas, técnicas y/o el manejo sustentable de las tierras, de tal manera de contribuir a recuperar especies en peligro de extinción.

84 Ver Recuadro en página siguiente.

VIII

EL HUEMUL





8.1 EL HUEMUL EN CITAS

“Dimos la vuelta a la punta de los venados, donde en término de una hora dos arcabuceros mataron quince (huemules)”.

Juan Ladrillero, en su relato de las exploraciones en Última Esperanza, en 1557. Primera referencia que existe sobre el huemul. De: Relación del viaje al Estrecho de Magallanes, en Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile, 1880

“Se les encontraba desde el río Cachapoal, habitando en la parte más poblada de la república, en las altas cordilleras”; “En la cual ya no existen más y que era raro verlos hasta la provincia de Ñuble donde antes se les veía con frecuencia”.

Rudolph Phillipi, Viage al Desierto de Atacama hecho de orden del Gobierno de Chile en el verano 1853-54. Eduard Anton, Halle, 1860

“En estos días matamos algunos huemules i también logramos coger uno pequeño vivo, a lazo, después de muertos el padre i la madre. Este animalito al principio no quería comer i con su instinto salvaje trataba de huir toda vez que se creía descuidado; pero al otro día se había domesticado tanto, que comía azúcar i galleta de la mano i más tarde aprendió a tomar su colocación de noche al fondo de una de las carpas”.

Enrique Simpson, en estudio hidrográfico La Patagonia y otros lugares del sur, 1871

“Un huemul macho impresionante se acercó tanto que el humo de mi pipa llegaba a sus narices; movió la cabeza y dio vuelta, evidentemente no estimando el tabaco”.

Carl Skottsberg (1880-1953), expedicionario, Director de la expedición sueca Magallánica a la Patagonia, 1907-1909, en: The Wilds of Patagonia, 1911 (edición en español: La Patagonia Salvaje. Zagier y Urruty, Buenos Aires, 2003)

“Humboldt, que había examinado los trabajos de Molina y los apreciaba, le reprocha, sin embargo, su facilidad para dar por ciertos los hechos dudosos. Hay, además, en su libro confusiones de clasificación que constituyen verdaderos errores en historia natural. (...) Ha acercado el huemul al género de los caballos llamándolo equus bisulcus”.

Diego Barros Arana, Historia general de Chile, vol. 7, 1889

“Pronto salimos nuevamente del bosque y aparece ante nosotros el gran ventisquero Huemules, nombre bien merecido, porque cerca de él vimos pastoreando, en las morrenas y pampas, un inmenso piño de estos animales”.

Augusto Grosse 1939, en su relato de exploraciones Visión de Aisén, publicado en 1955



“Me quedo con ese ciervo, que, para ser más original, ni siquiera tiene la arboladura cornea, con el huemul no explicado por los pedagogos, y del que yo diría a los niños, más o menos ‘El huemul es una bestezuela sensible y menuda; tiene parentesco con la gacela, lo cual es estar emparentado con lo perfecto’. Su fuerza está en su agilidad. Lo defiende la finura de sus sentidos, el oído delicado, el ojo de agua atenta, el olfato agudo. Él, como los cuervos, se salva a menudo sin combate, con la inteligencia que se le vuelve un poder infallible.

Delgado y palpitante su hocico, la mirada verdosa de recoger el bosque circundante; el cuello del dibujo más puro, los costados movidos de aliento, la pezuña dura como la plata. En él se olvida la bestia, porque llega a parecer un motive floral. Vive en la luz verde de los matorrales y tiene algo de luz en su rapidez de flecha.

El huemul quiere decir la sensibilidad de una raza: sentidos finos, inteligencia vigilante, gracia. Y todo eso es defensa, espolones invisibles, pero eficaces, del espíritu”.

Gabriela Mistral, “Menos cóndor y más huemul”, El Mercurio, 11 de julio de 1925

8.2 EL EMBLEMA

Podría decirse que el huemul es el señero y bello animal más omnipresente en el imaginario de nuestra identidad nacional. Sin embargo, también es el menos conocido y mucho menos visto por los chilenos. Su tamaño majestuoso y su condición de animal en peligro de extinción han obligado al Estado, entre otras medidas, a crear reservas naturales para su conservación.

Su rareza en el paisaje es de antigua data. El naturalista Claudio Gay escribió que solo hasta 1833 el Gobierno de Chile confirmó “la existencia de esta rara y bella especie”. Al año siguiente fue incorporada al escudo nacional y este hecho se fundamentó por ser el “cuadrúpedo más raro y singular de nuestras sierras”. Esa observación daba cuenta de una inseparabilidad para siempre entre el hecho de ser chileno con nuestra geografía y riqueza natural, lo que no es común en todas las naciones. El mismo Gay escribió también respecto del huemul (aunque le llamó “cuamul”): “Se trata de un animal que no frecuenta más que altos vericuetos de la cordillera”, aunque casi nunca se dejaba ver “a causa de su natural tímido y cobarde que lo impele a huir al menor peligro, escapando con una rapidez sólo comparable a la del vuelo”. Agregaba que había sido incorporado al escudo nacional siguiendo la imagen que había dado el Abate Juan Ignacio Molina (en su Compendio della storia geografica, naturale e civile del regno del Cile, publicado en Bolonia en 1776), que no era real, pues lo asemejaba a un caballo (Molina jamás lo vio, por cierto). Años después, el escritor Alberto Blest Gana, en 1859, con ironía expresó: “La verdadera república es algo como el huemul de nuestro escudo de armas, que casi nadie ha visto y cuya existencia se pone en duda la mayor parte”.



La palabra huemul es de la lengua mapuche (mapudungun) y significa “seguir a otro”, para referirse a este animal escurridizo que se mueve y escapa. Se le ha llamado también “huemil”, “guemil” o “cuamul” (Claudio Gay lo nombra así, y en su Atlas es donde aparece por primera vez dibujado con mayor precisión). Pero también el huemul se registra con otros nombres: los aonikenk (o tehuelches), que habitaron las pampas patagónicas hoy argentinas, lo llamaron “shoam”, “sunam” o “shonan”, y los kaweskar (o alacalufes), canoeros de las islas australes, lo nombraban “yekchal” o “jekcál”, cuyo significado en castellano es “se lo mata a pedradas”, puesto que así los cazaban. Los primeros españoles, a su vez, lo llamaban “ciervo andino”, “chileno” o “cordillerano”, en referencia a su semejanza con el ciervo europeo conocido por ellos.



Imagen del huemul extraída del Atlas de Claudio Gay.

Lo claro, para todos ellos, era que este animal era enigmático, puesto que su constante huida al menor avistamiento humano lo hacía muy difícil de ver y menos de atrapar. Eso derivó en mito, debido a que el colonizador español se asentó en los valles centrales, lejos del hábitat cordillerano del huemul. Es decir: el huemul siempre fue el animal nativo menos visto y peor estudiado. Solo en el siglo XIX, con la llegada de exploradores y naturalistas europeos a Chile y Argentina, comenzó a ser objeto de atención.

Por tanto, la preservación de este animal-emblema es un asunto que ha ido de la mano con nuestra existencia como República. De ahí la importancia, más allá de las consideraciones ambientales, biológicas y de la biodiversidad, de su preservación y de relevar la historia de sus sitios de reserva natural como una obligación que incluso abarca simbólicamente nuestra identidad.

En 1832 José Joaquín Prieto, Presidente de la República, envió al Congreso un proyecto estableciendo las características del escudo patrio. Su diseño se le encomendó a un pintor inglés llamado Charles Wood Taylor. Se ignora de quién fue la idea de incorporar como animales propios de la identidad nacional al cóndor y al huemul. Se dice que el cóndor habría sido elegido por ser “el ave más fuerte y corpulenta” que habita nuestro territorio y que, a su vez, el huemul calificó por ser “el cuadrúpedo más raro” existente en Chile. Lamentablemente, producto de un incendio, la versión original se perdió y por muchos años el escudo originó polémica, puesto que el dibujo del huemul más se parecía a un caballo con cola de león. Sin embargo, es muy probable de que gracias al escudo nacional muchos hayan tenido noticia de este tan poco visto animal y de su figura. Además, eso significó que, a pesar de su desconocimiento, fuera instaurado como símbolo de la identidad patria.



Finalmente, por un Decreto de Guerra, el 8 de septiembre de 1920, se estableció oficialmente el escudo que rige hasta hoy, ahora con un huemul “verdadero”.

Quizás la primera en valorar el huemul, desde un punto de vista metafórico en relación a nuestra identidad, fue la siempre lúcida Gabriela Mistral. Dentro de sus famosos Recados de Chile –columnas en prosa que enviaba a los diarios chilenos desde su permanente estancia en el extranjero– destaca uno titulado “Menos cóndor y más huemul”, donde se refiere a ambas especies heráldicas en relación al ser chileno. Sugiere que los chilenos deberíamos tener más “de huemul” que “de cóndor”; esto para ella significaba lo siguiente: “El huemul quiere decir la sensibilidad de una raza: sentidos finos, inteligencia vigilante, gracia. Y todo eso es defensa, espolones invisibles, pero eficaces, del Espíritu”. En cambio, escribió, “el cóndor significa el dominio de una raza fuerte; enseña el orgullo justo del fuerte”.

Famoso e invisible

Pero veamos de qué se trata en verdad cuando se habla de huemul. Ya han pasado algunas décadas en que la ciencia lo ha estudiado y se sabe bastante cómo es, dónde vive y cómo se comporta, aunque para la gran mayoría de los chilenos sigue siendo un ilustre desconocido.

En primer lugar, el huemul pertenece a la familia de los ciervos, que son animales rumiantes con astas en sus cabezas, las que cambian cada año. En Chile esta familia está formada por dos especies más, la Taruca, que habita en el norte del país (“huemul del norte” suelen llamarla), y el Pudú, que es el ciervo más pequeño del mundo.

En segundo lugar, el huemul vive en lugares alejados del ser humano y quedan pocos, por lo que está considerado en Peligro de Extinción, vive en Chile y Argentina. En Chile sus poblaciones se distribuían entre Santiago hasta El Estrecho de Magallanes; actualmente, se encuentra restringido a las regiones de Los Lagos, Aysén y Magallanes.

En Nevados de Chillán, se encuentra la última población de huemules en Chile central y está desconectado de las poblaciones más al sur del país. Su hábitat son sectores de montaña, donde encuentra alimento y escondite. Es un hábil trepador en las rocas. La razón principal de su casi desaparición es la actividad humana: ocupación y degradación paulatina de su hábitat y cacería, sea con perros o con armas de fuego, sin otro objetivo que el gusto de cazar y –en algunos casos– probar su carne, como ocurrió antiguamente.

En tercer lugar, parece tímido pero no lo es. Podríamos decir que se ha puesto desconfiado. Y con justa razón. La continua presión humana de la que ha sido objeto lo ha relegado a zonas aisladas y agrestes, desarrollando estrategias de defensa que se basan en el ocultamiento y la huida. No es un animal agresivo ni tiene las armas para serlo. Pero en los lugares donde no ha tenido contacto previo con humanos, como en algunas reservas y parques nacionales patagónicos, es una especie tranquila que se puede acercar a las personas con cierta curiosidad.



Por último, pueden decirse algunas de las características más notables de su conformación y costumbres. Por ejemplo, que su pelaje es grueso y contiene aire en su interior, lo que le permite nadar con gran facilidad. Que los machos cambian sus astas cada año. Que las hembras no tienen crías todos los años, por lo que la reproducción de la especie es lenta. Que le gusta comer zarzaparrilla, alstromeria, paramela, calafate y hojas tiernas de roble, raulí y lenga. Y que se dice que existe un registro de un huemul blanco, avistado cerca del Lago Alegre, en los Campos de Hielo Sur, en Aysén. La mayor parte del año los huemules se caracterizan por estar en parejas, aunque los machos no se caracterizan por ser muy fieles.

La gestación de la hembra dura 7 meses y la cría, después de nacer, para no ser detectada por zorros, se queda enrollada y muy quieta, mientras su madre se aleja a comer para distraer a los curiosos que merodeen por ahí.

8.3 LA SITUACIÓN DEL HUEMUL EN CHILE

Las crónicas antiguas señalan que el huemul nunca fue demasiado abundante, pero existía y vivía sin problemas, especialmente en las zonas boscosas de la alta cordillera, en Chile y Argentina. Poco a poco, en la medida que aumentaba el asentamiento humano en sus territorios, su población fue decreciendo hasta tornarse dramática.

Hoy está confinado a lugares específicos, muy apartados. Las poblaciones más abundantes se han visto en las inaccesibles montañas boscosas de la zona de los canales, al oriente del Campo de Hielo Sur.

La única población más al norte está en la Cordillera de la región del Biobío, la que por décadas ha logrado sobrevivir aislada. Actualmente se han detectado dos grupos de huemules, uno limitado a la zona cordillerana de las comunas de San Fabián y Coihueco y el segundo en Pinto y Antuco. Al parecer, estos grupos no establecen contactos entre sí.

A comienzos del año 2000 un guardaparque de la Reserva Nacional Altos de Vilches, ubicada en la cordillera de Talca –más al norte aún–, recibió el aviso de un visitante de haber divisado en unos peñones a una pareja de huemules, pero aquel dato nunca se pudo comprobar, pues nadie más ha visto esa especie allí en las últimas décadas.

Y eso sería, al menos en Chile. En Argentina, las poblaciones de huemul son incluso menores que en nuestro país y viven situaciones similares a las chilenas.

Si un chileno quisiera ver huemules en algún lugar relativamente accesible, con paciencia y un poco de suerte debiera ir al Cerro Huemules (cerca de Coyhaique), a la Reserva Tamango, en Cochrane, o a la Reserva Cerro Castillo, todos en la región de Aysén. En este último lugar, por donde pasa la Carretera Austral, han sido atropellados algunos ejemplares en los últimos años.

Mención especial cabría hacer del Centro de Reproducción de la Reserva Biológica privada Huilo-Huilo, en la comuna de Panguipulli (Región de los Ríos), donde habitan unos



14 huemules en dos espacios cercados, a prueba de depredadores, de más de 60 hectáreas. El objetivo de este centro es lograr una experiencia de reproducción en condiciones similares a las naturales. Partieron con una pareja traída desde Aysén y han logrado una exitosa reproducción de la especie.

Por otro lado, y cercano al centro anterior, se encuentra el de la Fundación Los Canelos Fauna Andina, que ha recibido en los últimos años un macho y una hembra con problemas físicos para su rehabilitación y posible reproducción.

8.4 RESULTADOS DE LOS PROYECTOS DE PROTECCIÓN

Desde los años 70, el Estado chileno a través de CONAF y algunas ONGs, especialmente CODEFF, se han preocupado de esta singular especie y han desarrollado programas para estudiarlo y protegerlo, con recursos limitados pero con gran vocación de sus profesionales.

CONAF ha concentrado sus esfuerzos desde los años 70 en Aysén y en la cordillera de Chillán, donde actualmente tiene dos áreas protegidas con huemules: las Reservas Nacionales Ñuble y Los Huemules del Niblinto.

CODEFF, por su parte, a mediados de los años 90 adquirió una de las primeras áreas privadas de protección en la región del Biobío, precisamente para el resguardo del huemul: el Santuario de la Naturaleza Los Huemules de Niblinto, que colinda con la reserva del mismo nombre de CONAF y son administradas en conjunto.

Fruto de estas acciones, se ha logrado detener la disminución de las poblaciones de huemul y en algunos lugares, las poblaciones han comenzado lentamente a crecer. Del panorama nacional del huemul en la actualidad se desprende claramente que la situación más crítica de nuestra especie heráldica es la que se enfrenta en Ñuble.

8.5 EL HUEMUL EN ÑUBLE: SU SITUACIÓN ANTES DE 1970

De acuerdo a Jürgen Rottman, experto en fauna nativa, para la “ciencia” los primeros antecedentes de que había huemules sobrevivientes en la cordillera de Ñuble datan de finales de los años 60. “Debe haber sido hacia 1968, el cuidador de un refugio de montaña que tenía la Universidad de Chile en Shangri-La (Valle del Renegado) vio varias veces huemules y se lo contó a Luis Peña, un entomólogo, quien me lo contó a mí en esa época. Este cuidador al parecer trabajaba colectando insectos para Tomás Cekálovic, entomólogo de la Universidad de Concepción”⁸⁵.

Anthony Povilitis tiene una versión parecida: “La estimación de que había huemules por allí se basaba fundamentalmente en observaciones de Segundo Ocares, un agricultor de

85 Entrevista a J. Rottman, *op. cit.*



Los Lleuques que colectaba insectos para un investigador de Concepción. Él vio huemules y entonces el profesor informó a CONAF y CONAF me contactó con Ocares”⁸⁶.

Hasta ese entonces, se sabía que el huemul había habitado la cordillera andina central, pero se estimaba que habían desaparecido y que ya solo quedaban ejemplares en la Patagonia.

Algunos años más tarde, la presencia de huemules se vio confirmada con un ejemplar concreto: durante el invierno de 1973, en obras de Endesa en la zona del Laja, una huemula quedó atrapada en la nieve y fue capturada por contratistas. A instancias de Endesa, el animal fue entregado a Carlos Junge, director de un pequeño zoológico en Chillán Viejo⁸⁷. Junge avisó de esto a CONAF y se envió a los especialistas Hernán Torres y Sterling Miller (un norteamericano del Cuerpo de Paz de los EE.UU. que estaba en Chile en el marco de los primeros programas de cooperación en fauna silvestre) para que vieran el ejemplar. En aquella época, Rottman, Miller, Torres y otros profesionales del recién creado Departamento de Conservación de CONAF⁸⁸, que dirigía Bernardo Zentilli estaban escribiendo un libro inventario sobre los mamíferos de Chile y se interesaron particularmente en el hallazgo.

Según cuenta Hernán Torres, fueron a Chillán “para sugerir una apropiada reubicación del ejemplar pues no se tenían antecedentes en ese entonces de experiencias exitosas de cría en cautiverio de huemules. Lo que encontramos fue patético. La hembra estaba confinada con tres llamas que, necesitadas de sodio, lamían constantemente la espalda de la huemulita causándole daño en su pelaje y piel que ya era visible. Visitamos el lugar de captura en la cordillera y luego de analizar las posibilidades que se presentaban para salvarla, recomendamos su liberación más arriba del lugar en el cual fue encontrada. La huemula no presentaba conductas que indicaran signos de impronta animal (dependencia del ser humano). Comía por su cuenta y no aceptaba comida ofrecida manualmente. En esta situación, podía ser posible su regreso a su hábitat natural donde sus posibilidades de supervivencia podrían ser mayores que su mantención en cautiverio. La hembra fue liberada en los ambientes



Hernán Torres con la huemula en el zoológico de Chillán Viejo en agosto de 1972. [Gentileza de Hernán Torres]

86 Entrevista a A. Povilitis, *op. cit.*

87 Este zoológico funcionó hasta la muerte de su fundador, en 1983.

88 CONAF fue fundada en 1972 durante la Presidencia de Salvador Allende.



de borde del bosque nativo de lo que luego fue la Reserva Nacional Ñuble. Al poco tiempo vino el golpe militar y no pudimos darle seguimiento al resultado de la liberación”⁸⁹.

Investigaciones posteriores atestiguan que en realidad la presencia de huemules en la cordillera de Ñuble fue abundante. Los testimonios vienen de gente que habitó La Polcura, al interior de la actual Reserva. Dice Manuel Hernández, que nació en esos cerros en 1937: “Me tocó ver tropillitas de hasta siete huemules, los vi de cerquita, eran mansos. Adonde andaban vacunos, ahí andaban ellos, comiendo ramas, le gustaba el maitén. Para el lado de Rayenco, donde había un poblado, también había. Una vez vi morir un huemul con una avalancha de nieve. Después los jotes se lo comieron”⁹⁰.

Víctor Mourgues, profesional de CONAF que recorrió esas cordilleras antes de crearse la Reserva, obtuvo en enero de 1978 testimonios directos de los arrieros que ocupaban las veranadas: “Según me cuentan, hace 20 años (o sea, hacia 1958) era fácil cazar un huemul para el churrasco de medio día”⁹¹.

Otros testimonios indican que en el año 1956 era posible cazar huemules a lazo, con un mínimo de tiempo y esfuerzo, en las partes altas de las veranadas Las Tiranías y Las Lástimas, hecho que se repetía habitualmente con objeto de efectuar asados. Además, se reporta la cacería frecuente en los años 70 y 80 durante el invierno, en los cajones de los esteros El Toro y Los Deslindes (sector vecino de la Reserva Ñuble), por parte de familias residentes en las inmediaciones.

La especie fue objeto de una persecución permanente. “Durante los veranos se organizaron cacerías, año tras año, con el objeto de aprovechar su carne y paralelamente obtener un trofeo de caza”, cuenta Víctor Mourgues⁹². Relatos de algunos antiguos lugareños de la zona confirman que durante los inviernos, en algunos sectores dentro y fuera de la actual Reserva, la especie era perseguida con perros hasta cansarlos, para luego darles caza y posteriormente consumirlos.

A pesar de que su caza está prohibida desde 1929, por décadas persistieron dudas sobre el respeto y el acatamiento a esa prohibición. Existen episodios confirmados de su persecución en la Cordillera Polcura, al sur de la Reserva, hasta mediados de los años 80.

La cacería fue el principal factor de disminución de la especie en la zona, pero no fue el único: el uso irracional del fuego y la presencia de grandes cantidades de ganado en forma permanente afectó parte importante de su hábitat, relegándolos a espacios más vulnerables. Por otro lado, se estima que la transmisión de enfermedades que afectaron al ganado bovino, como la fiebre aftosa y parásitos desde ganado ovino o caprino, con quienes convivieron por décadas, pudieron provocar el debilitamiento o muerte de ejemplares.

89 Testimonio entregado por Hernán Torres mediante correos electrónicos entre julio y agosto de 2013.

90 Entrevista a Manuel Hernández, *op. cit.*

91 Testimonio de V. Mourgues, *op. cit.*

92 Testimonio de V. Mourgues, *op. cit.*



El guardafauna Eladio Ramírez relata que “los viejos residentes en la Reserva conocían bien el huemul, y a veces lo cazaban. Los Polcuranos que conocimos eran hijos de los primeros que llegaron. Ellos nos contaban que sus padres hablaban de que había piñitos de huemules, es decir, varios animales juntos”⁹³. Lo ratifica también Vicente Riquelme, que nació y vivió en la cordillera: “Dicen los viejos que andaban tropillitas”, cuenta⁹⁴. Concluye Eladio: “Cuando llegamos nosotros (en 1978) lo máximo que se podían ver eran tres animales juntos. Nunca he visto más que eso”⁹⁵.

Rodrigo López, Técnico Marino, con Diplomado en Conservación, actualmente ligado a la ONG Aumen, quien trabajó muchos años para CODEFF en la zona y recorrió esos cerros como el que más, cuenta por su parte que “la gente contaba de cacerías, que cazaban con los perros. Incluso hembras preñadas”⁹⁶.

En general –relata Eladio– la gente cazaba con perros, no tenían armas de fuego. “Eran muy buenos para lacear. Agarraban cualquier cosa corriendo. Acostumbrados con los animales. Cuando cazaban huemules, los tomaban vivos”⁹⁷. Según Vicente Riquelme, una vez salieron a cazar y agarraron dos; uno lo trajeron vivo, el otro lo mataron y lo comieron ahí mismo. Una hembra y un macho⁹⁸.

Los antecedentes históricos van mostrando entonces que la presencia del huemul durante el siglo XX en la cordillera de Ñuble, entre el río homónimo y el río Laja, fue al menos habitual e incluso, para la dinámica poblacional de un cévido, abundante. La gente que habitó o visitó regularmente esos parajes lo conocía.

Fue cazado, arrinconado por los incendios, los perros y el ganado. Probablemente sufrió enfermedades propias de los animales domésticos y, en tales condiciones se hizo más vulnerable a sus enemigos naturales: los inviernos crudos, las avalanchas, el zorro y el puma. Pese a ello, ha sobrevivido hasta hoy, aunque diezmado, arrinconado, debilitado y desconfiado.

8.6 POVILITIS Y EL PRIMER PROYECTO DE PROTECCIÓN AL HUEMUL

Un hito dentro de la historia de los programas de protección del huemul fue la llegada del cooperante norteamericano, experto en fauna silvestre, Anthony Povilitis. Doctorado en la Universidad de Colorado, Povilitis fue seleccionado como cooperante

93 Testimonio de E. Ramírez, *op. cit.*

94 Entrevista a Vicente Riquelme, *op. cit.*

95 Testimonio de E. Ramírez, *op. cit.*

96 Entrevista a R. López, *op. cit.*

97 Testimonio de E. Ramírez, *op. cit.*

98 Ver detalles del episodio en el testimonio de V. Riquelme en Anexos.



en 1974 en el marco de un convenio suscrito entre Chile, la FAO, el Smithsonian Institute y el Cuerpo de Paz, que aportaba su remuneración.

La llegada del joven especialista fue fruto de una solicitud específica de CONAF, que en el marco de sus programas pioneros de investigación y protección de fauna, estaba recibiendo cooperantes para las diferentes especies que se estimaban amenazadas.

A cargo de este programa en esa época, Rottman rebobina parte de la historia. "En 1974 llega Povilitis y tuvimos un problema: los huemules estaban en Aysén y no en Chillán. La experiencia exitosa con la vicuña nos indicaba que había que focalizar el esfuerzo donde hubiese más población. Por lo tanto, a Povilitis le pedimos que trabaje en Aysén. Va a Aysén y parece que no le convenció. La cosa es que él dice 'Chillán o Chillán'. Y se le respetó. Por eso el esfuerzo en huemules se dividió en los dos territorios. Si no hubiese sido por Povilitis, los huemules de Ñuble probablemente se hubiesen extinguido"⁹⁹.

Esta es la versión de Povilitis: "Para el primer estudio de huemul prefería Ñuble más que Aysén por varias razones. En la década de 1970 logísticamente parecía mejor trabajar en Ñuble y estar más cerca de Santiago, con un invierno más corto y menos lluvia. Ahí podía buscar refugio con más facilidad. Yo no tenía un vehículo especial para el proyecto cuando comenzó el trabajo y en Ñuble podía llegar a los dos sitios con huemul en bus o a pie. Además, en el momento de la decisión, yo no había aún visto huemules en Aysén y sí en Ñuble. Los lugares donde había evidencia de huemul en Aysén eran muy remotos y topográficamente extensos. Finalmente, Ñuble era un ambiente muy distinto y había menos huemules, por lo que pensé que era más urgente"¹⁰⁰.

En Aysén se quedó entonces el "gaucho" (Claudio) Godoy, que sabía mucho de huemules en la práctica. Él le enseñó a Povilitis sobre las huellas, las fecas, toda la parte de terreno.



Tony Povilitis, en 1975, con Manuel Avilés.
[Gentileza de Anthony Povilitis]

⁹⁹ Entrevista a J. Rottman, *op. cit.*

¹⁰⁰ Entrevista a A. Povilitis, *op. cit.*



“Povilitis al principio tuvo serios problemas –recuerda Rottman–, no tenía mucho apoyo. Se le pidió casi como exigencia que tenía que tener una foto de un huemul en Ñuble. Así logra su primera foto, una sacada desde arriba”¹⁰¹.

Pese a las dificultades iniciales, todos reconocen el inmenso valor de su trabajo pionero. “Tony”, como todos lo conocen, es un referente y lo esencial de su trabajo es que fundamentó oportunamente la alarma sobre la precaria existencia del huemul en la cordillera entre el río Ñuble y el río Laja y la urgente necesidad de proteger estas poblaciones.

Raúl Verdugo recuerda que antes de decretarse la Reserva Ñuble se había creado en 1974 el área de protección cordillerana del huemul, área que se amplió en 1978. En ese marco, comenzó a operar en la zona el primer “Proyecto Huemul” (que tenía otra parte en Aysén), bajo la tuición de CONAF. Estaba a cargo de Víctor Mourgues y funcionaba en el Fundo El Castillo, en Los Lleuques. Mourgues era la contraparte chilena de Povilitis. En ese marco se hicieron las primeras prospecciones del huemul en la zona, trabajo que directa e indirectamente incidió en la creación de la Reserva Ñuble.



En 1975, Povilitis logra en Ñuble esta foto sacada desde arriba de una huemula preñada.
[Gentileza de Anthony Povilitis]



Jefe Nacional de Parques de la época, Edmundo Fahrenkrog (derecha) acompañado por Manuel Avilés (izquierda) en visita la cordillera de Ñuble en 1976 [Gentileza de Anthony Povilitis]

¹⁰¹ Entrevista a J. Rottman, *op. cit.*



8.7 RESERVA ÑUBLE: SITIOS HISTÓRICOS DEL HUEMUL

Esta unidad posee una extensa superficie, con cordones cordilleranos de diferente altitud que, al igual que sus valles adyacentes, reciben diferentes nombres informales, los que pueden variar de acuerdo al observador. Hemos agrupado sectores asignándole un nombre genérico, para ilustrar la presencia histórica del huemul de acuerdo a los diferentes antecedentes recogidos: Sector Las Parías, Sector Las Catalinas, Las Piedras, El Sol, Sector El Toro, Sector Cerro Laguna (Laguna Seca y Cajón El Potro, Sestiadero-Ponce), Sector Las Águilas, Sector Las Mariposas, Sector Las Bravas (vecino a la Reserva) y Sector Laguna del Laja (colindante a todo el lago).

Distribución geográfica del huemul en la Reserva

En el año 1982 la especie se reporta circunscrita a los sectores del **Cerro Laguna**, con una estimación en base a huellas de un mínimo de 8 individuos; en el sector de **Las Parías** se estimaban 3 ejemplares; en el sector **Las Catalinas**, un mínimo de 12 ejemplares. En los sectores **El Toro** y **Las Bravas** por lo menos se registraba un grupo familiar en cada uno. Todos estos sectores eran descritos como zonas con presencia permanente de grupos familiares de huemules y los huemules eran relativamente fáciles de ver.

En los sectores de **Las Mariposas** (específicamente, Las Lástimas) y **Las Águilas** (específicamente, El Purgatorio) no se reportaban grupos residentes, pero sí constante tránsito de ejemplares.

Hacia el sur de la unidad, en el sector de la **Laguna del Laja** se registraba en la laguna El Roble, por lo menos dos ejemplares y un grupo familiar en la bahía Los Machos, La Puntilla de Chillán y Los Deslindes.

Probablemente en varios otros sitios cercanos a los descritos pudo haber más huemules, pero por la extensión del territorio es difícil encontrar testimonios de aquella época.

En cuanto a las amenazas, podemos mencionar, que si bien la Reserva había sido recientemente creada, aún existía gran cantidad de ganado doméstico dentro de ella, tanto los que llegaban por arriendo de talaje como los de los residentes. Por otro lado, existían animales que se introducían ilegalmente desde predios vecinos. Relacionado con lo anterior, está la presencia de perros, ligados a los cuidadores de ganado, quienes recorrían gran parte de la unidad territorial.



Tres huemules a orillas de la Laguna del Laja, año 1986. [Gentileza de Luis Tamin, de ENDESA]



Específicamente, se describe que el ganado caprino ocupaba importantes zonas con hábitat de huemul, desplazándolo incluso de forma permanente, debido a la erosión y eliminación de renuevos producido por las cabras¹⁰².

El tránsito de personas también se describió como una amenaza, dado su poco control en aquella época, describiéndose eventos de entre 180 a 200 personas en un fin de semana en los baños termales, ubicados al interior de la unidad¹⁰².

Si bien, la cacería de huemules, no se registraba, por lo menos al interior de la Reserva, se supo de un huemul cazado en 1992 por uno de los Polcuranos, aun residentes en la unidad. “Lo cazaron porque si –explica Eladio Ramírez–. Según lo que nos contaron, le echaron los perros, el animal subió un poco hasta donde pudo en la nieve, después bajó, cruzó el río, y ahí al otro lado, a la salida del río, el hombre, Benedicto Hernández, lo laceó, lo mataron y se lo comieron. Pero no era que necesitaran comida, si tenían sus animales para comer si querían. Hasta donde yo sé, ese fue el último huemul cazado en terrenos de la Reserva”¹⁰³. El testimonio lo ratifica Vicente Riquelme: “La última vez que vi una cacería, un señor lo agarró con un perro”¹⁰⁴. Benedicto Hernández fue expulsado de la Reserva.

Ver huemules en la Reserva no es fácil. “Los guardas hacían patrullajes, pero no veían nunca un huemul –cuenta el ex encargado de fauna de CONAF, Alfonso Glade–. En los informes de mediados de los 80 se reconocía presencia del huemul a través de fecas, pisadas, ramoneo y restos de orina. Me llamó la atención ese detalle. A través de las huellas, se sabía el tamaño y sexo de los huemules”. Y recuerda que “el primer informe de Povilitis no tenía fotos de la especie. Sí de pisadas y de cornamentas”¹⁰⁵.

Eladio Ramírez, el más antiguo de los guardafaunas, no comparte totalmente lo señalado: “Cuando nos contrataron nos hicieron algunas charlas explicándonos cuál era la situación del huemul. Sabíamos de qué se trataba este trabajo y que iba a ser difícil ver animales. Nosotros nos guiábamos por lo que nos decía la gente más antigua, que habían visto huemules o sus huellas. Y así fuimos investigando esos sectores y vimos un primer huemul en Cipreses, en un lugar donde no se le había buscado. Nosotros siempre veíamos huemules, hartos, lo que pasa es que no teníamos cámaras o las apariciones eran lejanas o muy fugaces. En Los Capaos de Los Cipreses vi muchas veces. Y también en Las Bravas”¹⁰⁶.

8.8 EL PROYECTO HUEMUL EN LOS AÑOS 90

Entre las medidas de manejo que fueron adoptadas con el objetivo de recuperar la población de huemules en la Reserva Nacional Ñuble, está el término del arriendo de veranadas

102 Plan de Manejo 1984.

103 Testimonio E. Ramírez, op. cit.

104 Entrevista a Vicente Riquelme, op. cit.

105 Entrevista a Alfonso Glade, realizada en Santiago el 13 de septiembre de 2013.

106 Testimonio de E. Ramírez, op. cit.

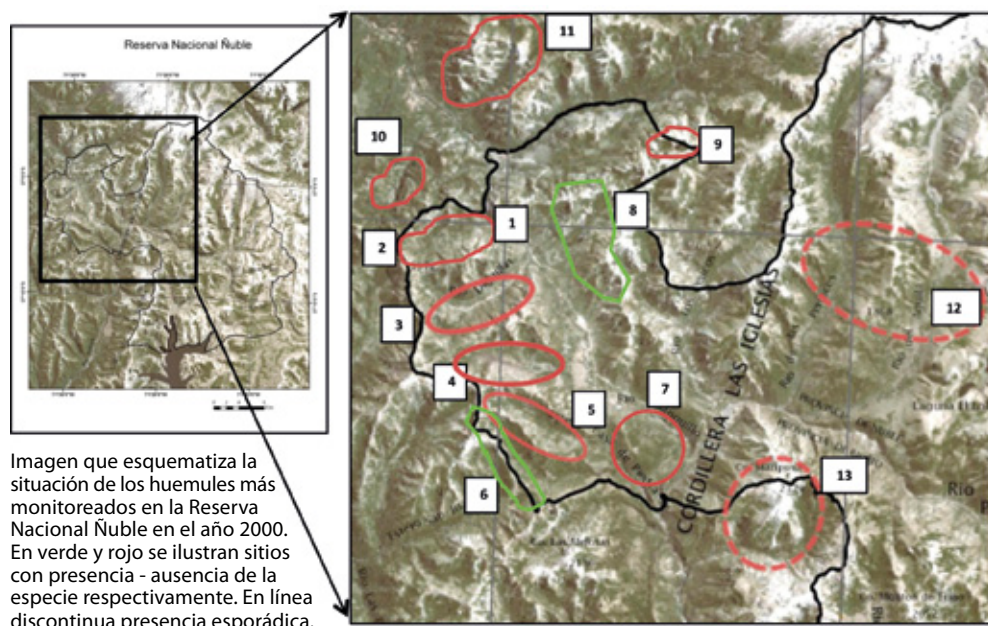


y la firma de contratos con los residentes de la Reserva, para crear normas y limitar el ganado. Paralelo a estas medidas, se continuó con el monitoreo permanente y sistemático de los grupos de huemules tanto dentro como fuera de la Reserva, lo que brindó con el tiempo, una idea más clara de la evolución de los grupos durante esta época.

Los huemules de los sectores Las Parías y Las Catalinas permanecen en el tiempo, registrándose crías algunos años y calculando que por lo menos existiría un grupo familiar en cada uno.

Lamentablemente, dentro de este periodo, se describe la desaparición de varios grupos familiares de huemules. En el sector Los Capaos y El Toro, se registraron hasta 1993, para el primer caso, existe una correlación directa con la construcción del Oleoducto Trasandino, proyecto cuyas obras atravesaron este sitio. La gran cantidad de ruido y movimiento de tierras que produjeron las obras por varios años, produjo el abandono completo de los huemules de este sector. En el segundo caso, se describe que en entre los años 1993 y 1997 ingresó y se instaló en ese sector ganado ilegalmente, quienes reclamaban ese sector.

Las huellas de huemules en los sectores Las Mariposas y Las Águilas cada vez se registraban con menor frecuencia, hasta que dejaron de verse. Esto se atribuye a las presiones humanas, como la ganadería, cacerías e incendios que aun existían, aunque en menor grado. Además, de la ya comentada cacería de un huemul hembra por parte de uno de los residentes en la Reserva.



Sectores: 1. Laguna seca, 2. El Potro, 3. Los Capaos, 4. El Toro, 5. Las Piedras, 6. Las Catalinas, 7. El Sol, 8. Relbún-Parías, 9. Laguna El Tabaco, 10. Sestiadero-Ponce, 11. Las Bravas, 12. Las Águilas-Las Perdices y 13. Las Mariposas.



Los huemules del sector del Cerro Laguna (Laguna Seca y Cajón El Potro y Sestiadero-Ponce, esta última área fuera de la reserva) y Las Bravas, colindante a la Reserva, fueron registrados hasta los años 1999 y 2000 respectivamente. Varias razones son las que se atribuyen a la desaparición paulatina de estos grupos, una de ellas es la introducción de ganado doméstico en el fundo Los Cipreses al cambiar de propietario. Esto conllevó la apertura de nuevos senderos y ocupación de las partes altas de la zona por estos animales. Luego, le sucedieron incendios importantes para continuar con la apertura de la vegetación. A esta intervención, se le suma la construcción del gasoducto, que cruzó de manera directa por este fundo. Para los huemules del Cerro Laguna, un administrador reportó un evento de cacería de varios huemules en 2000, lo que debió terminar con este grupo.

En el entorno de la **Laguna del Laja**, dada su lejanía, fue una zona poco prospectada durante esta época, registrándose esporádicamente la presencia de huellas de huemules en sector La Puntilla de Chillán y en la bahía Los Machos.

Paralelamente a todo lo anterior, en este periodo se describe que la disminución en el registro de huemules en todos los grupos, estuvo influenciado además, por un crudo invierno blanco ocurrido en 1995 y a una importante sequía que le siguió.

Raúl Verdugo agrega otro elemento: “Después de sacar la ganadería tuvimos el problema que nos llegaron dos megaproyectos: el Oleoducto y el Gasoducto. Yo creo que perjudicaron la presencia del huemul absolutamente porque estuvieron en construcción ahí durante muchos años, con maquinarias, vehículos, ruidos y movimientos que pasaban medio a medio por su hábitat. Por el estrés, no por la caza. Trabajaron hasta en pleno invierno. Fue una intervención muy fuerte. Si a eso se suma el terremoto blanco de 1995 tenemos una causa adicional de disminución de los huemules.”¹⁰⁷

Como compensación al paso del gasoducto por la Reserva, se adquieren 2.000 hectáreas del Fundo El Trumao para ser adjuntado a la Reserva. Este sector, al borde sur del río Diguillín, es actualmente el punto de ingreso a la unidad.

8.9 EL PROYECTO HUEMUL DESPUÉS DE LOS DUCTOS

Una de las medidas de compensación por el paso del Gasoducto del Pacífico por la Reserva fue la contratación de un profesional que estuviera a cargo de monitorear la especie y realizar las acciones necesarias para mitigar los daños que produjo el paso de esta obra. Los aspectos administrativos y logísticos del profesional contratado estuvieron a cargo de CONAF. Así, entre los años 2000 y 2012 tres profesionales del área de la medicina veterinaria se desempeñaron en el proyecto: Gerardo Acosta, Cristian Saucedo y Ana Hinojosa, quienes aportaron información técnica a los reportes anuales sobre las prospecciones y monitoreos realizados.

¹⁰⁷ Entrevista a R. Verdugo, *op. cit.*



Traslado a caballo de personal de CONAF para prospección de huemules.

De ellos se desprende que a finales de la década de los 90, los huemules de los sectores Las Parías y Las Catalinas eran los únicos grupos que sobrevivieron dentro de la Reserva.

Los reportes de los primeros años de esta época describen dos grupos familiares, con una baja presencia de hembras, escasa reproducción y una restringida área de distribución.

En los últimos diez años, sin alteraciones de ningún tipo, como incendios, ganado o personas (sólo turistas) y monitoreos continuos, se ha observado un leve aumento, aunque discreto, en los rangos de distribución de ambos grupos, ya que se han registrado huellas en sectores que estaban sin presencia por muchos años, como cerro la Pila (2007), laguna El Tabaco (2011, 2012) (sector Las Parías) y cerro El Sol (sector Las Catalinas).

En el caso del sector Las Catalinas es importante destacar que en varios años no se ha registrado la introducción ilegal de ganado desde el fundo vecino, lo que puede explicar la mayor distribución de la especie en la zona, con registros en Las Piedras en 2010.

También se ha registrado evidencia de reproducción, con avistamiento de una pareja y una cría en Las Catalinas en 2009, y por medio de cámaras trampa, tecnología usada



Prospección de huemules por personal de CONAF.



Ana Hinojosa, Encargada Proyecto huemul y los guardaparques Eladio Ramírez y Alberto Peralta durante una prospección de huemules en el lago Laja en 2011.

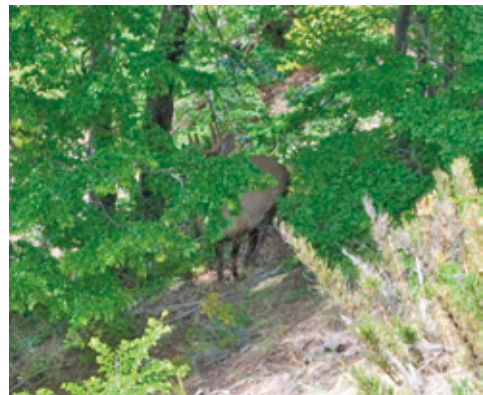
desde 2011, fotografiando ejemplares juveniles en 2012 y 2013 en Las Parías.

Más aun, en 2013 un huemul macho, se dejó ver y fotografiar por guardaparques sin huir, probablemente se trate de un ejemplar joven. Este pequeño cambio de conducta, esperamos se vuelva a repetir con mayor frecuencia en el futuro.

Otro dato clave que arroja el análisis de las prospecciones de los últimos diez años, confirmado con el reciente monitoreo con cámaras trampa, es que los huemules durante los meses de invierno permanecen en estos dos sectores, agrupándose en ciertos sitios, como Los Caitanos y Monte Alto y, en el caso de Las Parías, las laderas de exposición norte.

Por otro lado, en el sector El Toro, abandonado por los huemules desde el paso del Oleoducto, desde el año 2005 se ha vuelto a detectar la visita temporal de huemules, probablemente de ejemplares machos, específicamente en el predio Baquedano (colindante a la Reserva) y valle El

Toro (dentro de la Reserva). Esto hace tener esperanzas de que en algún momento, este último sector pueda ser de nuevo habitado permanentemente por el huemul, ya que no existen disturbios que lo impidan.



Huemul fotografiado en la Reserva por guardaparques en Noviembre 2013, el cual se alejó con tranquilidad.

[Foto: Christopher Sepúlveda, Héctor Cares y Alexis Ortiz - CONAF]



En el sector Cerro Laguna también se han vuelto a detectar, pero en forma irregular, registrándose huellas a orillas de la laguna Seca en los años 2005, 2006, 2007 y 2013.

En el sector Las Bravas no se han vuelto a observar huemules, probablemente debido a que son sectores más alejados de los sitios con presencia actual dentro de la Reserva, lo que limita una posible recolonización del área, sumado a que aún hay ganado en ese predio.

Finalmente, tampoco se ha registrado la presencia de la especie en sector las Águilas y las Mariposas.

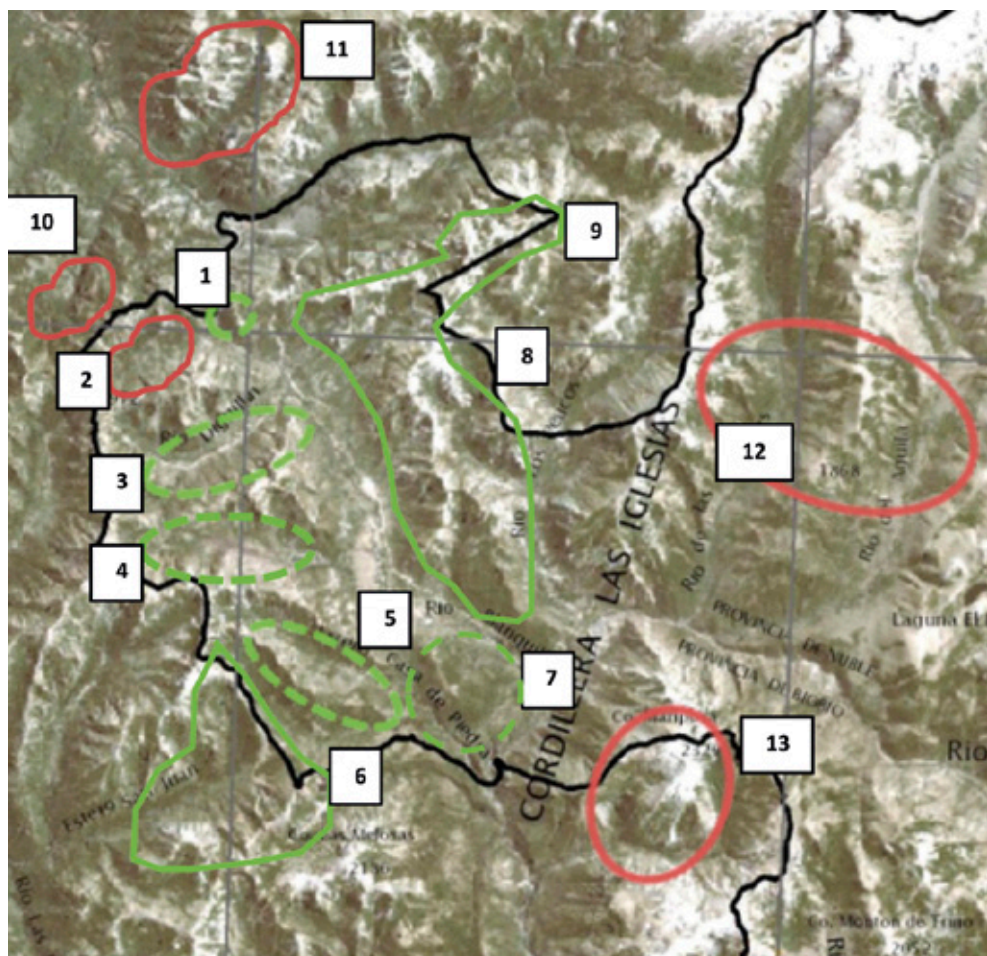


Imagen que esquematiza la situación actual de los huemules en la Reserva Nacional Ñuble. En verde y rojo se ilustran sitios con presencia - ausencia de la especie respectivamente. En línea discontinua presencia esporádica.

Sectores: 1. Laguna seca, 2. El Potro, 3. Los Capaos, 4. El Toro, 5. Las Piedras, 6. Las Catalinas, 7. El Sol, 8. Relbún-Parías-Caitanos, 9. Laguna El Tabaco, 10. Sestiadero-Ponce, 11. Las Bravas, 12. Las Águilas-Las Perdices y 13. Las Mariposas.



En la Laguna del Laja, se cuenta con registros esporádicos de la especie en las cercanías de la Bahía Los Machos, con un registro fotográfico anónimo de una pareja de huemules en la Bahía Chorrillos en 2001, desconociéndose el punto preciso de la fotografía y el año 2005 se registró la huella de un ejemplar en el sector El Colorado, límite sur de la Reserva.

Aunque por su extensión es un área difícil de monitorear en toda su extensión y en forma frecuente, no obstante, se ha hecho un esfuerzo especial en los últimos años. En diciembre de 2007 y 2011 se realizaron recorridos desde la parte norte del Parque Nacional Laguna del Laja hasta la parte sur de la Reserva Ñuble, lo que implicó largas caminatas de toda el área riverense durante más de una semana. En la primera salida se registraron huellas de uno a dos ejemplares en una bahía cercana al Parque Nacional, y en el segundo terreno, se produjo un encuentro cercano con un ejemplar hembra, la cual fue fotografiada a pocos metros.

En febrero de 2012 personal de CONAF volvió a fotografiar desde el lago, cerca al lugar anterior, nuevamente un ejemplar hembra, posiblemente el mismo ejemplar.

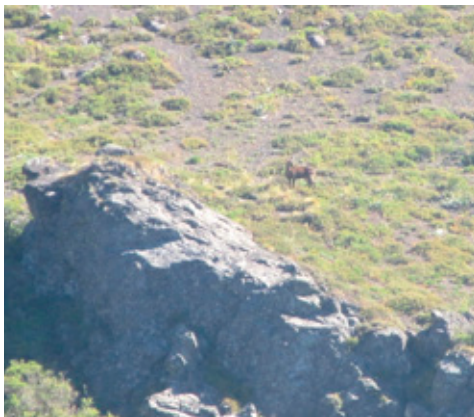
En marzo de 2013, un turista registró la fotografía también, de un ejemplar hembra, probablemente el mismo ejemplar de los dos encuentros anteriores.



Pareja de huemules a orillas de la Laguna del Laja hacia 2001. [Anónima-Archivo de CONAF]



Huemul hembra cerca de la Laguna del Laja. Sorprendentemente, se dejó fotografiar con tranquilidad. Diciembre de 2011. [Foto: Ana Hinojosa-CONAF]



Una huemula a orillas de la Laguna del Laja. Febrero 2012. [Foto de Marcelo Graf- CONAF]



Una huemula a orillas de la Laguna del Laja captada por turistas. Marzo de 2013. [Gentileza de Sergio Parada, Francisco Jara y Manuel Bustos]



Respecto de este último ejemplar, es el único ejemplar observado a tan corta distancia cerca de la Reserva. Cuenta Ana Hinojosa: “ese encuentro fue sorprendente y muy emocionante. La estamos monitoreando seguido para evaluar si realmente está sola o no”¹⁰⁸. En las circunstancias actuales, toda hembra es singularmente valiosa.

LA FOTO DE ELADIO

Pasaron muchos años en que no se tuvieron testimonios fotográficos de la presencia de huemules en la Reserva. A mediados de los años 90, afectados por el Oleoducto y el Gasoducto y por unos inviernos muy severos, había pocas señales de los huemules. Incluso en el diario de Chillán apareció en 1996 ese famoso titular “No hay huemules en Ñuble. Nadie los ha visto”¹⁰⁹.

Se equipó a los guardafaunas con buenas cámaras con teleobjetivos. Tu vieron que aprender de fotografía. Según cuenta Raúl Verdugo, “les habíamos prometido a los guardas que al primero que le saque una foto a un huemul le regalábamos un pasaje para ir a Aysén a conocer los huemules de allá”¹¹⁰.

En ese contexto se obtienen las famosas fotos del año 2002 en Las Parías, cuyas reproducciones vemos hoy en muchas oficinas, guarderías y folletos de CONAF. Cuenta Eladio, el fotógrafo: “Era en abril. Andábamos varios guardafaunas, uno de ellos vio los huemules y nos hizo las señas de dónde estaban, todo en silencio. Tuvimos que dar un tremendo rodeo para llegar por el otro lado, contra el viento, para que no nos



Primer registro fotográfico del huemul en la Reserva. [Foto obtenida en Las Parías en 2002 por Eladio Ramírez, en compañía de otros guardafaunas de CONAF]

sintieran. Y ahí pudimos hacer esas fotos con ciertas tranquilidad”. Disponían de un lente de 300mm, con el que hicieron una serie de fotografías de una pareja. Meses después, en el verano, volvieron a ver esa misma pareja. Tenía una cría.

Eladio se ganó los pasajes a Aysén. Fue su primer viaje en avión. Vio bastantes huemules en la Patagonia. “Allá están acostumbrados a verlos y a seguirlos, no a andar buscando huellas como nosotros”¹¹¹.

108 Testimonio de Ana Hinojosa, recogido mediante entrevistas realizadas en Chillán y correos electrónicos, entre julio y septiembre de 2013.

109 Ver subcapítulo “La discusión con La Discusión”.

110 Entrevista a R. Verdugo, op. cit.

111 Testimonio de E. Ramírez, op. cit.



8.10 EL PROYECTO CÁMARAS-TRAMPA

A las 12:08'55" del 27 de febrero del 2011 una huemula que circulaba por el sector de Monte Alto pasó frente a una cámara trampa, activó un sensor infrarrojo y regaló a Chile la primera foto de un huemul en la Reserva Ñuble desde el año 2002. Salió publicada en varios diarios. Semanas antes había comenzado una iniciativa que está dando interesantes resultados: instalar cámaras-trampa automáticas para obtener registros fotográficos digitales de la presencia del ciervo heráldico. Esa cámara instalada por los guardafaunas en Monte Alto fue un primer experimento para ver qué pasaba.

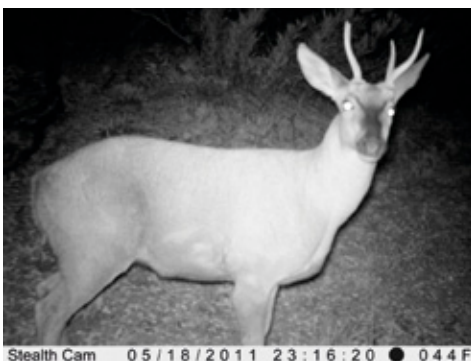
Un mes después, la misma cámara de prueba se instaló en Las Parías, donde el 18 y el 19 de mayo se obtuvieron fotos de dos machos adultos. Ana Hinojosa, a cargo del Proyecto Huemul en Ñuble, estaba feliz: "Cuando vi esas primeras fotos casi lloré, sobre todo porque fue una hembra... Luego, dos machos distintos, los que se veían muy saludables y hermosos... Verlos después de tantos años en la Reserva fue genial!"¹¹².

Esta primera cámara era parte de un acuerdo de colaboración con la Universidad Católica. Posteriormente, la Gerencia de Patrimonio Silvestre de CONAF adquirió varias decenas de cámaras-trampa en España, con el objetivo de estudiar especies emblemáticas y de difícil avistamiento en las Áreas Silvestres Protegidas del país.

Dado el éxito de la primera prueba, del total de cámaras-trampa adquiridas 60 fueron priorizadas para su utilización en el monitoreo de huemules en la Reserva Nacional Ñuble. Estas cámaras estuvieron instaladas en la unidad durante varios meses, en distintas zonas y se obtuvieron resultados bastante generosos: de las 60 cámaras, 12 lograron fotografiar huemules, entre diciembre del 2011 y marzo



Primer registro fotográfico de huemul hembra con cámara trampa en la Reserva, obtenido en febrero de 2011.



Primer registro fotográfico de un huemul macho en la Reserva con cámara trampa, logrado en mayo de 2011.

¹¹² Testimonio de A. Hinojosa, op. cit.



del 2012, en Las Catalinas, Las Parías, Valle Hermoso, Monte Alto y El Relbún. Las fotografías dieron origen en el año 2012 a "Imágenes de un sobreviviente", un pequeño libro de difusión que hace un recuento de la experiencia y presenta las mejores fotografías obtenidas. Un testimonio contundente de la sigilosa presencia del ciervo en la Reserva Ñuble.

Actualmente, la Oficina Regional de CONAF cuenta en forma permanente con 20 cámaras, las cuales se ocupan durante todo el año, tanto en Niblinto como en Ñuble.

Estas cámaras, entre 2012 y 2013, han obtenido nuevamente espectaculares fotografías en Las Parías y Las Catalinas, las cuales han complementado el monitoreo tradicional que los guardafaunas realizan a pie. Regularmente, se retiran las memorias y se revisan las novedades. Las cámaras disponen de baterías suficientes para estar en terreno durante varios meses.



Instalación de cámara-trampa por guardaparques de la reserva.



Registro fotográfico con cámara-trampa de un huemul hembra en sector Las Parías, en la Reserva, en agosto de 2012.



Huemul captado con cámara-trampa en sector Las Catalinas, en julio de 2012. [Archivo CONAF]

La activación del obturador, y del flash automático si es de noche, se hace cada vez que un sensor de la cámara detecta algún movimiento, por lo que se obtienen fotos de todo tipo de animales. La cámara registra además la fecha, la hora y hasta la temperatura ambiental al momento del disparo. Ente los aspectos novedosos de este singular safari fotográfico se cuenta también el que se han obtenido registros inéditos del gato colocolo y numerosas fotos de pumas, zorros, vizcachas, liebres y aves.

Las fotos han aportado valiosa información sobre la presencia, características y movimientos del huemul a través del año, así como evidencia de reproducción dentro de los grupos. Uno de los aportes de esta iniciativa es que se ha establecido una gran actividad nocturna del huemul que antes no había sido reportada.



¿Cómo definen dónde poner las cámaras? Ana Hinojosa destaca que “la experiencia en terreno de Eladio Ramírez y Alberto Peralta, nuestros guardafaunas, fue clave. Las cámaras eran instaladas donde ellos decían por aquí pasan y así obtuvimos fotografías al primer mes con una sola cámara instalada”¹¹³.

Explica Eladio: “Hay lugares donde uno sabe que hay huemules; se ven huellas y fecas, y por ahí ponemos algunas cámaras. Pero a veces también instalamos las cámaras en cualquier lugar, por si pasan, pues los huemules tienden a abrir sendero. Y nos ha resultado. Hemos llegado a tener 60 cámaras instaladas, durante un año. Las instalamos nosotros mismos y cada cierto tiempo recogemos y revisamos las memorias. Estamos teniendo fotos nuevas”¹¹⁴.

En el último monitoreo, realizado entre mayo y septiembre de 2013, los resultados fueron excelentes, ya que se registraron fotos de dos y tres huemules juntos, comportamiento habitual en el sur del país, pero que no había sido fotografiado mediante las cámaras-trampa en esta zona.



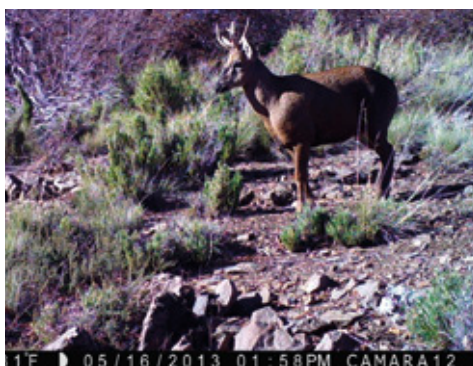
Dos huemules en el camino interno de la Reserva, captados por cámara-trampa en julio de 2013.



Cámara-trampa fotografía una huemula en la nieve, en junio de 2013.



Macho juvenil captado en la Reserva poco antes del amanecer del 16 de mayo de 2013.



Seis horas después, la misma cámara capta un macho adulto.

¹¹³ Testimonio de A. Hinojosa, *op. cit.*

¹¹⁴ Testimonio de E. Ramírez, *op. cit.*



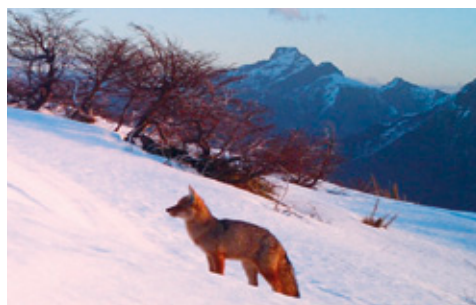
Pero las cámaras no distinguen huemules de otra fauna, fotografiando todo lo que pase frente a ella, es por eso, que de igual forma, una diversidad de otras especies han sido fotografiadas, para las cuales también se lleva seguimiento de su abundancia relativa en invierno y verano, así como se los lugares en los que se han detectado.



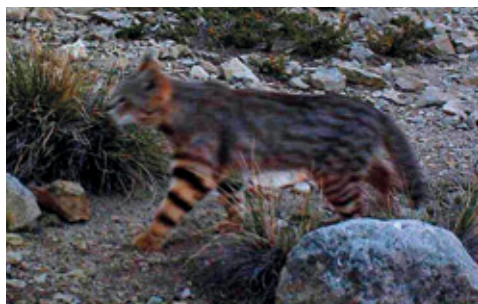
Puma fotografiado con cámara trampa.



Zorro fotografiado con cámara trampa en agosto de 2013.



Zorro captado con cámara trampa en agosto de 2012.



Gato colocolo. Imagen obtenida con cámara trampa.



Vizcacha captada con cámara trampa.

8.11 EL FUTURO DEL HUEMUL EN ÑUBLE Y EN LA RESERVA

El Biólogo Iván Benoit, que trabajó más de 30 años en CONAF, recuerda: “En los años 70 ya Povilitis nos alertó de los problemas por lo pequeña que eran las poblaciones de huemul en Ñuble, lo que genera consanguinidad y eso podría traer problemas genéticos”¹¹⁵. El silencioso trabajo realizado por CONAF y CODEFF por casi 40 años ha logrado atenuar significativamente las situaciones que estaban acabando con el huemul en Ñuble.

¹¹⁵ Entrevista a Iván Benoit, realizada en Santiago el 13 de septiembre de 2013.



Las poblaciones han tendido a estabilizarse. Pero la sobrevivencia del huemul en Ñuble está lejos de estar asegurada. “Los huemules –explica Ana Hinojosa– han sobrevivido todo este tiempo gracias al don de la invisibilidad, a que la Reserva ha sido conservada y a que se han eliminado muchas amenazas. De lo contrario, se habrían extinguido hace muchos años... Creo que, si todo sigue así, podremos continuar disfrutando de su presencia por varios años más, pero siempre con el temor de su fragilidad, temor de que si ocurre algo catastrófico, como inviernos muy crudos, un verano muy seco, epidemias u otro factor que pueda ocasionar la muerte de alguno de ellos, su supervivencia estará en grave riesgo”¹¹⁶.

Gracias a la disminución de las amenazas, y a la creación de áreas protegidas, dos grupos de huemules sobrevivieron. Ellos están condicionados por un bajo número de individuos, sobre todo en ejemplares hembras. Como la reproducción del huemul es lenta y la sobrevivencia de crías es baja, la recuperación de la población no ha sido fácil y en el mejor de los casos será pausada. A pesar de esto, en los últimos años se ha observado una pequeña mejora en ambos grupos, tanto en número como en distribución.

Anthony Povilitis, desde Estados Unidos (donde actualmente trabaja en su ONG Life Net Nature), resume lo que a su juicio son el escenario y las posibilidades para el huemul en Ñuble: “La buena noticia es que al parecer la población se ha estabilizado, después de disminuir durante décadas. Se han encontrado algunos grupos de huemules que antes no se conocían. Desde los años 70, los huemules han podido sobrevivir en esta región principalmente, según creo, por la creación de las áreas protegidas de Ñuble y Niblinto. La mala noticia es que estas poblaciones son muy pequeñas, están muy fragmentadas y aún están por debajo de los niveles necesarios para que sean viables. En mi opinión, las principales amenazas al huemul hoy son, en orden de importancia: 1. Pérdida de hábitats de invierno y de conectividad de hábitats principalmente debido a la ocupación humana de terrenos; 2. Creciente presencia de perros sin control, quienes por una parte impiden los movimientos de dispersión del huemul, necesarios para la conexión entre poblaciones aisladas y por otra, representan un especial peligro para el huemul en sus hábitats de invierno; 3. Riesgo de enfermedades transmitidas por el ganado doméstico; y 4. Riesgo de que el zorro capture crías de huemul (sin embargo, no tengo clara evidencia de esto).



Letrero de protección al huemul en la Reserva Nacional Ñuble, sector El Blanquillo. Septiembre de 2013. [Foto: Marcelo Mendoza]



Profesionales de CONAF Biobío como Hinojosa y Verdugo también informan de la estrategia de creación de un centro de reproducción de huemules, siguiendo el modelo aplicado en la reserva privada Huilo-Huilo en Panguipulli. Es decir, traer huemules desde Aysén y “encerrarlos” en un gran predio cercado que les permita vivir y reproducirse sin riesgos, desde donde luego se puedan liberar sus crías al ambiente natural. Hasta ahora la iniciativa se diseñó, se presentó al gobierno, pero no llegó a concretarse. Su costo de ejecución está presupuestado en cientos de millones de pesos. Lo más caro es construir el cerco, de varios kilómetros, que debe ser a prueba de pumas.

Povilitis comparte la idea, pero lanza una advertencia: “Un centro de reproducción de huemules en Ñuble bien puede ser una manera de aumentar su población, incluso para reintroducirlos en otras regiones de la cordillera central. El problema de un programa de este tipo es que pueda ser una justificación para soslayar los esfuerzos necesarios para conservar los hábitats y restaurar la conectividad entre las poblaciones”¹¹⁷.

Proteger y agrandar la Reserva, controlar las amenazas y traer nuevos ejemplares son las principales ideas que Ana Hinojosa plantea para asegurar el futuro del huemul en Ñuble. “La presencia de un solo ejemplar de huemul nos basta para darnos fuerzas y seguir luchando por la conservación de esta especie en la Reserva, ya que se ha convertido en un símbolo de la conservación en CONAF a nivel regional y nacional. Por otro lado, el incipiente aumento de los grupos de huemules registrado en los últimos años, hace aún más fuerte las ganas de seguir trabajando, confirmando que las cosas se están haciendo bien”¹¹⁸.

Proyecto Centro de Reproducción

En el año 2002 se formó el Comité Regional del Biobío para la Recuperación del Huemul, grupo que fue liderado por CONAF y CODEFF, y con participación activa de diversas empresas e instituciones de la región.

Entre los años 2002 y 2006, en varios documentos e informes técnicos, se discute la crítica situación de la población de huemules en Chile Central.

En 2007, en el Plan Nacional de Conservación del Huemul, se incorporó, dentro del Objetivo 2, la creación de programas de conservación ex situ privilegiando las estrategias de centros de reproducción sobre la

traslocación, excepto para situaciones urgentes como el caso de Nevados de Chillán.

En este contexto, el grupo de trabajo regional elaboró un proyecto de factibilidad para un “Centro de Reproducción de Huemules en la Reserva Nacional Ñuble” con ejemplares trasladados desde el sur del país. Dicho proyecto se encuentra terminado y fue aprobado técnicamente en el Sistema de Evaluación de Impacto Ambiental a través de una Declaración. No obstante, el alto costo del proyecto, más de 600 millones de pesos solo en construcción, llevó a que las autoridades le quitaran la prioridad para su ejecución.

¹¹⁷ Ibid.

¹¹⁸ Testimonio de A. Hinojosa, *op. cit.*



Proyecto de Traslado e Introducción directa

Una alternativa que se ha barajado es la de trasladar ejemplares desde Aysén directamente a la Reserva, sin pasar por un centro de reproducción, pero con un monitoreo a través de collares satelitales para evaluar el éxito del programa. Este proyecto se encuentra en etapa de elaboración y estudio de factibilidad.

Esto consistiría en trasladar huemules a través de su captura con tranquilizantes,

traslado vía aérea, para llegar lo más pronto posible a la reserva.

Si bien existe consenso sobre la necesidad de fortalecer la población de huemules de Chile Central, priorizando los grupos existentes dentro de la Reserva Nacional Ñuble, el proyecto es complejo, ya que requiere el sumar voluntades de otras instituciones, apoyo financiero, político y sobretodo el apoyo de la comunidad donante en el sur del país.

Programa para Conservar el huemul a través de Fondos Regionales

Durante el año 2013 se realizó un taller técnico, con asistencia de servicios públicos e instituciones relacionadas con la conservación del huemul en la región. En este taller, se analizó la situación actual de la especie en la zona y con esta información se determinó que el principal problema de la población de huemules en Nevados de Chillán era que "La población era pequeña y con tendencia decreciente", lo que originó un "árbol problema", con la definición de las causa y efectos de este eje central, y posteriormente un árbol solución, los que fueron la base para el nacimiento de un interesante proyecto para postular a Fondos del Gobierno Regional.

El proyecto se postuló finalmente a través del Programa para "Conservación de la biodiversidad y recuperación de la población de huemules y su hábitat en Nevados de Chillán", programa con el cual, se pretende conservar la biodiversidad regional en general, dado el carácter del huemul de

especie paraguas e indicador de la salud del medio ambiente.

El programa pretende trabajar en tres ámbitos, Recuperación y mejoramiento de hábitat, Incrementar la tasa de reclutamiento (incorporación de individuos reproductivos a la población) de la especie y lograr una identificación de la comunidad regional con el huemul. Estas líneas de trabajo a su vez, con llevan varias actividades que engloban control de amenazas y mejoramiento del bosque, monitoreo de la especie y campañas de difusión masiva, entre otras.

Actualmente el programa se ingresó formalmente al Gobierno Regional y la unidad de Fomento productivo, dependiente de la División de Análisis y Control de Gestión del Gobierno Regional del Biobío, lo recomendó técnicamente para su ejecución. Se espera contar con la aprobación de los recursos durante el año 2014.

IX

TURISMO EN LA RESERVA





9.1 LOS PRIMEROS VISITANTES

Por muchos años, pocos visitantes llegaban hasta la Reserva, principalmente debido a las dificultades de acceso y al poco conocimiento que existe de ella. La prioritaria motivación de los primeros visitantes fue acudir a las aguas termales en Los Peucos. La mayoría de ellos eran de origen campesino, de sectores cercanos de la precordillera, que viajaban una vez al año en una especie de rito de sanidad. Se trataba de grupos familiares, de vecinos y amigos, que programaban su visita con mucha anticipación y se quedaban por lo general unos cuatro o cinco días. No siempre fueron muy cuidadosos, pues solían abusar del alcohol.

Otros visitantes asiduos a la Reserva fueron los pescadores, atraídos por las truchas de ríos, lagos y lagunas. Este grupo era bastante heterogéneo, compuesto por amigos más que familias: profesionales, estudiantes, empleados y campesinos. En general, visitaban la zona del río Polcura, entre los esteros Las Perdices y Las Piedras, al sur poniente de la Reserva. Ellos disfrutaban de un ambiente bastante salvaje, sin infraestructura, en medio de una naturaleza prístina.

La gran mayoría de estos primeros visitantes organizaban estadías de varios días o incluso semanas y su medio de transporte era el caballo.

9.2 LOS GRINGOS DE CHAMORRO

Pese a lo dicho, la Reserva también tuvo una experiencia de turismo internacional. En el año 1987 un empresario turístico de la zona, Emilio Chamorro, fundador y dueño en esa época del conocido “Parador Jamón, Pan y Vino” de Las Trancas, comenzó a organizar excursiones a caballo a la Reserva. Según diversos testimonios, estaban muy bien organizadas, con buena comida, asados, pesca, buenas carpas. Iban grupos de 10 o más personas, norteamericanas o inglesas, cabalgaban por unos ocho días y un equipo de producción iba adelante preparando todo. “Había una gringa bien mayorcita a la que le encantaba andar a caballo, había andado ya en África”, recuerda Raúl Verdugo, que participó en varias de estas excursiones como representante de CONAF¹¹⁹.

Cuando llegaban los gringos, estaba todo listo. La familia de Chamorro había usado las veranadas y conocía la Reserva. En cada excursión iba además un médico y una persona de CONAF, por ser dueños de casa. Raúl Verdugo valoraba la experiencia: “Para nosotros nos significó el poder ir a la Reserva y conocerla, porque no teníamos caballos, ni sacos de dormir ni carpas ni nada, entonces aprovechábamos esta oportunidad con los gringos, que se quedaban pescando y ahí aprovechábamos de dar una vuelta”¹²⁰. Finalmente, las excursiones no prosperaron por un desacuerdo económico con la contraparte que reclutaba a los gringos. Años después, Emilio Chamorro falleció y su parador hoy pertenece a la Caja de Compensación La Araucana.

¹¹⁹ Entrevista a R. Verdugo, *op. cit.*

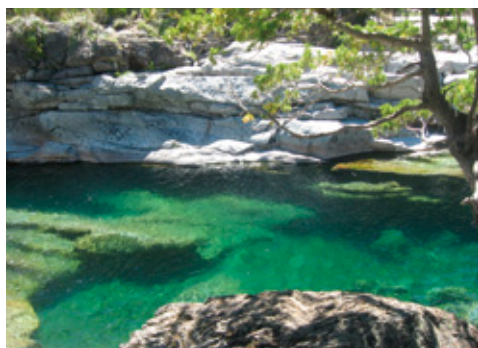
¹²⁰ *Ibid.*



Expedición por la Reserva con turistas extranjeros organizada por Emilio Chamorro.

9.3 ATRACTIVOS

Son numerosos los atractivos turísticos de la Reserva. Entre los principales de ellos están los pozones en los ríos, los senderos de excursión y las bellezas naturales que conforman un genuino paisaje de cordillera. Destacan las montañas, los bosques, las lagunas de altura y los numerosos ríos y esteros. Uno de los puntos más notables es el salto del río Blanquillo, que cae unos 40 metros encajonado hacia un pozón de aguas esmeralda.



Río Relbún.



Río Polcura.



Salto El Blanquillo.



Pero la mayor atracción de la Reserva siguen siendo los baños termales de Los Peucos, histórico punto de peregrinación para los visitantes. Mercedes Hernández, Polcurana, cuenta que antiguamente “iba harta gente a los baños, hacían cola. Nosotros íbamos cada 15 días, cada vez que se podía”¹²¹.

Ubicadas al fondo del valle del mismo nombre, entre bosque nativo, son aguas que emergen a 37 grados para las cuales se han habilitado una serie de tinas individuales y grupales en forma rústica. Antiguamente los baños eran solo pozas naturales, rodeadas con ramadas por los visitantes. Hace unos años, Víctor Sánchez, entonces Jefe Provincial de CONAF, con apoyo del maestro Ernesto Riquelme, llevaron cemento y construyeron las actuales tinas con piedra laja.



Salto de agua, sector Los Peucos



Estructura rústica con ramas en el baño termal Los Peucos al interior de la reserva, año 1985.



Actualmente el baño termal Los Peucos cuenta con cinco tinas de piedra.

¹²¹ Entrevista a Mercedes Hernández, *op. cit.*



9.4 MÁS VISITANTES

En los últimos años han aumentado los turistas. CONAF espera pasar de los 2.000 visitantes anuales. La mayoría son chilenos, de la región. Casi no llegan gringos actualmente. La gente conoce la Reserva por amigos y conocidos que han ido antes.

Raúl Verdugo, de CONAF Regional, plantea que buscan ir mejorando la infraestructura y los accesos para tener más visitantes: "La gente jamás va a ser nuestro aliado si no conocen esto. Si queremos que nos ayuden a proteger al huemul, la comunidad debe saber qué estamos haciendo y para eso tiene que ir, recorrer, conocer. No queremos un turismo masivo sino de intereses especiales. El turista informado está tratando de ir más a estos lugares y para eso hay que desarrollar la infraestructura, mejorar los accesos"¹²².

9.5 INFRAESTRUCTURA

La Reserva cuenta con tres guarderías y dos lugares habilitados para acampar y hacer picnic, en El Trumao y en Los Peucos. Hay mesas, fogones, casetas sanitarias, ducha y lavabos. No se dispone de cabañas o alojamientos con cama. Tampoco hay lugares para adquirir alimentos o mercaderías y no existe luz eléctrica. Sí hay señal de celular en algunos puntos.

Dentro de las iniciativas educativas disponibles hay, en el sector El Trumao, un pequeño Centro de Exhibición de Fauna Silvestre embalsamada que se provee de animales encontrados muertos por causas naturales o decomisos del SAG. El objetivo de este pequeño centro es ilustrar a los visitantes sobre fauna nativa y sus características, utilizando materiales que da la naturaleza. En El Trumao también existen algunos senderos que recorren el estero Relbún y ascienden a unos miradores de moderno diseño con letreros alusivos a la vida del huemul, fruto de proyectos de tesis universitarias de estudiantes de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Talca y de la Facultad de Diseño Gráfico de la Universidad del Biobío. En el sector Los Peucos hay además un Centro de Información Ambiental.



Turistas en acceso a la Reserva Ñuble, sector El Trumao.

¹²² Entrevista a R. Verdugo, op. cit.



Letrero en Sendero Huella Huemul, sector El Trumao.



Mirador en el sector El Trumao-Relbún.



Acceso a la Reserva Ñuble, sector El Trumao.



Guardería de CONAF en el sector Valle Hermoso.

X

LOGROS EN CONCIENTIZACIÓN AMBIENTAL





Durante los últimos años, son numerosas las actividades educativas, recreativas y de difusión que CONAF ha liderado, para promover el conocimiento y la protección del huemul. Entre ellas destaca un concurso dirigido a los niños de las comunas cordilleranas de la provincia que ha incluido poemas, cuentos y dibujos hechos por los estudiantes en sus colegios entre los años 2007 y 2012. De las obras ganadoras, hemos seleccionado algunas para dar cuenta de esta otra faceta de las iniciativas para conservar nuestro ciervo heráldico.



Dibujo de Violeta Aracely, 5° Básico, escuela Talquipén, comuna de Coihueco.



Dibujo de Bárbara Gómez, 6° Básico de la escuela Talquipén, comuna de Coihueco.



Dibujo de Danilo Jiménez, 6° Básico escuela Centro Educativo Las Trancas, comuna de Pinto.



Dibujo de Nicolás Hormazabal, 7° Básico C, escuela Puerta de la Cordillera, comuna de Pinto.



Dibujo de Valeska Ceballos, 7° Básico, escuela Guillermina Drake, comuna de Coihueco.



Dibujo de Elías Arzola, 5to. Básico, Escuela El Porvenir de Cato, comuna de Coihueco.



Dibujo de Simón Sepúlveda, de 5to. Básico de la Escuela Centro Eco educativo Las Trancas, comuna de Pinto

Extracto Cuento “El último huemul del mundo”

(por Isabel Margarita Castro, 7mo. Básico
“B”, Escuela Puerta de la Cordillera, Pinto)

*Era el año 2020 en la comuna de Pinto. Una especie casi desconocida para todos era el huemul....quedaban apenas 10 huemules en los Nevados de Chillán....
..... se publicó en las noticias que todos los zoológicos del mundo querían un huemul y en esa semana en que la noticia apareció en el diario se perdieron de vista 8 huemules. Solo quedó una pareja, la hembra estaba preñada y le faltaban pocos días para que diera a luz. La CONAF cuidó a esta última pareja. Finalmente, luego de una semana nació la cría. La llamaron Milagro.....Milagro creció muy bien... pero la gran tala de árboles que hubo en el había arrasado*

con todos sus alimentos, como paramela, zarzaparrilla, ñirre, etcétera.

Después de dos años los padres, sin esos alimentos, fallecieron.

La pobre Milagro se había quedado sola en las montañas....

Por otra parte, en Chile y en todo el mundo se comentaba que el huemul se había extinguido para siempre.

Milagro seguía caminando más y más hasta que llegó a una casa muy chica, pero con un patio gigante. Había una señora que tenía 100 huemules en cuidado (todos los huemules perdidos y sus hijos). Milagro se sorprendió....

La señora muy astuta, llamó a las autoridades.... Ella lleva a todos los huemules y dice:

-Aquí tienen a estos hermosos animales.

Ellos dicen:

-Muchas gracias, ¿cómo le podemos pagar?

La señora responde:

-No matándolos, cuidándolos mucho.

Se dan vuelta y ella había desaparecido.

Desde ese día a estos animales los cuidan como un tesoro nacional, uno de los más importantes.....



Extracto cuento “La fiesta del huemul”

(de Wladimir Ruiz, 7mo año Básico, Escuela F-289, Tanilvoro, Coihueco)

...“Por fin llegó el día de la fiesta, habían muchos tipos de comida, como: ensalada de chilco, sándwich de zarzaparrilla, ponche de calafate y una gran torta de paramela.... Llegó el momento más esperado de la fiesta, el gran discurso del huemul para mostrar sus astas, cuando repentinamente aparece el puma interrumpiendo la fiesta, los invitados corrían desesperados....

El huemul usa sus astas, corre hacia el puma empujándolo contra un precipicio....

La familia huemul vivió feliz para siempre”

Extracto cuento “Conociendo al huemul”

(de Juan Jiménez, 6to año Básico, Escuela F-293, Talquipén, Coihueco)

“Había una vez, en la Reserva de huemules del bosque templado, dos huemules hermanos, los cuales se habían quedado sin madre....

...el huemul Vicente oyó un estruendo, parecido a una explosión.....son los hombres del pueblo, que vienen a cazar animales indefensos, igual como pasó con nuestra madre..

El Plan consiste en decir algunas palabras muy bonitas, que ojala a estos hombres les penetre sus ropas y le lleguen al corazón.....entonces les dijeron: Somos los huemules de la reserva, sólo queremos comer hierba, ustedes los humanos, no nos hagan daño, porque más se está acabando, la población de huemules cada año...

Y desde ese día, gracias a un grupo de animales y a los dos huemules hermanos, hombres y animales viven felices y contentos...”

Extracto cuento “Mi querido huemul”

(de Felipe Mardones, 7mo año Básico, Escuela F-412, Bernardino Muñoz, El Carmen)

..“Un día al atardecer, nos llamaron de la cordillera unos tíos.....salimos a caminar cuando sentimos un disparo de escopeta....era un huemul con una bala en su pierna derecha, lo curamos....le dimos de comer zarzaparrilla y roble....estaba mucho mejor, pero mi papá me dijo que no podía llevármelo para la casa....llamamos a la Reserva Nacional Ñuble...vinieron...y yo quedé muy contento porque sabía que estaba en buenas manos...

Extracto cuento “Mi excursión”

(de Itamar Ruiz, 6to año Básico, Escuela F-289, Tanilvoro, Coihueco)

“Un día de noviembre fuimos con mi papá de excursión a la cordillera, para mostrarme la fauna chilena....de repente apareció una madre huemul con un cervatillo....era tan hermoso que me dieron ganas de agarrarlo y llevármelo, pero mi papá me dijo que no se podía....porque estaba en peligro de extinción y además era el animal símbolo del escudo chileno y si me pillaban.....tendría problemas con la policía....ese día fue muy importante en mi vida y entendí que los huemules tenían que vivir libres y salvajes en la cordillera..”



Poema "Valorando al huemul"

(de Daniela Baeza Reyes, 6to. Básico, Escuela F-289, Tanilvoro, Coihueco)

*El huemul es un ciervo
de Chile y Argentina.
Cuidémoslo a él
Y también a su familia.*

*El hijo de la hembra
Se llama cervatillo,
se cambia de lugar
después de amamantar.*

*En Chile el huemul
Está en extinción,*

*Vamos a cuidarlo
Con mucha emoción.*

*Dentro de los ciervos
el huemul es el mejor,
su presencia en el escudo
le da mucho honor.*

*A medidos de primavera
nace el cervatillo
cuidemos a la hembra
con mucho cariño.*

*Dentro de los ciervos
el huemul es el mediano
midiendo 85 centímetros
creciendo cada año.*

*Las primeras astas
crecen a los 10 meses,
son de dos puntas
y cambian año a año.*

Poema "El huemul"

(de Bárbara Urra, 7mo. Básico, Escuela F-296, San Antonio de Frutillares, Coihueco)

*El huemul es un ciervo
Y vive en la cordillera de Chile y Argentina
Es herbívoro y se alimenta
De hojas de lenga y zarzaparrilla*

*El huemul aquí en Chile
Se encuentra en la región de Aysén*

*De Magallanes, de Los Lagos
Y del Biobío también*

*La población de huemules
De los nevados de Chillán
Se estima en no más de 40 individuos
De los cuales sólo 8 se encontrarán
Gracias al cuidado de CONAF*

Poema "Nuestros huemules"

(de Karina Fuentes, 8vo. Básico, Escuela F-296, San Antonio de Frutillares, Coihueco)

*En los pies de la cordillera
Hay muchos animales
Son nuestros huemules
Con su belleza inigualable*

*El huemul es el animal
Que muchos quieren matar
Ya está en peligro de extinción
Y sólo algunos lo quieren cuidar*

*Nuestros huemules son
Animales muy queridos
Y yo tan sólo pido
Conocerlo y llevarlo al infinito*

*Ya termino el poema
Del viajero sin fin
Es el huemul tan bello
Que necesita de ti para sobrevivir*



Poema "Amigo huemul"

(de Nicole Quijada, 8º. Básico, Escuela F-412, Bernardino Muñoz, El Carmen)

<i>Amigo huemul</i>	<i>El huemul</i>	<i>Vives en zonas heladas</i>
<i>Estás en el escudo</i>	<i>Está en extinción</i>	<i>Entre Argentina y Chile</i>
<i>Dime tú</i>	<i>Y en el escudo</i>	<i>En montañas nevadas</i>
<i>¿Cómo es que pudo?</i>	<i>Representa la acción</i>	<i>Con tu piel robusta y fina</i>
<i>Eres mediano</i>	<i>Eres herbívoro</i>	<i>Adiós, adiós</i>
<i>Yo lo sé</i>	<i>Y el macho tiene astas</i>	<i>Así me despido</i>
<i>La hembra y el macho</i>	<i>No eres carnívoro</i>	<i>Y espero que Dios</i>
<i>Son cafés</i>	<i>Pero hembras tienes hartas</i>	<i>Te haya bendecido</i>

Poema "El huemul"

(de Emil Depchamps, 3º. Básico, Escuela Centro Educativo Las Trancas, Pinto)

El huemul es un animal protegido
De la cordillera es el más bonito
Se escapa cuando ve un zorro
Y le gusta comer chilco

Poema "El huemul de la cordillera"

(de Rodrigo Sepúlveda, 3º. Básico, Escuela Centro Educativo Las Trancas, Pinto)

Junto al cóndor
Encontramos al huemul
En el escudo
Destacado siempre libre y saltarán
Escondiendo su belleza del hombre malandrín

Poema "Nuestros huemules"

(de Ignacio Urrea, 8vo. Básico, Escuela F-296, San Antonio de Frutillares, Coihueco)

<i>Este animalito</i>	<i>Hasta 85 centímetros</i>
<i>Tan singular</i>	<i>Puede llegar a medir</i>
<i>Está en peligro de extinción</i>	<i>Y si él se extingue</i>
<i>¿Quién lo iba a pensar?</i>	<i>Tristes nos vamos a sentir</i>
<i>Entre sesenta y noventa</i>	<i>Este poema fue hecho</i>
<i>Este animalito pesa</i>	<i>Para este animal tan bello</i>
<i>Es por eso que la gente</i>	<i>Porque está en nuestro escudo</i>
<i>Tanto cariño le expresa</i>	<i>No sentimos orgullosos de ello</i>

Poema "El huemul"

(de Elizabeth Rodríguez, 7vo. Básico, Escuela F-289, Tanilvoru, Coihueco)

<i>El huemul es un ciervo</i>	<i>Es un ciervo nativo</i>	<i>Al huemul lo ayudan</i>
<i>Que come coirón</i>	<i>Que vive en los bosques</i>	<i>Para que tengan protección</i>
<i>Está catalogado</i>	<i>Come zarzaparrilla</i>	<i>Tenga un buen hogar</i>
<i>En peligro de extinción</i>	<i>Y de mediano porte</i>	<i>Y una buena alimentación</i>
<i>El huemul es nativo</i>	<i>No cacen al huemul</i>	<i>¡Ayuda al huemul</i>
<i>Está en peligro de extinción</i>	<i>¡Ayúdalo! si puedes</i>	<i>No dejemos que se extinga!</i>
<i>Por eso la CONAF</i>	<i>Porque es un animal</i>	
<i>Los ayuda con amor</i>	<i>Lindo y muy fuerte</i>	



Poema "Al huemul chileno"

(de Luís Rodríguez, 6to. Básico, Escuela G-271, La Montaña, Pinto)

*¡Oh! Huemul majestuoso y atento
Que vives en las montañas
Entre cordilleras y cerros
Haz nacido en sus entrañas*

*Dios te puso allá en lo alto
Ciervo majestuoso y pacífico
Como signo y buen aprecio
De tu orgullo y sacrificio*

*La madre naturaleza
Te da vida, te da sustento*

*Te protege de los fríos
Y también del crudo invierno*

*Que la maldad y la traición
Jamás te hagan daño*

*Y allá en las montañas
Perdures por muchos años*

*Los Nevados del huemul
Te lo has ganado con gloria
Y así en nuestros corazones
Perdurará tu memoria*

*Que la maldad y la traición
Jamás sea tu enemiga
Ya que los hombres de antaño
Lucharon por darte vida*

*Yo huemul majestuosos
Le pido a la humanidad
No nos acechen, ni persigan
Y nos dejen vivir en libertad*

CORRIDA POR LA CONSERVACIÓN DEL HUEMUL

Esta iniciativa se implementó con el objetivo de difundir masivamente el estado de Conservación del Huemul, es liderada por CONAF pero apoyada por diversas instituciones que colaboran tanto en la organización, como en el aporte de premios. El objetivo es concientizar sobre la importancia de esta emblemática especie a través de deporte y la sana competencia. En torno a esta actividad, y a través de medios radiales y escritos se hace difusión sobre la especie.

Actualmente, se han realizado cinco versiones consecutivas de esta corrida, tres en Chillán y dos en Chillán Viejo.



Afiche promocional de la V Corrida por el Huemul y fotografía de la partida de la distancia de 10 km.

XI

A MODO DE CONCLUSIÓN





Las áreas silvestres protegidas, como es el caso de la Reserva Nacional Ñuble, buscan hacer realidad el elusivo fin de conservar la naturaleza y promover el desarrollo sustentable en su entorno. En general, no solo es difícil cumplir con dicho propósito sino también muchas veces es complejo demostrar en forma sencilla éxitos o fracasos. En nuestra Reserva, la presencia del escurridizo huemul es un buen termómetro de la salud ambiental del territorio que buscamos proteger.

Las razones por las cuales las poblaciones de huemules disminuyeron en las últimas seis décadas en Ñuble siempre se han supuesto. Con la presente publicación, estas han quedado retratadas y confirmadas desde el testimonio de actores presenciales de este drama. Todas las causas de disminución están relacionadas con alguna actividad humana, tanto directa como indirecta. Estos factores se potenciaron entre ellos y provocaron la desaparición paulatina de varios grupos de huemules al interior y en el entorno inmediato de la Reserva, hasta quedar solo los dos grupos que perduran hasta el presente. Como resultado final, sobrevive un grupo reducido de individuos, vulnerables a muertes por condiciones naturales extremas, como inviernos crudos o veranos muy secos.

Este relato, de ninguna manera pretende buscar responsables, ni ser un texto de análisis científico, sino que debe ser entendido como la búsqueda de su contexto histórico, radicado en la época en que los hechos ocurrieron, periodo en que los conceptos de “especie en peligro” y “conservación de la biodiversidad” no existían ni se entendían.

Aquí simplemente se pretende, con esta recopilación de datos y testimonios, rescatar una parte interesantísima de nuestro pasado, graficado en la historia del territorio que hoy conforma la Reserva Nacional Ñuble, contada de forma directa por sus protagonistas, quienes nos relataron sabrosos aspectos de sus vivencias y costumbres, y que, desde muy diversas visiones, convergieron en un momento de sus vidas en un mismo tiempo y escenario de nuestra geografía nacional.

Debemos además destacar que, a pesar de que en la década de los 70 el país estaba sumido en diversos problemas de convivencia social, con dramas humanos mucho más relevantes que la conservación de un ciervo poco conocido, algunos destacados profesionales tuvieron una gran visión de futuro, y sus acciones fueron claves para que en nuestros días podamos seguir disfrutando de la presencia de nuestro tímido huemul en esta cordillera.

Aunque la herida que le causamos al huemul fue grave, comienza poco a poco a curarse y, si bien le espera una larga y lenta recuperación, seguiremos trabajando día a día para que en el futuro esta especie deje ya de temernos, y nos permita disfrutar de cerca su majestuosa belleza.

Esta esperanza se retroalimenta gracias a las espectaculares fotos obtenidas mediante las cámaras trampa instaladas en los últimos años, que muestran un pequeño aumento en la distribución de la especie dentro de la Reserva y la presencia de ejemplares



juveniles, lo que indica que el huemul sigue intentando sobrevivir y permanecer en estas tierras... y que solo debemos seguir siendo pacientes en nuestros esfuerzos, otorgándoles, tiempo y espacio para su recuperación.

Quienes, ojalá más temprano que tarde, sean testigos del retorno del huemul a su antigua distribución, confirmarán con este hecho la salud ambiental de la Reserva Nacional Ñuble y de los demás territorios que reconquiste. Igualmente tendrán el privilegio de ya no contemplar nuestro Escudo Nacional como una paradoja, donde este ciervo nativo que representa “La Razón” está desapareciendo, sino más bien la confirmación de que la Patria que debemos construir entre todos, solo es posible si lo hacemos en armonía con nuestro patrimonio natural.

XII

PRINCIPALES TESTIMONIOS





Eladio Ramírez

EL QUE MEJOR CONOCE LA RESERVA

Destila una impresionante sabiduría práctica que le viene de su origen campesino y de sus 35 años recorriendo la Reserva. Hombre tan silencioso como observador, no se le escapa ningún detalle. Su intuición le basta para detectar huemules, invisibles para cualquier otro ser humano. Es el más antiguo de los guardaparques de la unidad y probablemente de los más experimentados de Chile. El destino hizo que en el mundo no haya quien conozca mejor esos cerros y valles ñublenses.

Llegué a la Reserva cuando se creó, en 1978, tenía 21 años. Me contrataron como guardaparque. Mi padre vivía en el campo, en el fundo Atacalco, un poco más adentro de Los Lleuques. Por allí crecí yo y conocía estos cerros. Cuando niños subimos para conocer cómo era el sistema de llevar animales. La primera vez fui con un arriero, Alfonso Valdés, en verano, 4 ó 5 días, acompañándolo a las veranadas que la gente arrendaba para talaje. La Reserva tenía menos vegetación, las quilas eran más bajitas. Ahora ya se nota un cambio: vegetación más alta; hay sectores difíciles de entrar.

Esa vez fuimos a Las Águilas: lleno de vacas el valle, y ovejas por los cerros, unas 2 mil ovejas y unos mil vacunos. Subían en diciembre y bajaban en abril. Eran gente del secano, de San Nicolás, de Portezuelo. Los que arrendaban a veces subarrendaban a los más chicos.

Cuando entré a CONAF fue para trabajar en el Proyecto Huemul. No fuimos al tiro a la Reserva, porque no había dónde quedarse, habían puestitos de arriero nomás. En el verano trabajábamos en prospección de huemules y en vigilar el ganado. Desde entonces se empezó a bajar la cantidad de ganado permitida. Ahora ya no hay.

En mi primer verano ya empezamos a recorrer a caballo toda la Reserva, reconociendo sus límites. Éramos 4 guardaparques: Santiago Sáez, ya fallecido; Juan Urra, que ahora trabaja en las Termas de Chillán; Pedro Ramírez, mi hermano, que renunció porque se aburrió; y yo, que sigo acá, 35 años después.





¿Se aburrió de no ver huemules?

Nosotros siempre veíamos huemules, hartos, lo que pasa es que no teníamos cámaras. Ahora es más difícil verlos. Hay menos que cuando nosotros empezamos. La primera vez que recorrí la Reserva no vi huemules. El primero que vi no fue en la Reserva, sino cerca. Una hembra, en Cipreses, donde vi muchas veces. También en Las Bravas, al norte del Diguillín, hacia 1979-80. Cuando nos contrataron nos hicieron charlas explicándonos cuál era la situación del huemul. Sabíamos de qué se trataba este trabajo y que iba a ser difícil verlos. Nos guiábamos por lo que nos decía la gente más antigua, que habían visto huemules o sus huellas. Y así fuimos investigando esos sectores y vimos ese primer huemul (en Cipreses), en un lugar donde no se le había buscado. El Tony (Povilitis) buscaba más al norte.

A cargo del proyecto estaba Víctor Mourgues. Con él nos relacionábamos. Tony había empezado antes, en el 74. Pero él trabajaba más en el río Chillán y por Santa Gertrudis, por San Fabián de Alico. Esos eran sus sectores preferidos. Hacia el sur, poco. En esa época había más huemules, en más lugares.

Con el Oleoducto y el Gasoducto hubo mucho impacto. Lo mayor fue cuando abrieron la franja de entre 20 y 30 metros de ancho, atravesando toda la Reserva. Por ahí van los tubos, siempre enterrados. Llegó mucha gente. Para la fauna fue impactante. El pitito de las máquinas se escuchaba por todo el valle. Luego, quedó una cicatriz que atraviesa la Reserva, aunque ahora ya no se nota tanto. El Oleoducto afectó a los huemules en el sector El Blanquillo. Los huemules que por allí habitaban se fueron y hasta la fecha no han vuelto. Antes llegaban hasta el Polcura.

En invierno es más fácil verlos, pero hace un par de años que no veo. Los últimos que vi fue en el 2009, en San Juan y en Los Caitanos, una hembra con una cría y un macho. Lo más satisfactorio para mí sería que se pudieran recuperar las poblaciones de huemules en la Reserva, porque estar toda la vida haciendo algo para que al final se terminen no es muy alentador.

Los polcuranos

Los polcuranos conocían bien el huemul, a veces los cazaban. Los polcuranos que conocimos eran hijos de los primeros que llegaron. Ellos nos contaban que sus padres hablaban de que habían piños de huemules. Yo nunca he visto más que tres animales juntos.

Cuando llegamos había 6 familias, pero antes eran más. Ellos vivían de lo que criaban, vacunos y cabras. Algunos tenían ovejas, pero no le funcionaban mucho en invierno. Vivían en La Polcura, que es lo más bajo. Ellos decían que antes siempre tenían nieve en invierno. Los animales los dejaban libres, las cabras las mantenían cerca de la casa y cuando no había mucho alimento les cortaban ramas, para que comieran algo. El vacuno no, andaba por ahí: el que pasaba el invierno, bien, y el que moría, moría nomás. No se preocupaban de los animales grandes. No tenían forraje. Se morían animales. Un invierno que nevó mucho murieron hartos animales, unos 50, 60 animales. Se los comieron los cóndores, los jotes.



Los polcuranos en algunas cosas se ayudaban, sacaban juntos sus animales. La mayoría eran familias, un hombre, una mujer y los niños. Llevaban su comida desde el valle para pasar el invierno. En marzo y abril subían cargados con comida comprada con la plata que sacaban de la venta de sus animales. Si necesitaban algo, vendían un animal, pero el animal se entregaba en abril.

Cuando llegó CONAF la mamá se venía al valle con los hijos, para que estudiaran. Al final quedaron pocos arriba. La mayoría de los niños que se criaron allá viven ahora en Los Lluques. Para la gente que vivía allá, esa era su vida. Venirse al pueblo fue un cambio que les afectó a todos, yo creo. Los hijos se empezaron a venir primero, al final quedaron las puras parejas, los matrimonios. Ellos nunca hicieron ningún trámite para ser propietarios, para regularizar su asentamiento.

Para pasar allá el invierno tiene que a uno gustarle. He ido en invierno, con dos metros de nieve. Una vez fuimos a ver cómo lo estaban pasando y estaban muy bien. En invierno no hacían nada más que tomar mate. Su comida era tomar mate y un pedazo de carne en forma de charqui.

Arrieros

Los arrieros iban por la temporada. Eran gente diferente. Iban solo por cuatro meses y volvían. Los que cuidaban animales no eran los dueños, era un trabajo pagado. Cuidadores. Siempre más o menos los mismos, tenían que conocer los valles, no llevaban gente nueva. Los dueños iban de vez en cuando a darse una vuelta.

Hacían harto daño. En ese tiempo, si veían un zorro, o cualquier animal, el objetivo era cazarlo. Si había que cortar un árbol lo cortaban; si había que quemar para poder pasar, quemaban, no les importaba nada. Hubo muchos incendios en esos años cuando se arrendaba. En abril, cuando ya sacaban sus animales, le prendían fuego al valle para que se quemara y que al año siguiente hubiera mejores pastos.

Yo no vi grandes incendios, pero sí muchos bosques quemados. Por donde pasara uno estaba lleno de palos quemados. Quemados recientes. Todo esto de los incendios fue antes de que llegara la CONAF. Cuando se hizo la Reserva se pararon los incendios y se protegió más.

Sin embargo, igual supimos de un huemul que cazaron, no los arrieros sino los polcuranos. Unos cuantos años después de que fue Reserva, ellos sabían que no podían hacerlo. Lo cazaron porque ven un animal y lo cazan. Según lo que nos contaron, le echaron los perros, el animal subió un poco hasta donde pudo en la nieve, después bajó, cruzó el río, y ahí al otro lado a la salida del río el hombre lo laceó. Lo mataron y se lo comieron. No era que necesitaran comida... si tenían sus animales para comer si querían. Hasta donde yo sé, ese fue el último huemul cazado en terrenos de la Reserva. En general la gente cazaba con perros, no tenían armas de fuego. Eran muy buenos para lacear. Agarraban cualquier cosa corriendo. Acostumbrados con los animales. Cuando cazaban huemules, los tomaban vivos.

No sé adónde van a morir los huemules, nunca hemos encontrado un cadáver ni huesos. Excepto una vez que encontramos uno, casi entero. No sabemos cómo murió, era un macho, pero tenía huellas de haber sido comido por zorro o puma. Pero eso no significa que lo haya cazado.



Visitantes

Conozco toda la Reserva. Toda. Hay lugares bonitos. Lo más bonito está más al interior de la Reserva, cerca del Lago Laja, en Las Águilas, Laguna del Lobo. Para mí, la mejor vista panorámica, dentro de la Reserva, es la de la cumbre del Cerro Iglesias. Un buen recorrido por la Reserva requiere unos 15 días, como mínimo, para darse una vuelta completa a caballo. Pero nuestros patrullajes son más cortos, salimos por 5 días, una semana, a recorrer un sector específico.

Yo prefiero el verano, es más entretenido, hay más gente. Los inviernos son más aburridos, tomamos mate. Nos cocinamos nosotros mismos. La carne no nos dura mucho. El refrigerador no lo podemos usar siempre. Tenemos paneles solares, pero alcanza solo para la iluminación. Para abastecernos bajamos cada 11 días, en moto o a caballo. Las primeras motos nos llegaron con el oleoducto, ahí aprendimos a andar a moto. Dentro de la Reserva solo andamos a caballo. Las motos son para bajar al valle.

Cada año está llegando más gente, pero no es mucho: unas 2.000 personas en el año. Antes eran como 50. En enero y febrero la gran mayoría. Acampan en Trumao o van a los baños termales. Ahí también se puede acampar. Hay caseta sanitaria. Tenemos el Sendero de Chile por el Diguillín desde El Trumao, luego sale de la Reserva y vuelve a entrar por Los Peucos, baja hasta el Polcura y sale de la Reserva por El Candado, hacia el valle del Laja. Los visitantes, los que no van en caballo, se quedan en El Trumao, aprovechan los pozones, hacen senderismo. La mayoría de los que viajan por el interior lo hacen a caballo y se instalan en los baños. La gente que llega son chilenos, casi no llegan extranjeros. De los chilenos, la mayoría son de acá de la zona. El conocimiento de la Reserva es por boca a boca. No hemos tenido gente conocida visitando la Reserva: ningún Presidente de Chile, que yo sepa, la conoce.



Anthony Povilitis

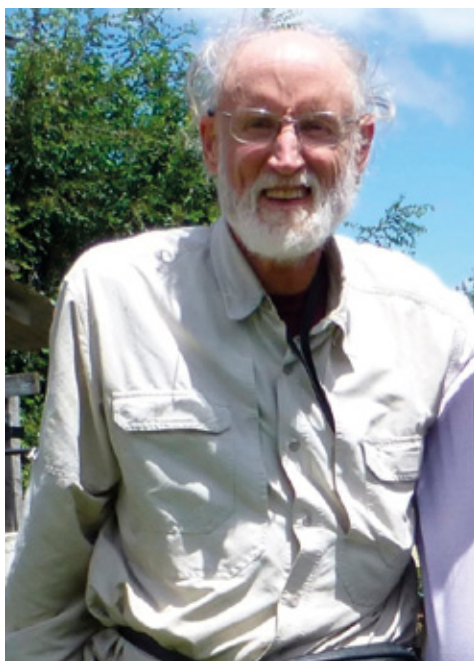
EL GRINGO DE LOS HUEMULES

Apareció en Chile en 1974 como joven profesional voluntario del Cuerpo de Paz de los EE.UU., pedido por la CONAF para estudiar al huemul. Con los años siguió viniendo a Chile hasta convertirse hoy en uno de los mayores referentes mundiales y un apasionado defensor de la especie, que lo lleva a publicar no solo papers científicos sino cartas a los Presidentes de la República abogando por la protección del huemul.

Fui a Chile por primera vez en 1974. Me había graduado en biología de la vida silvestre en la Universidad Estatal de Colorado. En esa época, CONAF había solicitado un biólogo que pudiese encontrar y estudiar el huemul a un programa del Cuerpo de Paz con el Smithsonian Institute. En realidad, yo quedé en segundo lugar, detrás de un biólogo experimentado que había sido seleccionado. Pero él, posiblemente por la situación política que en ese entonces se vivía en Chile, decidió finalmente no ir. En ese entonces yo no sabía nada de Chile ni de huemules, solo era un joven en busca de aventuras que quería ayudar a la fauna en peligro.

En mi primer viaje por la cordillera de Ñuble, Carabineros me preguntaron para dónde iba y qué andaba haciendo. "Buscando huemules" les debe haber parecido una respuesta sospechosa. Les mostré un documento de CONAF que autorizaba mis estudios, pero se burlaron cuando notaron que llevaba la firma del Presidente Salvador Allende. Esto fue meses después del golpe militar. Tuvieron que llamar a alguien, supongo que de CONAF, antes de dejarme ir.

Cuando llegué a esas montañas de Ñuble sentí que yo estaba hecho para ellas. Las encontré bellas, intrigantes y desafiantes. Tenían tanto la masculinidad de las Montañas Rocosas como la femineidad de los bosques del Este (de EE.UU.). Además, la gente local era extremadamente amistosa y hospitalaria. Sea viajando solo o con ellos, siempre me sentí seguro y en casa. El aroma, la fuerza y el espíritu de esas montañas ya son parte de mí.





La estimación de que había huemules por allí se basaba fundamentalmente en observaciones de Segundo Ocares, un agricultor de Los Lleuques que colectaba insectos para un investigador de Concepción. Él vio huemules y entonces el profesor informó a CONAF y CONAF me contactó con Ocares. Con él hicimos amistad inmediatamente, pero paradójicamente nunca vimos juntos un huemul.

Conocí la Reserva en diciembre de 1974. Para la semana de Navidad, yo escalé solo a la parte alta de la cuenca del Río Diguillín. No encontré señales del huemul. En parte porque yo no sabía dónde buscarlo, cuáles eran los lugares y hábitats que él prefería. En realidad, en esa época nadie lo sabía. No volví a la zona de la Reserva hasta la primavera siguiente cuando con Manuel Avilés, un sobrino de Segundo Ocares, caminamos desde Recinto hasta Polcura, con un clima bastante malo.

A comienzos de enero de 1975, me fui de Ñuble sin encontrar evidencia concluyente del huemul. Viajé a Aysén, pero Segundo me rogó que volviera, que no me desanimara. En Aysén había evidencia de huemules, las primeras que vi fueron en el Lago Elizalde. Pero aún no había podido ver un huemul. Eran muy tímidos, y probablemente todavía se les cazaba. Tuvimos una discusión en CONAF sobre iniciar un trabajo de campo. Y les pedí que me permitieran volver a echar una mirada al huemul en Ñuble. De vuelta en Ñuble, fui donde Segundo había visto un huemul en años pasados. Caminé por esa área un par de veces y me preparaba para regresar cuando vi un lugar fresco y a la sombra donde reposar un rato en ese día caluroso. Era el 27 de enero, a las tres y media de la tarde, cuando en un bosque hermoso de lenga un huemul apareció. Fue un momento espiritual. Desde entonces, tomé un decidido compromiso para estudiar el huemul y avanzar en su conservación en la zona.

Ya no recuerdo exactamente cuántas veces he viajado a Chile, pero fueron muchos años. Aprendí mucho, sobre huemules y también sobre las personas. En los 70 aprendimos los tipos de hábitats que el huemul prefiere. En los 80, de su comportamiento, sobre todo en río Claro, en Aysén, donde conocía a los huemules hasta por su nombre. En los 90, y especialmente gracias a la ayuda y el trabajo duro de estudiantes norteamericanos del Sierra Institute y también chilenos, aprendimos dónde vivía el huemul en toda la vasta zona cordillerana entre el río Ñuble y el río Laja. Entre el 2000 y el 2006 descubrimos muchos secretos de la vida social del huemul, en la Reserva Tamango, cerca de Cochrane. Durante todos estos años he conocido gente maravillosa que quiere proteger al huemul, pero también aprendí acerca de las dificultades y limitaciones institucionales para conservarlo.

Históricamente, la caza, muchas veces con la ayuda de perros, ha tenido un gran impacto sobre las poblaciones de huemul. Se llegó a creer que el huemul se extinguió de la mayor parte de Chile y Argentina. Por suerte, hoy ya casi no hay reportes de caza de huemules y probablemente ya no sea esa la causa de su desaparición en Chile central. También estimo que la transmisión de enfermedades del ganado tuvo un impacto importante en las poblaciones originales de huemules.



La buena noticia es que al parecer la población de huemules en Ñuble se ha estabilizado, después de disminuir durante décadas. Se han encontrado algunos grupos de huemules que antes no se conocían. Desde los 70, los huemules han podido sobrevivir en esta región principalmente, según creo, por la creación de las áreas protegidas de Ñuble y Niblinto. La mala noticia es que estas poblaciones son muy pequeñas, están muy fragmentadas y aun están por debajo de los niveles necesarios para que sean viables. En mi opinión, las principales amenazas al huemul hoy son, en orden de importancia, la pérdida de hábitats de invierno y de conectividad de hábitats principalmente debido a la ocupación humana de terrenos; la creciente presencia de perros sin control; el peligro de enfermedades transmitidas por el ganado doméstico, y el riesgo de que el zorro capture crías de huemul (sin embargo, no tengo clara evidencia de esto).

Lo primero que debería hacerse para conservar al huemul en Ñuble es proteger la cuenca superior del río Chillán de la ocupación humana, la ganadería, los cultivos Forestales. Si esto no se hace, las dos subpoblaciones de huemul, la que está en la Reserva Ñuble y su entorno y la que está en el sector Niblinto-Santa Gertrudis, seguirán separadas entre sí. Y ninguna de las dos se basta por sí misma para sobrevivir: se necesitan mutuamente. Segundo, eliminar el problema de los perros sueltos en el valle del Renegado, pues también contribuye a la separación de las dos subpoblaciones. Tercero, soltar experimentalmente un pequeño número de huemules traídos de Aysén en la cuenca superior del Chillán y monitorearlos con localizadores. Esta área es exactamente donde hay que restablecer las poblaciones de huemul a objeto de restaurar la conectividad entre las poblaciones. Cuarto, requerir que el proyecto de embalse Punilla contribuya financieramente a la conservación permanente del huemul en toda la Reserva de la Biósfera y el Corredor Biológico. Los planes actuales de ese proyecto no compensan adecuadamente del impacto que tendrá en los esfuerzos por recuperar al huemul. Quinto, ampliar la Reserva Ñuble para incluir más hábitats de invierno del huemul.

Un centro de reproducción de huemules en Ñuble bien puede ser una manera de aumentar su población, incluso para reintroducirlos en otras regiones de la cordillera central. El problema de un programa de este tipo es que pueda ser una justificación para soslayar los esfuerzos necesarios para conservar los hábitats y restaurar la conectividad entre las poblaciones.

Creo que mi principal aporte es haber intentado siempre inspirar a otros a estudiar y a proteger al huemul. Desde el punto de vista personal, no ha sido difícil, pero creo que eso tiene que ver más con el huemul que conmigo. Instituciones como CONAF y CODEFF han hecho una gran labor, pero el desafío de la conservación del huemul es gigantesco y queda mucho por hacer.



Vicente Riquelme

LAZEADOR DE HUEMULES

Pese al tiempo transcurrido, don Vicente Riquelme recuerda con mucho detalle sus tiempos en la cordillera donde nació. Dice que tiene buena memoria, mal que mal aprendió a leer y a sumar sin más ayuda que unos textos escolares. Entre sus recuerdos más notables, la ocasión en que quiso probar carne de huemul y salió a cazar. Obtuvo dos trofeos.

Nací en 1937 en el campo de Las Mariposas, ahí en la Cuesta del Huemul. Ahora tengo 76 años.

No sé cuándo los Riquelme llegaron allá, a El Candado. Mi abuelo, con sus hijos, llegaron a vivir allá. Llevaban ovejas y dos cabras. No tenían donde vivir y se fueron para la Polcura por un dato que le dio un fugitivo que se escondía allá, que se había escapado de la cárcel y estuvo escondido hasta que cumplió la condena: Domitilo Badillo. Él le dio el dato a mi abuelo de que se podía vivir allá, así que se vino con sus hijos, mi padre era chico. Mi abuelo tuvo 10 hijos: 8 hombres y 2 mujeres.

Mi mamá era de Pinto. Mi papá se la llevó para el cerro; si se había casado tenía que irse con su marido. Tuvieron 7 hijos, todos nacieron allá. Yo fui el cuarto, el del medio, tres para cada lado. De mis hermanos solo hay uno fallecido. Por aquí estamos todos, y hay dos en Coihueco.

Nuestra infancia era cuidar animalitos. Cuando estamos chicos sufrimos mucho, los inviernos eran muy nevadores. La nieve más grande fue una vez que nevó por 13 días, se juntaron 2,5 metros de nieve, las casas tapadas de nieve, pasaba para arriba. Salíamos aplanando la nieve para buscar leña. Los animales estaban enterrados. No se podían mover.

Sembrábamos trigo y lo molíamos "a piedra". Se daban bien las papas, eran buenazas. Arvejas también se daban. Pero porotitos no, por la helá. Hacíamos charqui, echo de menos el charqui. Mi mamá era quesera, buenos quesos de vaca. No como esos que se compran ahora, todos plásticos. El queso se hacía con toda la grasa. Pero pasamos hambre, igual la comida escaseaba, es que éramos muchos.





El año 64 mi familia compró terreno en Los Lleuques, ahí bajamos a vivir acá, pero siempre yendo y viniendo. Me tocó pasar inviernos solo allá. Estaban los Hernández y los Cifuentes. Yo seguí al lado de mis padres hasta que cumplí 30. Me gustaba el campo, el campo es el que da, sabiendo administrar; se sacaba plata con la venta de animales, el animal cuidándolo se cría bien. Era buen negocio tener animales, tenía buen precio. A mí si me arrendaran un campo ahora iría con animales para arriba.

Mis mejores recuerdos son todo esto que le estoy contando, pasamos tiempos buenos, cuando nos hicimos hombrecitos, lo pasamos bien. El único mal recuerdo son los inviernos duros.

Huemules

Hasta última hora, en los 90, vi huemules, de a uno. No se veían mucho. Dicen que andaban tropillitas más para el sur. Yo sé que hay huemul arriba. Después había menos huemules, se fue corriendo, por la gente, por los incendios. Antes los cazaban. La última vez que vi, un señor lo agarró con un perro.

Yo mismo fui a cazar uno una vez, porque tenía deseos de comerme un huemul. Fuimos a un cajón donde solían bajar, andaba con un primo. Y lo hallamos. La nieve estaba blanda y no corría nada. Lo agarramos con los perros. Era una hembra y no estaba preñada, pero estaba gorda. La carne es un poquito pajiza, fibrosa. Eso es lo que tiene. El huemul es rumiante, es comestible. Y el otro arrancó para la quebrada y había una piedra hueca, quiso saltar y quedó atrapado, fuimos y lo laceé, vivito. Ese lo sacamos vivo, pero después se nos murió, yo lo quería traer vivo para venderlo. Se murió "de perro". De susto, porque los perros le ladraron mucho. También lo comimos, pero ese estaba flaco.

Pumas y otros

El puma está en abundancia. Ese era el cuidado más grande que había que tener. Cuidar las ovejas. Yo deseaba verlo, pero nunca lo vi. Los zorros también están en abundancia. El puma también come huemules, y como hay menos gente, hay más pumas. La gente también se tiene que ir por las Forestales, se está llenando de pinos y eucaliptos, en el pino no se cría ni una ave-cita. No crece nada.

Murieron muchos animales de fiebre aftosa. Se contagiaban al tiro. A algunos los salvamos con natre. Nunca supe de un huemul con fiebre aftosa. Aunque en invierno el huemul se junta con los animales.



Edison Maldonado

EL FISCALIZADOR DEL OLEODUCTO

En los años 90, cuando se construyeron el Oleoducto y el Gasoducto, CONAF contrató a una persona de terreno para supervisar que los contratistas respetaran los compromisos de protección ambiental. Ese hombre fue Edison Maldonado. Ante un ejército de máquinas y trabajadores cuyo objetivo era avanzar lo más rápido posible, la labor del solitario Edison fluctuó entre lo heroico, lo patético y lo tragicómico. He aquí su increíble testimonio de aquellos años.

Oleoducto

Para construir el Oleoducto, a principios de los 90, CONAF firmó un convenio con ENAP. En ese tiempo no existía la Ley de Impacto Ambiental, así que se hizo este acuerdo para que las obras que se construyeran causaran el menor daño posible, aun sabiendo que entraban máquinas, que se iba a hacer un camino, que se iban a cortar árboles. Como había hue-mules, CONAF puso una serie de restricciones ambientales y ENAP se comprometía a sacar la basura, a limitar el ancho del camino, los baños de la gente, los horarios de tronaduras. También se acordó contratar tres guardaparques con motocicleta, a comprar un predio para anexar a la Reserva, construir tres guarderías, etcétera.



Ahí entro yo, con dos personas más de Los Lleuques. Éramos cabros jóvenes. Ellos, criados por allá, eran más baqueanos, sabían andar a caballo, conocían los lugares, pero yo era el que me tenía que entender con la empresa; controlar que el camino fuera por donde tenía que ir, tratar de salvar los cipreses de la cordillera, en definitiva mi misión era que se respetara el convenio en el terreno mismo. Si había que elegir entre salvar robles o salvar cipreses, cortábamos los robles, pues el ciprés es la especie más vulnerable. Otra cosa era que los trabajadores no podían pescar en los ríos, porque ellos tenían alimentación en el casino. Yo tenía que andar como policía, vigilando. Igual encontramos gente que llevaba trampas para zorros. Ellos alcanzaron a ser como 300 personas trabajando, en el 94, cuando fue el peak. Era un campamento grande, bien equipado.



La obra consistía en hacer un canal gigante, en el cual se iban enterrando los tubos del Oleoducto. La parte que pasaba por la Reserva era de 53 kilómetros de largo, desde la frontera con Argentina hasta el túnel. Desde Cuatro Juntas iban avanzando hacia el este y hacia el oeste con el zanjón. En la parte de abajo ponían una cama de arena más fina y encima el tubo, que medía unos 50 centímetros de diámetro y de 9 y de 15 metros de largo. Es decir, 53 kilómetros con estos tubos. Los ponían al lado del zanjón y ahí lo soldaban, afuera. Soldaban como 2 kilómetros diarios y después venía una grúa, levantaba el tubo y lo metía en la zanja. Los tubos eran flexibles. Y detrás venían las máquinas tapando. Era todo bien coordinado. Los que hacían el Oleoducto era un consorcio chileno-argentino, de 4 empresas, dos chilenas (Sigdo Kopers y Besalco) y dos argentinas. Sodexho estaba para la parte alimentación; ENAP era el mandante. El primer año llegaron hasta el Valle Hermoso, hasta donde ahora está la guardería. Allí como es un suelo de trumao, medio barroso, con las lluvias se quedaban enterradas las máquinas. De hecho, una vez tuvieron tres bulldozer enterrados en línea, todo el invierno. Se enterró uno y luego se fueron enterrando los otros que vinieron a rescatar al primero. Ahí nos pilló el invierno. Los guardaparques a caballo bajaban hacia el Diguillín hasta Los Lleuques. Y yo tenía que encontrar movilización en vehículo con la empresa e irme para Cuatro Juntas. A unos 3 kilómetros del campamento de Endesa yo tenía un refugio, en Vega Larga. Y me movilizaba a pie. Tenía que ir a preguntarles cuándo bajaba la micro a la barcaza para poder irme. Pero muchas veces los horarios no se cumplían y me pegaba el pique por las puras. Una vez estuve en eso como tres o cuatro días, hasta que ya empezó a nevar y quedé atrapado en la nieve, no podía abrir la puerta, tuve que romper por arriba con una pala que tenía, hasta que logré salir por el techo, había como un metro y medio de nieve y caí de cabeza. Había un sol radiante y la nieve me quemaba los ojos, tuve que hacerme unos lentes con bolsas de leche en polvo, con la parte plateada. Yo no tenía experiencia ni equipo de nieve así que me preparé bien para salir, me puse manteca en los pies, luego calcetas, bolsas de plástico, y el resto de la manteca se la puse a las botas, bien abrochadas. Al caminar, con la manteca en los pies, los tenía tan calentitos que me quería sacar las botas. Caminaba por la nieve y a veces me enterraba entero y con una pala que llevaba tenía que autodesenterrarme. ¡Me demoré como tres horas en un camino que normalmente me tomaba media hora! Y nadie sabía que yo estaba atrapado. Ahí encontré un camioncito porque estaban evacuando a la gente y me llevó hasta la barcaza. Ese fue mi primer invierno. Fue un invierno duro, si me hubiera quedado me muero porque no tenía implementos para soportar un invierno.

Mi trabajo era una batalla perdida, porque yo era una persona contra cien, ¿qué iba a hacer? Era como un saludo a la bandera, siempre llegaba tarde, las camionetas pasaban a 80 km/h y yo... a caballo. La moto me llegó recién el segundo año. Entonces cuando yo llegaba ya habían pasado... si las máquinas avanzaban hasta 500 metros diarios. Adelante iba la retroexcavadora, apartando las piedras, tumbando los árboles, y atrasito iba el supervisor en una Toyota 4x4, tranquilo, mirando cómo avanzaba la máquina. De repente paraban, conversaban un poco, se fumaban un cigarro y seguían. Y más atrás venía un bulldozer ensanchando el camino, ahí lo



dejaba de unos 5 a 12 metros de ancho. Y después de ese venía otra retroexcavadora más que iba haciendo al tiro la zanja. Paraban a almorzar y luego seguían. Al final yo me concentré en tratar de ir con la máquina que iba adelante, y con el supervisor, para tratar de salvar algún árbol. Esa fue mi pega. El trazado se iba viendo ahí mismo en el terreno, no tenían un trazado muy preestablecido. En general seguían la huella de los arrieros.

Accidentes

Durante el Gasoducto tuvimos un accidente: quedamos en pana en mitad del río, se mojó el computador de la camioneta en que íbamos y no quiso partir más. Así que la camioneta quedó en el río, toda la noche. Al otro día llegó uno de esos camioncitos con tracción en 6 ruedas, unos rusos. El camioncito amarra la camioneta para sacarla, me sacó del agua y va subiendo por un camino y en la subida algo le pasó al camión que se fue para atrás, con camioneta y todo. Yo iba de chofer en la camioneta. El camión en su descenso tiró la cola para el cerro para frenar y al hacerlo cortó el cable y con el tirón la camioneta se dio vuelta, pero resulta que detrás venía otra camioneta, cuyos ocupantes al ver que se les venía el camión encima la abandonaron, así que mi camioneta y el camión la chocaron y yo quedé atrapado, en posición fetal, entre las dos camionetas, en el espacio justo, con mucha suerte. Eso fue como el año 97.

Ellos tuvieron varios accidentes, pero creo que lo guardaban en secreto. Por ejemplo, un asistente que le llegó una descarga eléctrica de un compresor gigante que tenían para soldar, no murió pero quedó grave. A otro viejito le dio un paro cardíaco en un camión, porque había unas subidas y bajadas que daban susto. Él se murió. De esos supe yo. También accidentes menores, vehículos volcados o enterrados en el barro.

Después el Gasoducto se hizo por el mismo camino del Oleoducto, así que anduvieron bastante rápido. Excepto en la parte de la bajada al Diguillín, que fue complicada, ahí usaron tronadura y se demoraron. En ese entonces ya teníamos más recursos, andábamos en moto, estaban las casas.

Huemules, pumas y guardaparques

Nunca vi huemules, que andan más en los valles de altura. Como en Las Parías, con bosque tupido. Si yo fuera huemul, ahí me metería. Sí vi dos pumas. En Vega Larga andaban hartos patos. Curiosamente, si yo los miraba, se echaban a volar. Pero si no los miraba, se quedaban. Así que no los miraba.

El refugio donde yo habitaba, en Vega Larga, estaba hecho con troncos, pero con el tiempo se separaron las juntas. Hacía mucho frío en la noche, así que trataba de rellenar las rendijas con lo que fuera. Sacaba madera y clavos de un polvorín que había por ahí, así me hice una cama y otras cosas. Vivía bastante aislado, me acompañaban unos ratoncitos de la cordillera. Mi casa principal era en Vega Larga, pero cuando tenía unos días libres me iba a los baños a Los Peucos.



Compartí mucho con los guardaparques.. Eladio, el finado Santiago Sáez, prácticamente ellos me enseñaron todo lo que yo sé de cordillera. Ellos saben de todo, principalmente de caballos.

Vega Larga era para mí un suplicio porque tenía que dejar el caballo amarrado, porque ahí no hay corral. En la noche dormía mal porque el caballo amarrado se empezaba a enredar y tenía que levantarme a desatarlo. Varias veces se hizo heridas en las patas, tuve que cortar la cuerda. A veces se me arrancaba, y tenía que ir a buscarlo a pata, me daba mucha rabia. Yo decía por qué no vine en bicicleta para acá. Una mountain bike como las que hay ahora habría andado re bien allá. Después cuando llegó la moto me cambió la vida, era más independiente e iba para todos lados. Claro que a veces tenía que cargarla, en pasadas difíciles. Una vez cruzando el río Los Peucos se me paró la moto y casi se la lleva la corriente. Otra vez tuvimos que sacar una moto con cuerdas del agua, desarmarla completa y tenerla 4 días al sol para que se secaran todas las piezas. Hasta que al final partió.

En otra ocasión, con Eladio bajamos juntos en una sola moto, había temporal, nos metimos en un barrial, la moto chocó con un palo y nos caímos los dos al barro. Pucha qué sufrimos.



Manuel Hernández Jiménez

HIJO DE LA CORDILLERA

Hijo del primer residente, testigo privilegiado de la “época de oro” de la vida polcurana, Manuel Hernández ilustra con su testimonio el ingenio desplegado por las familias cordilleranas para habitar un ambiente tan aislado como hostil. “Encantado volvería”, dice.

Nací en la cordillera, en mayo de 1937, ahora tengo 76 años. Vivíamos en Los Peucos. Allá arriba la vida era muy dura, pero teníamos vacas, ovejas, cabras, unas 100 cabezas. También gallinas. Cuando nos vinimos vendimos todo.

En 1966 me casé con Virginia Riquelme; ella hizo cuatro partos en la cordillera, un hijo lo tuvo ella sola, sin ayuda de nadie.

La vida allá era cuidar los animales, ovejas era lo que más había. Había miles de animales. En verano subíamos a las veranadas para que los animales tuvieran más pasto. Alojábamos en puestos. Yo salía a caballo, conocía todo. Y después pasábamos el invierno, se llenaba de nieve y había que tener leña y comida. Llevábamos de acá harina, arroz, de todo. Y mate, tomábamos mate para pasar el tiempo. Teníamos mulares para subir con las cosas, comprábamos en Chillán, hacíamos dos o tres viajes, nos demorábamos dos días a caballo, un día de Recinto a El Trumao y otro hasta la casa.

Los animales se criaban al campo libre, en la nieve, se metían debajo de los coihues. El animal baqueano viejo se las rebuscaba para sobrevivir y el animal nuevo se iba a la siga de los viejos.

No queríamos venirnos, yo estaba acostumbrado allá. Nos dijeron de golpe que teníamos que irnos, aunque nosotros sabíamos que estábamos en terrenos fiscales. Manolo Sáez y don Llofo Cifuentes fueron los dos últimos en salir de allá.

Eché hartito de menos la cordillera, encantado volvería, tenía vacas, carne, leche, hacíamos queso, acá puras gallinas nomás.

El cuajo lo hacíamos con manzanilla de la guata de los chivos, lo salábamos y ahí cortábamos la leche, en una fuente. Eran buenos quesos. Don Eladio comió de esos quesos. Echo de





menos eso. Teníamos chanchos que los engordábamos con lleuque. También pescábamos. Con anzuelos. No teníamos problemas.

Donde mi mamá también tenían pavos y sembraban trigo, arvejas, habas, papas, porque tenían riego. Nosotros el agua la teníamos que sacar del río Los Peucos y acarrearla.

La casa era desabrigada, las tablas eran disparejas, había rendijas por donde entraba el viento y la nieve. Adentro sí estábamos bien abrigados, teníamos colchones que rellenábamos con lana de oveja, los hacíamos nosotros mismos. También hilábamos lana con un huso de palo de ciprés y hacíamos frazadas de lana.

Nos enfermábamos poco, pero a veces era grave. Una vez nos salvó el Manolo (Sáez), que fue hasta Rayenco a conseguir remedios. Todos los niños enfermos. Después llegó un helicóptero con médico, en la nieve.

Me tocó ver tropillitas de hasta 7 huemules, los vi de cerquita, eran mansos. Adonde andaban vacunos, ahí andaban ellos, comiendo ramas, les gustaba el maitén. Para el lado de Rayenco, donde había un poblado, también había. A veces andaban de 7 a 8 juntos. Una vez vi morir un huemul con una avalancha de nieve. Después los jotes se lo comían. El puma nos mató las ovejas, un verano. De repente se siente un rugido, se llevaba las ovejas a un cerrito y ahí la mató. El zorro también cazaba los chivos nuevos y las gallinas.

También tuvimos la fiebre aftosa acá, varias veces. Refregábamos los animales con natre y sal, algunos se aliviaban, algunos morían.

Varias veces me topé con los contrabandistas, ellos compraban allá y se venían. Eran todos conocidos. Nato Bustamante, por ejemplo. Murió en la cordillera. En una pasada se perdieron, se congelaron. Andaban cuatro. Un hermano mío entre ellos. En la primavera los fuimos a buscar. Oyarce también era otro que andaba en eso. También murió. Murió harta gente de camino para allá, los pillaba la nieve cuando iban de vuelta. Una vez tuvieron que comerse hasta los caballos. Por ahí donde los Carabineros hay varias cruces.



Elba de las Mercedes Hernández Jiménez

UNA ALEGRE VIDA

Doña Meche, como la conocen, ha vivido entre manuales: su padre, Manuel Hernández, el primer polcurano; Su hermano, homónimo; y su esposo, Manuel Sáez. Su vida está también ligada a esas cordilleras donde nació y vivió por décadas y de las cuales atesora buenos recuerdos, a pesar de las pellejerías sufridas.

Nací el 10 de enero 1950. Fuimos 12 hermanos que nacimos en la cordillera; algunas hermanas bajaron a la escuela, nos quedamos 4 hermanos con mi mamá, entre ellos Manuel. Nos criaron con pura leche.

En nuestra niñez recuerdo que andábamos a la siga de las cabras, teníamos sus 20 cabritas, ovejitas, a veces venía una nevazón y se morían toftas, no quedaba ni una, ni pa' cría. Hubo un invierno que murieron todas, por los rodados de nieve. Cuando les llegaba una avalancha se morían todas, porque estaban juntas. Los caballos también morían, bajo la nieve, morían de hambre, igual las cabras morían de hambre.

Mi papá (Manuel Hernández Yáñez, el primer polcurano) fue casado dos veces allá arriba, tuvo 4 hijos con la primera mujer, que se le murió. Luego conoció a mi mamá, que era de acá (Los Lleuques) y se la llevó p'arriba. Mi papá debe haber llegado allá a La Polcura unos 40 años antes de que yo naciera. Falleció de viejito nomás, allá en La Polcura, lo velaron ocho días y ahí lo bajaron y a los nueve días lo sepultaron acá... Es que vino un tremendo temporal y no se podía cruzar el río. Al final lo sacaron de caballo, en un macho. Ahí nos quedamos solos con mi mamá, y también con un hermano mayor, de la otra señora de mi papá (Joel Hernández), que se quedó con nosotros.

Viví unos 30 años allá. La sufrimos cuando nos vinimos, nos gustaba allá arriba, acá todo es comprado, y allá no. Nunca pasamos hambre: si se acababa algo, salíamos a Rayenco a comprar. Eran dos días de viaje.

En invierno había metro y medio de nieve. A mi hermano le ponían "chigüitas" para caminar en la nieve y hacerle el camino a los animales para que salieran a comer. Le dábamos coihues, ramitas.





A veces los arrieros nos daban un ternero. Me acuerdo que mi tío Llofo, cuando estaba por casarse, estaba cuidando un piño en Las Perdices y ahí nos regaló un ternero y de ese después hicimos crianza.

Al puma lo veíamos porque lo seguíamos, para cuidar los animales. Un día me acuerdo que fuimos a Los Peucos (las termas) a bañarnos, fuimos con las cabras y las ovejas, fue un 18 de septiembre. Estábamos haciendo un asado, con tres corderos, salimos a ver las ovejas pero estaban todas apiladitas. Le plantamos unos gritos y no nos hacían caso cuando las llamamos, no se movían porque estaban viendo al león, estaba lloviendo fuerte. Dejé a mi niño chico debajo de un ciprés tupido y de repente siento un tremendo rugido, ¡el león! Lo vi cerquita, unos 5 metros delante mío, ahí empecé a recular pa' atrás yo, andaba con un perro pero el perro tiritaba en mis piernas. Pero a mí no me dio susto. Sigo reculando y de repente me agacho, pesco una piedra y se la tiro y luego otra y le pego en una paleta y planta un tremendo rugido y ahí parte donde estoy yo y le pego otro piedrazo. De ahí fui a buscar las ovejas y volví para la casa. El león nos siguió, pero al final no mató ninguna. Nos vimos apurados con el león, pero no nos ganó ná. Pero otra vez nos mató 11 ovejas de un viaje.

Nunca vi un huemul. La gente los veía, por el lado de Las Melosas, un tío mío conversaba de los huemules.

A los contrabandistas varias veces los vi pasar. Pero pasaban su camino, nosotros sabíamos quiénes eran, porque ¡de adónde tenían tantos caballos!

En verano subían los arrieros a las veranadas. Había muchos animales, nos llevábamos bien con ellos, toda gente conocida. Nos ayudábamos, claro que con la gente más buena nomás, mi tío Alberto, con don Llofo... pero no con los Riquelme. Ellos nos aperreaban las cabras: los perros las muerden.

La comida se llevaba de aquí todo, porotos, harina... Allá hacíamos charqui con tres o cuatro chivos, y con la leche quesos, mantequilla y manjar. Mi mamá también sembraba. El agua la sacábamos del río, pero si estaba turbio íbamos a una cascadita que estaba más arriba. A veces el río venía con mucho petróleo, cuando estaban trabajando los de Endesa allá en Cuatro Juntas.

Fue dura la vida en la cordillera. Mi abuelita (materna) falleció allá, pero están todos enterrados acá, en el cementerio. A mi papá le tocó ver a los argentinos que murieron, incluso ayudó a los que se salvaron.

Joel siempre nos decía que con el tiempo nos iban a corretear. A mi marido (Manuel Sáez, aún vivo) y a don Llofo. Y también mi mamá, Sofía Jiménez Riquelme, se tuvo que ir. Y nos tocó un temporal esa vez cuando se vinieron con los animalitos. Tuvimos que vender al precio que caía nomás. Pero igual la crianza (de animales) nos dio para comprar aquí y poder vivir en lo propio. Compramos dos sitios.

Allá nosotros nos criamos con chalas de cuero de vaca, no conocíamos los zapatos, mi papá las hacía. La lana la hilaba mi mamá y hacía frazadas, calcetines. Antes que llegara el zinc, las casas se hacían con pura madera. Cuando nevaba con viento se metía pa' dentro. Había que tener



harta leña nomás. Mi mami siempre llevaba remedios. Para los resfríos. También había que salir a buscar leña en pleno invierno. Mi hermano (Joel) cuando llovía y nevaba salía a buscar leña.

Vi fiebre aftosa. Un año, debe haber sido el 61 ó el 62, hubo mucho animal muerto, una tendalá de chivos, daba pena ver tanto animalito muerto, a algunos los salvábamos dándoles natre, refregábamos, los lavábamos el hocico, las uñas. Se contagiaron con animales desde acá...

Tenemos buenos recuerdos, fue muy lindo. La Polcura y Las Águilas es lo más bonito, está bien encajonado para tener los animales. Nosotros íbamos a los baños (Los Peucos) cada 15 días, cuando se podía. Iba harta gente, hacían cola para meterse al agua.

A Manuel (Sáez, su pareja) lo llevaron chiquitito para allá, estuvimos como 4 años pololeando, armamos nuestra casa, una vida muy linda, sin peleas ni nada.



Ana Hinojosa

PASIÓN POR LOS HUEMULES

Médico veterinaria de profesión con magíster en Zoología, ambos en la Universidad de Concepción. Trabajó algunos años como voluntaria en CODEFF, donde conoció la cordillera de Chillán y vio sus primeros huemules en Chillán.

Trabaja en CONAF desde 2006, siempre relacionada con el huemul, y ha sido gestora de diversas iniciativas relacionadas con la especie, como el Concurso de conocimientos sobre el huemul, la Corrida por la Conservación del huemul y el proyecto de cámaras-trampa con que ha logrado sacar de la invisibilidad al cérvido en las cordilleras de Ñuble.

Algunos párrafos de su entrevista:

"En Codeff decían que tenía suerte, ya que casi siempre veía huemules en las salidas a terreno. Algunos encuentros fueron fugaces, ya que corrían asustados cuando nos sentían aunque tratábamos siempre de ir en silencio. Pero también tuve ocasiones de observarlos por largo rato, cuando no nos veíamos, estábamos lejos y en contra de la dirección del viento.

En una ocasión, un huemul curioso se nos acercó a solo un par de metros, nos quedamos quietos, incapaces de movernos, se acercó, nos miró y luego se alejó, a saltos y después lentamente. También en estas primeras salidas tuve la fortuna de ver un huemul en la Reserva Nacional Ñuble... un macho muy rápido, que le llamaban "Flash". Me da tristeza que este comportamiento esté tan arraigado en ellos producto del miedo provocado en el pasado"



"En la Reserva Ñuble las salidas a terreno eran extenuantes siempre, pero los avistamientos eran nulos. Si bien veía huellas, echaderos o marcas en los árboles, no volví a ver uno en vivo y en directo desde Flash. A pesar de todo el esfuerzo en hacer monitoreos, difusión y estudios, el no verlos me desanimaba mucho y me hacía pensar que no estaba haciendo las cosas bien, o



dudar si mi trabajo realmente aportaba a la conservación de la especie. Debí viajar a Aysén o Magallanes a ver huemules; esto me animaba y me daba nuevas fuerzas para seguir trabajando con mis invisibles huemules. Ver huellas o rastros en terreno también lograba sacarme alguna sonrisa, pero comencé a sentirme triste y frustrada más seguido, porque trabajar el 100% de tu tiempo focalizada en una especie que no ves, y en la que vives pensando, no es bueno para el espíritu. Hasta pensé en cambiarme de trabajo.”

“La primera vez que vi un huemul en las cámaras-trampa casi lloré, sobre todo porque fue una hembra. Luego vimos dos machos distintos, los que se veían muy saludables y hermosos. Verlos después de tantos años en la Reserva fue genial.”

“Mi esposo es mi apoyo fundamental. Nunca ha puesto problemas en mis salidas y, cuando una vez me acompañó y casi se murió, pero quedó admirado de mi trabajo. Él siempre se queda con las niñas y sé que es muy sacrificado, ya que su trabajo también es muy demandante. Las niñas están acostumbradas a que yo salga a “buscar huemules”.

“Trabajar en CONAF es genial”

“Mi sueño es que los huemules dejen de temernos, se dejen ver y que sean ¡¡¡muchoooooos!!! No creo que ellos sepan que vivo y sueño con ellos desde que los conocí...”

